BAJO LA NIEBLA



UN THRILLER ENTRE LEYENDAS
UN CASO DE PAULA SARDÀ

J. GARCÍA TOBAJAS

BAJO LA NIEBLA

un thriller entre leyendas

J. GARCIA TOBAJAS

Derechos de autor © 2026 Jorge García Tobajas

Todos los derechos reservados. ISBN: 9798270733308 Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos son producto de la imaginación del autor o se utilizan de forma ficticia. Cualquier parecido con sucesos, lugares o personas reales, vivas o muertas, es pura coincidencia.

El pasado nunca está muerto. Ni siquiera es pasado.

WILLIAM FAULKNER

CONTENIDO

Página del título
Derechos de autor
Epígrafe
Prólogo
Acto I. De la tierra y sus fantasmas.
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
Acto II. De la niebla y las mentiras.
15

16
17
18
19
20
21
22
23
24
25
26
Acto III. De la verdad escondida.
27
28
29
30
31
32
33
34
35
36
Epílogo
SIN NOMBRE

PRÓLOGO

Viernes, 22 de noviembre. 10:55 h.
La Mussara, Tarragona.

Hay lugares donde el tiempo no pasa. Se estanca y se pudre. La Mussara es uno de ellos.

Pero Jordi Puig se sentía inmune. El frío de noviembre no le calaba. El vaho de su aliento, engullido al instante por la boira, no enfriaba el triunfo que sentía en las venas.

Los jirones de niebla se arrastraban a su alrededor, desvelando y ocultando fragmentos del paisaje: la piedra negra por la humedad, el barro y el verde oscuro de los pinos.

—Tenías que ser tú el primero, tú —la voz vibraba—. Solo tú puedes entenderlo de verdad.

A su lado, la figura permaneció en silencio.

Se limitó a observar cómo Jordi desplegaba los mapas sobre una losa plana, anclando las esquinas con piedras para vencer al viento. Antes de continuar, sacó el móvil. Era un ritual. La pantalla marcaba las 10:58 h. Le envió un mensaje a Mireia: «Lo encontré». Una sonrisa se dibujó en el rostro. Añadió un segundo mensaje: «Estoy con él, luego te cuento». Guardó el teléfono. Ahora sí. Toda su atención se centró en su compañero.

El hombre era una silueta anodina contra el cielo pálido: pantalones de trabajo, botas cubiertas de una costra de barro y un anorak cerrado hasta la barbilla. Era su compañero. El único cómplice posible para una obsesión como la suya.

—Diez años, ¿te lo puedes creer? Diez jodidos años persiguiendo fantasmas, revisando archivos llenos de polvo… Pero aquí está, lo tengo. —El dedo pálido de Jordi se deslizó sobre un plano—. La *llicorella*. La veta de pizarra. La firma de esta tierra.

Las manos le temblaban, pero logró superponer una copia amarillenta de un registro catastral. Las líneas coincidían con una precisión milimétrica.

—¡Lo ves! ¡Aquí está! ¡Siempre ha sido nuestro! Robaron la tierra... nos lo quitaron todo. ¿Lo entiendes? Es la prueba definitiva.

Jordi levantó la vista, con los ojos inyectados. No hubo una exclamación, ni una palmada en la espalda. Solo silencio.

El silencio se alargó. Solo lo rompía el silbido del viento entre las ruinas, que no hacía más que acentuarlo.

La euforia de Jordi empezó a deshilacharse por los bordes, como la propia niebla que, después de haberlo inundado todo, se rompe para revelar un paisaje desolado.

La ausencia de reacción era un vacío.

—Es increíble, ¿verdad? —insistió. Su sonrisa vaciló.

Su compañero carraspeó, un sonido seco, como una rama al quebrarse. —¿Y qué piensas hacer con esto ahora?

No se esperaba esa reacción, y la pregunta le cayó como una piedra. No había rastro de alegría en ella, ni siquiera de curiosidad. Era plana. Un cálculo. Por primera vez en toda la mañana el frío pudo con Jordi. La quietud de su compañero ya no parecía la de un hombre reservado, sino la de un depredador al acecho.

Antes de que pudiera darle forma a su respuesta, el hombre se movió.

Dio un paso hacia él y le puso una mano sobre el hombro.

El gesto debería haber sido de camaradería, pero el agarre fue firme, controlador. Los hombros de Jordi se tensaron.

Y entonces, el pinchazo. Una aguja fina hundiéndose en la nuca, justo donde nace el cráneo.

Se llevó la mano a la piel, confundido.

Los dedos volvieron manchados con una minúscula gota de sangre.

Levantó la mirada hacia el rostro de su compañero, buscando una explicación, una broma macabra, cualquier cosa.

No encontró nada en el gesto de su compañero, y eso le paralizó. Mostraba una frialdad absoluta. Encontró una máscara de hielo. Una calma total en unos ojos que ya no lo miraban como a un socio.

No había duda en ellos, ni rastro de remordimiento. Solo decisión.

La comprensión le golpeó con más fuerza que la droga. No era una broma. Era una sentencia. La brutalidad de la certeza le robó el aire y el mundo se inclinó sin control.

Un calor químico le brotó desde el cuello, bajó por la espina dorsal y convirtió sus brazos y piernas en plomo. El calor borró el frío.

La visión se le emborronó, los bordes de las ruinas ondulaban.

El silbido del viento se transformó en un zumbido sordo dentro de su cabeza.

Abrió la boca para gritar, para preguntar por qué, pero de la garganta solo escapó un gemido ahogado.

Sus rodillas se doblaron y se habría derrumbado si no hubiera sido por la mano que todavía lo sujetaba por el hombro con una fuerza implacable.

El asesino no dijo una palabra más. No fue necesario. Lo guio unos pasos. No le hizo falta obligarle. La droga que le recorría por dentro lo había convertido en un muñeco obediente, un zombi casi inconsciente.

Sin hablar, caminaron despacio. Eran dos figuras que aparecían y desaparecían entre los pliegues del velo de la niebla. Jordi solo oía los latidos de su corazón, que retumbaban a cada paso en sus sienes. Se sentía el pulso en los dedos. Nada más.

Se apartaron del camino y unos segundos después se pararon junto al borde de un barranco.

El asesino lo giró para mirarlo una última vez. Una formalidad innecesaria. Sin un gesto de odio, sin una palabra de despedida, simplemente le empujó.

La última sensación de Jordi Puig no fue de dolor, sino de sorpresa.

El vértigo del vacío abriéndose bajo sus pies, el aire helado azotándole la cara y la niebla gris dejándose atravesar, engulléndolo. Y al final, el impacto seco. El fundido a negro inmediato.

La figura permaneció inmóvil. El eco del golpe se ahogó en la distancia. Luego, sin prisa, regresó a la roca plana. Con un gesto tranquilo, inalterado, retiró las piedras que sujetaban los papeles y

dobló los mapas con la precisión de quien recupera lo que es suyo. Deslizó los documentos bajo su anorak. La prueba, y el secreto que contenía, ahora le pertenecían.

Se giró y fue engullido por la *boira*, sin dejar más rastro que unas piedras movidas sobre una roca húmeda.

ACTO I. DE LA TIERRA Y SUS FANTASMAS.

1

Viernes, 22 de noviembre. 20:31 h.
Comisaría de los *Mossos d'Esquadra*, Reus.

El parpadeo del maldito fluorescente era un zumbido errático, un pulso irregular que le penetraba como una fina aguja en la sien al ritmo de su propia ansiedad.

Llevaba tanto tiempo allí sentada que el sonido se había convertido en un marcapasos para la ausencia de Jordi.

Se frotó los ojos; un escozor agudo apareció; llevaba horas allí sentada. Había momentos en que el tiempo parecía ralentizarse hasta detenerse por completo; en otros, se le escapaba entre los dedos como arena fina.

Olía a papel, a sudor rancio y a un producto de limpieza con un agresivo aroma a pino químico que sólo servía para enmascarar la suciedad.

Se encogió dentro de la chaqueta. Por la mañana, al ponérsela, su mundo aún estaba en pie. A esa hora, la prenda estaba arrugada y fría. Olía a miedo. Los dedos retorcían el borde de una manga, enrollándolo y desenrollándolo.

Estudió a la gente que entraba y salía.

Un hombre mayor que denunciaba el robo de su cartera, y que parecía más cabreado con el papeleo que con la pérdida.

Una pareja de jóvenes discutiendo en voz baja por una multa de aparcamiento.

Problemas mundanos y con fácil solución. Una normalidad insultante. Estaban delante de ella, tenía que esperar a que acabaran sus asuntos triviales para que le tocase el turno. Y no avanzaban. Cada vez que uno de ellos repetía su historia, ella se

revolvía en la silla. La urgencia le arañaba la garganta. Quería gritarles que se dieran prisa.

Para Mireia, eran como figuras vistas a través de un cristal grueso y distorsionador.

Su mundo se había detenido unos minutos antes de las once de esa mañana, y el resto del universo no se había dado por enterado.

Con las manos, heladas y húmedas por el sudor frío, hacía girar el teléfono móvil sobre sí mismo, en un bucle de miedo.

Durante las últimas horas, se había convertido en una extensión de su cuerpo, una reliquia sagrada y un instrumento de tortura.

Desbloqueó la pantalla por enésima vez, el pulgar moviéndose con una memoria muscular. Ahí estaban. Los dos últimos mensajes de Jordi. Los había leído tantas veces que las palabras habían perdido su forma y se habían grabado en su retina.

10:58 - «Lo encontré».

10:59 - «Estoy con él. Luego te cuento».

Dos frases. Dos sentencias que al principio del día le habían provocado una sonrisa cómplice y que ahora eran un abismo. «Luego te cuento». Pero no había habido un luego. No había habido más llamadas, más mensajes. Solo un silencio que había empezado a las once y cuarto.

—¿Mireia Díaz?

La voz la sacó de su trance.

Un agente de uniforme, joven y con cara de aburrimiento, la llamaba desde una puerta.

Mireia se levantó; sus piernas entumecidas protestaron. Siguió al *mosso* hasta una pequeña oficina de denuncias, un cubículo impersonal separado del pasillo por una mampara de metacrilato. El zumbido del fluorescente era aún más intenso aquí dentro.

—Siéntese, por favor —dijo el agente, mientras le señalaba una silla de metal al otro lado de la mesa. Él se sentó frente a ella y abrió un programa en su ordenador—. Dígame.

Mireia tragó saliva. La boca le sabía a cartón.

—Mi marido… Se llama Jordi Puig. —La voz le tembló. Mireia apretó los puños, obligándose a mantener la compostura—. Esta

mañana, casi al amanecer, se ha ido de excursión a La Mussara. No ha vuelto.

El agente tecleó el nombre. Sus dedos se movían con una lentitud exasperante.

—Jordi Puig. De acuerdo. ¿Ha intentado llamarle?

—Cientos de veces —respondió Mireia, sintiendo cómo una ola de frustración empezaba a subirle por la garganta—. Su teléfono está apagado o fuera de cobertura desde las once y cuarto de esta mañana.

—¿Ha mirado en los hospitales? ¿Urgencias?

—He llamado a todos. *Joan XXIII, Sant Joan de Reus, el Pius de Valls*… A todos. No está. Tampoco en los centros de atención primaria.

El agente asintió con la cara impasible y un gesto mecánico.

—Entiendo su preocupación, señora. Pero su marido es un adulto. A veces la gente necesita su espacio, puede que haya tenido un problema con el coche, que se haya quedado sin batería… El protocolo habitual es esperar un mínimo de veinticuatro, a veces cuarenta y ocho horas, antes de tramitar una denuncia formal por desaparición.

El muro. Había anticipado el muro de la burocracia y la inevitable condescendencia. Ella no era una paranoica, no era asustadiza. Esos procedimientos no eran para ella, ni para Jordi.

—No —dijo Mireia con la voz afilada por los nervios—. No es el caso. Usted no conoce a mi marido.

Se inclinó hacia adelante, apoyando las manos en la mesa para disimular su temblor.

—Jordi es metódico hasta la obsesión. Planifica cada ruta. Revisa el tiempo tres veces antes de salir. Siempre, siempre llama si va a tardar cinco minutos. Es incapaz de no hacerlo. Yo misma me he ido esta tarde hasta allí, he visto su coche. Él no estaba. En el coche he visto su mochila con la comida; jamás se la hubiera dejado allí si no pensaba volver por ella. Y siempre llama si va a retrasarse. Algo le ha pasado, estoy segura. Algo le ha pasado.

El agente suspiró, un sonido apenas audible pero que Mireia escuchó y se le clavó como una aguja.

—Señora, le aseguro que en el noventa y nueve por ciento de los casos hay una explicación lógica y…

—Y tengo esto —le interrumpió al tiempo que sacaba el móvil del bolsillo.

Con los dedos negándose a obedecer, desbloqueó la pantalla y le mostró la conversación. Deslizó el teléfono sobre la mesa, bajo la mampara, hasta que quedó frente a los ojos del agente.

Él bajó la vista, primero con desgana, luego con una creciente atención.

Sus ojos se movieron rápidamente, leyendo las dos líneas.

La postura del agente cambió. Su espalda se enderezó. El aire de hastío profesional se evaporó, reemplazado por una tensión repentina. Su mirada se detuvo en la última palabra.

—«Estoy con él» —leyó en voz alta. Su tono ya no era de hastío, sino de atención profesional—. ¿Sabe usted a quién se refiere, señora Díaz? ¿Con quién había quedado?

Mireia negó con la cabeza. —No. No lo sé. Jordi era muy reservado con su investigación. Llevaba años con esto, pero nunca me dio nombres. Lo llamaba su *historia*. Yo... yo lo veía como su afición, no pensé que fuera... peligroso. Solo sé que, por el tono del primer mensaje, estaba eufórico. Y que no estaba solo.

El agente se reclinó en su silla, evaluando la nueva información. La máscara de indiferencia se había roto. La situación había cambiado. No era solo un hombre desaparecido. Era un hombre desaparecido que estaba con una persona no identificada, en un lugar aislado, justo antes de que se cortara toda comunicación.

—Espere aquí un momento, por favor —dijo, su tono ahora seco, urgente.

Se levantó y salió de la oficina a toda prisa, dejando la puerta abierta. Mireia pudo oírle hablar con alguien en el pasillo.

«…desaparición… La Mussara… sí, el coche está confirmado… Lo más jodido, sargento, es que los mensajes lo sitúan con una tercera persona no identificada justo antes de cortar comunicación… la mujer no sabe quién es.»

Un hombre mayor, con los galones de sargento en el hombro, apareció en el umbral.

Miró a Mireia, una evaluación rápida y profunda. Entró, cerrando la puerta tras de sí.

—Señora Díaz, soy el sargento Martí. El agente Robles me ha puesto al corriente —dijo en un tono bajo y grave que llenó la pequeña sala—. Así que su marido se reunió con alguien, y usted no sabe con quién.

Mireia asintió, sintiéndose inútil. —No. Solo lo que pone en el mensaje.

El sargento la evaluó un instante más. Su experiencia le dictaba que la situación era anómala.

—De acuerdo. Un hombre metódico desaparece sin dejar rastro justo después de enviar un mensaje diciendo que está con otra persona. Una persona que, al parecer, no ha dado la voz de alarma. La comunicación se corta abruptamente y el teléfono se apaga. Olvídese del protocolo de las veinticuatro horas. La posible implicación de un tercero, aunque sea un fantasma por ahora, convierte esto en una *desaparición inquietante de alto riesgo*.

La terminología oficial era tan fría que caía como una sentencia.

—Vamos a activar ahora mismo el dispositivo de búsqueda. Bomberos del GRAE para el rastreo de la zona y una patrulla para asegurar el vehículo —continuó el sargento—. Y dado el cariz que está tomando, el caso no lo llevaremos desde aquí. Vamos a activar a la unidad especializada. Un equipo de Tarragona se hará cargo.

Mireia se quedó sentada, inmóvil.

Había luchado durante horas para que la tomaran en serio. Y lo había conseguido. El alivio duró un segundo. Lo que vino después fue el terror. La maquinaria se había puesto en marcha. Y esa maquinaria solo se activa cuando la esperanza empieza a morir.

—La unidad se llama ACIP —dijo el sargento, como si le leyera el pensamiento—. «Área Central de Investigación de Personas». Son los mejores. Se pondrán en contacto con usted en breve. Ahora, si no le importa, necesito que me cuente, desde el principio, todo lo que sepa sobre esa excursión de su marido.

2

Sábado, 23 de noviembre. 08:32 h.
Aparcamiento de La Mussara, Tarragona.

La autovía T-11 era un mundo de lógica pura. Líneas rectas y propósitos claros, donde las señales te decían con precisión dónde estabas y a qué velocidad deberías moverte. Una cicatriz de asfalto y orden trazada entre Tarragona y Reus.

Paula la dejó atrás en la salida de Reus y ese universo de certezas se desvaneció en el retrovisor. La carretera comarcal que ascendía hacia las *Muntanyes de Prades* era otra cosa. Se enroscaba sobre sí misma en curvas cerradas, como una serpiente intentando sacudirse los coches de encima.

Bajó la ventanilla. El aire que entró ya no olía a asfalto ni a la brisa salada del mar. Era un aire más denso, más frío, olía a tierra húmeda y a las arboledas de pinos que trepaban por las laderas.

Aquel aroma la golpeó con la fuerza de un recuerdo.

Cerró los ojos un instante. Eran las mañanas de domingo en el pueblo, saliendo de casa de su abuela, con el frío picándole en las mejillas. Los paseos con su padre por el bosque, buscando setas. El recuerdo de la libertad. Pero también era el perfume de los secretos, de las miradas por encima del hombro en la plaza, de los secretos a voces y de un futuro escrito en piedra del que había luchado tanto por escapar. Era el rastro de su jaula dorada.

Volvió a subir la ventanilla, como si quisiera encerrar el recuerdo fuera del coche. Se aferró al volante. Aquel caso la devolvía a un mundo que conocía demasiado bien. Un mundo de silencios donde la verdad rara vez salía a la luz del sol; prefería pudrirse en la sombra, como las hojas en el suelo del bosque.

Cuando su Seat Ateca sin distintivos enfiló el último tramo, la niebla no apareció: la asaltó. Surgió de las vaguadas como una exhalación de la tierra, un velo gris y pesado que se aferró a las laderas, difuminando los contornos hasta convertirlos en fantasmas.

Finalmente, llegó. Le gustaba conducir y, en otras circunstancias, habría disfrutado del desafío del trayecto.

El aparcamiento de La Mussara era una explanada de asfalto al final del camino. Un punto muerto. Paula apagó el motor y el silencio la engulló. El murmullo lejano de las radios no lograba romperlo.

Se quedó un instante dentro del coche, observando el diorama bajo el gris del cielo.

Un Opel Mokka gris, demasiado urbano para aquel paraje, destacaba como una mancha profana en el centro del perímetro acordonado.

A un lado, los camiones rojos del GRAE, el grupo de rescate de los bomberos, parecían manchas de sangre coagulada contra el gris mortecino del paisaje. Más allá, las ruinas esqueléticas del pueblo abandonado se recortaban contra un cielo del color del plomo. Las ventanas vacías, como cuencas oculares, observaban la intrusión con indiferencia.

Al escanear la línea de casas muertas se le erizó la piel de la nuca. Sintió el peso de una mirada desde la negrura de una de esas ventanas. Se giró de golpe, clavando la vista en el punto exacto. No había nada. Sólo la sombra y el silencio. «Cansancio» —se dijo—. Pero el instinto no se dejó engañar tan fácilmente.

Paula suspiró y abrió la puerta. El frío la abofeteó. Era un aire cortante y húmedo que se colaba por el cuello de la chaqueta y le recordaba que estaba muy lejos de la temperatura controlada de su despacho en Tarragona. Se ajustó la chaqueta oficial de los *Mossos* sobre los tejanos y las botas de montaña y salió del coche.

Como siempre, su primera acción fue un barrido visual de trescientos sesenta grados. Un hábito. Una necesidad. Era su ritual para no caer en la trampa de la primera impresión. Los atajos, solía repetirse, solo servían para perderse. Y el primer paso para no tomar ninguno era entender el tablero de juego completo: conocer la

escena en su totalidad antes de permitirse enfocar en un solo detalle.

Un agente uniformado se separó de un pequeño grupo y se acercó a ella con paso decidido.

Era un hombre de unos cuarenta y tantos años, con el rostro curtido por el sol y una expresión profesional, seria, pero cansada.

—¿Sargento Sardà? —preguntó. Su acento delataba que era de la zona.

—Exacto, Paula Sardà —respondió ella, extendiendo la mano—. ¿Cuál es la situación, agente…?

—Cabrera, sargento. De la comisaría de Reus. Pues la situación es la que le adelantamos por teléfono. El vehículo es de Jordi Puig, el desaparecido. Estaba cerrado con llave, sin signos de haber sido forzado. Los compañeros de la científica ya han hecho su trabajo. Dentro, todo en orden. Una mochila en el asiento del copiloto con una botella de agua, unos frutos secos, y un anorak extra. Lo típico de un excursionista. Nada que parezca fuera de lugar.

Paula asintió, aunque su mirada ya estaba fija en el bosque oscuro que rodeaba el aparcamiento.

—Los mensajes que nos envió su mujer indican que algo fue muy mal y muy deprisa. Su última conexión es de ayer poco después de las once. —pensaba, el cerebro analizaba variables—. ¿Rutas habituales desde este punto?

El agente Cabrera señaló con la barbilla hacia varias aberturas en la vegetación.

—Tiene varias opciones. Puede bajar hacia el refugio, rodear el pueblo por el sur o tirar hacia el *Pla de la Bassa*, que es ese llano de ahí arriba. En un día claro, las vistas son espectaculares. Se ve todo el Camp de Tarragona hasta el mar.

El agente metió las manos en los bolsillos y bajó la voz casi a un susurro, como si la propia montaña pudiera oírle.

—Pero ya sabe cómo es esto. La Mussara... —Se tomó un segundo para elegir las palabras—. No es solo la niebla. Es lo que hace con la cabeza. Se te echa encima en cinco minutos y no ves más allá de tu propia nariz. Te come los sonidos y te roba las distancias.

La mirada de Cabrera se perdió un instante en las ruinas.

—Cuando era un crío, un amigo mío, *el Xavi*, se perdió aquí arriba. Solo fueron tres horas. Lo buscamos todo el pueblo. Lo encontramos en una zanja, acurrucado, con la ropa empapada y los ojos como platos. —El agente tragó saliva, el recuerdo aún fresco—. No lloraba. Solo temblaba. Juraba que un hombre muy alto, sin cara, lo había estado siguiendo entre los árboles. Que no hacía ruido al pisar.

Cabrera se encogió de hombros, volviendo al presente, intentando restarle importancia.

—Imaginaciones de un crío asustado, claro. Pero *el Xavi* no volvió a subir nunca. Ni siquiera de mayor, para las fiestas. Hay quien dice que aquí el tiempo no funciona igual. Historias. Pero la gente de por aquí es muy cerrada. Les costará contarle algo más que cuentos.

Por un instante, la voz del agente Cabrera se solapó con otra, mucho más vieja: la de su abuela, en la cocina de la casa del pueblo, hablándole en voz baja del *Gegant de les Boires* mientras vigilaba el fuego, el gigante de las nieblas que se llevaba a los niños que se alejaban del camino. Sacudió la cabeza para espantar la imagen, un eco de ese mundo de susurros y supersticiones del que había luchado tanto por escapar. Eran cuentos de viejas para asustar a los críos. Y silencios de hombres para ocultar verdades. Por eso se había ido. Por eso se hizo policía. Para sustituir los susurros por hechos.

Paula había crecido en un pueblo de Lleida lo suficientemente pequeño como para saber que cada comarca tenía sus propias leyendas para asustar a los niños y entretener a los forasteros. Reconocía los mismos silencios, las mismas miradas evaluadoras, la misma desconfianza hacia cualquiera que no tuviera un apodo familiar conocido por tres generaciones.

Había pasado la mitad de su vida huyendo de ese mundo, y ahora, su trabajo la devolvía de lleno a él. Quizás, pensó con una punzada de ironía, esa era su única ventaja. Ella hablaba ese idioma.

Su cara no mostró ninguna reacción. Mantuvo la máscara profesional que tanto le había costado construir; un escudo contra el

caos, la superstición y la estupidez. Ignoró por completo el comentario y devolvió la conversación al terreno de la lógica pura.

—El último mensaje es de las 10:59. Necesito un mapa topográfico detallado. Quiero que el GRAE establezca un radio de búsqueda prioritario para un hombre adulto, en buena forma física, caminando durante, digamos, treinta minutos desde este punto. Y que peinen cada metro cuadrado.

La orden fue clara, directa, y el agente Cabrera asintió, volviendo a su rol de subordinado.

Barrió de nuevo con la mirada el vasto terreno que se extendía bajo ellos, laderas cubiertas de bosque que descendían hacia el valle.

—¿Todo esto es parque natural? —preguntó, más para sí misma que para el agente.

Cabrera negó con la cabeza.

—No, qué va. El parque está proyectado, pero aún no está declarado. Y no todo es público. Gran parte de estas tierras, sobre todo las de ahí abajo, las mejores, donde empiezan los viñedos, son privadas. Llevan generaciones siendo de la misma familia. Los Bosch.

El nombre aterrizó en la mente de Paula. Bodegas Bosch. Lo conocía, por supuesto. ¿Quién no? Sus vinos estaban en las cartas de los mejores restaurantes, sus anuncios eran un sofisticado tapiz de tradición y misterio.

Su lema era la tradición, el legado de un *terroir* mágico.

—Tienen unas bodegas muy famosas en la comarca —continuó Cabrera, ajeno a los engranajes que se movían en la cabeza de la sargento—. Son los dueños de todo esto. Dicen que el secreto no está solo en la tierra, sino en sus vides. Que son... diferentes. Cosas del marketing, supongo.

El dato encajó en su mente con un clic sonoro. Terratenientes locales poderosos. Una familia que llevaba generaciones controlando aquel territorio. No eran sospechosos.

Pero eran una fuente de información que no podía obviar. En un lugar como aquel, donde las lealtades a menudo eran más fuertes que la ley, los dueños de la tierra lo sabían todo.

Sabrían quién se movía por la zona, seguro que tenían a gente trabajando por allí todos los días. Si habían visto a alguien sospechoso, si habían tenido problemas con excursionistas antes…

Se giró hacia Cabrera, su mirada ahora afilada y un propósito claro.

—De acuerdo. Mientras mis compañeros rastrean las últimas llamadas de Puig y revisan sus dispositivos, yo iré a hablar con esa familia. Consígame la dirección de la bodega principal. Quiero saber todo lo que pueda sobre este terreno y sobre sus dueños.

El agente Cabrera pareció sorprendido por la rapidez de la decisión, pero se limitó a asentir.

—Enseguida, entendido.

Paula caminó de vuelta hacia su coche.

El frío parecía menos intenso ahora, reemplazado por la energía que le daba tener un rumbo claro. Miró una última vez hacia las ruinas silenciosas, envueltas en la niebla que se negaba a desaparecer.

Su trabajo estaba a punto de empezar, y lo haría a su manera. Lejos de leyendas y cuentos de fantasmas.

3

Sábado, 23 de noviembre. 10:17 h.
Bodegas Bosch, Vilaplana.

El camino que descendía de La Mussara era un regreso a la civilización.

A medida que el coche de Paula perdía altitud, la niebla se disipaba como un mal recuerdo, dando paso a un paisaje domesticado por la mano del hombre. Las laderas salvajes de la montaña se transformaban en terrazas de viñedos alineados con tiralíneas, cepas desnudas por el otoño que dibujaban patrones geométricos sobre la tierra rojiza.

Olivos centenarios y campos de avellanos completaban el paisaje. Prosperidad.

Las indicaciones la llevaron a una finca imponente. Bodegas Bosch no era una masía rústica, sino una declaración de intenciones. Un edificio de arquitectura moderna y minimalista, con paredes de hormigón pulido y grandes cristaleras que se integraba en el paisaje sin pedir permiso. El aire mismo parecía caro, filtrado y controlado.

Paula detuvo su coche al lado de los Mercedes y Audi aparcados cerca de la entrada. Al bajar, el aire era distinto. El frío húmedo de la montaña había sido reemplazado por una brisa fresca y limpia. Bajo ella, potente, latía el aroma a uva fermentada y a tierra labrada. Pero por encima de todo flotaba un aroma a cedro y piedra limpia. Parecía emanar de los muros, como si hasta el aire exterior estuviera bajo control.

Una empleada joven, vestida con un elegante uniforme negro, la recibió en la puerta con una sonrisa profesional. Paula hizo que Joan, su jefe, llamara con antelación, para darle un carácter oficial a

la entrevista y, de paso, asegurarse de que alguien de la familia Bosch estuviera presente.

—¿Sargento Sardà? El señor Bosch la está esperando. Por aquí, por favor.

La condujo a través de unas instalaciones impecables. Aquí dentro, la atmósfera artificial se volvía abrumadora. Ya no era un olor matizado y disimulado entre el viento. Se había transformado en un perfume medido de sándalo y cítricos, difundido por un sistema de climatización invisible, que luchaba por domesticar el olor a fermentación que se filtraba desde la sala de barricas. El aroma del dinero sustituía al olor a la vendimia.

Pero bajo el perfume, Paula percibió una nota discordante: un olor dulzón, agrio, a fruta pudriéndose en la tierra. Un olor a desperdicio que no encajaba con la pulcritud del lugar.

El suelo de madera noble crujía levemente bajo las botas de montaña, que de repente resultaban toscas y fuera de lugar. Pasaron por una sala de catas con una mesa larguísima de una sola pieza de roble y una pared entera de cristal que ofrecía una vista panorámica de los viñedos. Botellas expuestas como joyas en nichos iluminados, obras de arte abstracto en las paredes.

El silencio no era de ausencia, sino de aislamiento acústico. Un silencio caro, pensado para deleitar al visitante.

Finalmente, llegaron a un despacho.

Un hombre de unos sesenta años, con el pelo canoso peinado sin un solo cabello fuera de lugar y un jersey de cachemira de color burdeos, se levantó de un sillón de cuero para recibirla. La habitación olía a madera, a libros y a una versión concentrada de ese mismo perfume. La imagen de marca no dejaba nada al azar. Detrás de él, un ventanal enmarcaba las montañas de Prades, con La Mussara coronando la cima entre la niebla

—Sargento Sardà, soy Martí Bosch i Giral. Gracias por venir.

Su voz era serena, cultivada. Su apretón de manos, entrenado y firme pero no agresivo. La calma de quien está acostumbrado a que el mundo se adapte a su ritmo.

—El subinspector Vall me ha llamado. Una situación terrible, espantosa. Por favor, siéntese. ¿Un café? ¿Un vaso de agua?

—Agua estará bien, gracias—Paula mantuvo el tono neutro—. Se sentó frente al escritorio de caoba, consciente del contraste entre su ropa funcional y la elegancia que la rodeaba.

Mientras Martí se levantaba con la fluidez de un anfitrión experimentado para servirle el agua, Paula aprovechó para escanear el escritorio. Era un acto reflejo, una forma de leer a las personas a través de su entorno. Su mirada pasó sobre un bolígrafo de diseño y una agenda de piel, pero se detuvo en el pisapapeles.

Era una losa de *llicorella*. Pura pizarra de la montaña. Pero en lugar de ser una piedra en bruto, había sido tratada con el mismo cuidado que una escultura. Estaba cortada en un rectángulo perfecto y pulida hasta obtener un brillo satinado que no era natural, un acabado que realzaba las vetas de mica como si estuvieran suspendidas en agua. Alguien se había tomado el tiempo de encontrar la pieza perfecta y transformarla en un objeto de diseño.

No era un simple pisapapeles.

Martí sirvió el agua él mismo y luego se sentó, juntando las yemas de los dedos. Recorrió a Paula con la mirada y se detuvo en las botas de montaña. Arqueó una ceja. Su rostro mostraba una expresión de educada preocupación.

—Joan me ha dicho que usted está al mando. Una desaparición en nuestras tierras. Es espantoso. ¿En qué puedo ayudar?

—Buscamos a un hombre, Jordi Puig —empezó Paula, observando atentamente cualquier pequeño detalle—. Su coche fue localizado esta mañana en el aparcamiento de La Mussara. Su última comunicación fue ayer, sobre las once de la mañana. Envió un mensaje a su mujer y después se perdió el contacto con él.

Paula observó a Martí con la intensidad de un halcón.

Al oír el nombre, Paula notó una relajación imperceptible en sus hombros. La tensión se disolvió; el nombre no parecía decirle nada.

—¿Jordi Puig? —repitió Martí, saboreando el nombre como si intentara encontrarle un matiz familiar. Frunció el ceño con concentración—. No, me temo que no me suena. Un excursionista, entiendo. Se pierden muchos por la zona, por desgracia.

—Era geólogo, pero creo que estaba únicamente de excursión, sí —dijo Paula.

La palabra se quedó suspendida en el aire cuidado del despacho. Geólogo.

Martí se levantó y caminó hacia una mesa auxiliar. Se sirvió un vaso de agua. Bebió despacio, de espaldas a ella y dejando que el silencio hiciera su trabajo.

Finalmente, se giró, apoyando la cadera en el borde de la mesa. La miró con una media sonrisa que no llegaba a los ojos; una sonrisa de lástima.

—Sargento, usted no es de aquí, ¿verdad? Se nota. Viene buscando lógica donde solo hay piedra y niebla. Pero esta tierra es un cementerio. Siempre lo ha sido.

Señaló el ventanal con el vaso, hacia la inmensidad de los viñedos.

—Lo que ve ahí fuera, tan verde y ordenado, se levanta sobre cadáveres. La filoxera. ¿Le suena? Un bicho minúsculo que llegó de América y devoró las raíces en el siglo XIX. Mató las viñas y, con ellas, mató al pueblo. La ruina fue absoluta. La gente se marchó o se murió de hambre.

Se acercó a ella, invadiendo su espacio personal. Olía a perfume caro.

—Esa desesperación es lo que creó nuestras leyendas, sargento. La gente necesitaba culpar a algo. Fantasmas, maldiciones... Inventaron historias como la del *Salt de l'Ànima*, una piedra que dicen que se traga a los desgraciados. —soltó una risa breve—. Pura superstición de gente pobre. Pero debo admitir que es muy útil. A los turistas les encanta el misterio. De hecho, vendemos un vino carísimo con ese nombre. Dicen que tiene una estructura única, una trama en boca que no se encuentra en ningún otro sitio.

Martí apuró el agua y dejó el vaso sobre la mesa con un golpe seco; el tono de su voz se enfrió.

—Mi punto de vista es sencillo: La Mussara es un lugar hostil. Se traga a la gente desde hace siglos. No busque conspiraciones donde solo hay un mal paso en una tierra difícil.

Paula ignoró la advertencia. —Parece que, además de la geología, estaba muy interesado en la historia de la zona. Por lo que sabemos, no solo le gustaba la geología, también la antropología. Aún

tenemos que averiguar qué vínculos tenía con la zona, si es que los tenía.

Martí se reclinó en su asiento y cruzó las piernas. El movimiento fue demasiado rígido.

—Entiendo perfectamente esa pasión. Mi familia materna, los Giral, también eran de por aquí arriba, antes de que todo se abandonase. A veces esa conexión con el pasado, con las raíces, nos hace imprudentes. Es una fuerza poderosa. —Hizo una pausa, y su pregunta fue como el bisturí de un cirujano—. ¿Sabe si tenía interés en algo concreto? ¿Algún pueblo, alguna familia?

—Todavía estamos recopilando esa información de la viuda. De momento, solo sabemos que se interesaba en toda la zona.

Mintió con la misma calma con la que él le había servido el agua. Por un instante, los ojos de Martí se endurecieron.

Martí se levantó y se acercó al ventanal, dándole la espalda.

—Haré lo que esté en mi mano para ayudar, sargento. Pondré a su disposición nuestros mapas privados de la finca, son mucho más detallados que los oficiales. Y mis trabajadores… conocen cada palmo de esa montaña. —Se giró de nuevo hacia ella, y su siguiente frase fue una jugada maestra de colaboración aparente—. Hablaré con mi hermano, Carles. Él es el que realmente vive pegado a la tierra, el jefe de nuestros viñedos. Pasa más tiempo en la montaña y en los campos que en casa. Si alguien vio algo o a alguien extraño ayer, fue él. Le diré que se ponga en contacto con usted.

Paula no podía pedir más. Aquella familia le estaba ofreciendo toda la ayuda posible. No había hecho falta pedírselo, ni de forma informal ni de manera oficial. Era un ofrecimiento impecable, el gesto de un ciudadano responsable. Sin embargo, ella siempre dudaba de las buenas intenciones. Su experiencia en algunos casos en el pasado le había hecho aprender la lección.

—Se lo agradezco, señor Bosch —dijo Paula, levantándose—. Su ayuda será muy valiosa.

Mientras la acompañaba a la salida, Martí añadió una última pincelada a su obra.

—Espero de corazón que lo encuentren sano y salvo, sargento. Y que todo esto sea solo un susto. Una mala anécdota magnificada

por las leyendas de un pueblo abandonado.

Paula asintió, sin comprometerse. Al salir al aire fresco, respiró hondo. La conversación le dejó un regusto amargo, una inquietud que se negaba a disiparse. Martí Bosch i Giral era un hombre influyente, un aliado valioso y, en apariencia, impecable.

Una vez en el coche abrió una pequeña libreta; siempre tenía una encima. Empezaba una con cada caso y las tenía perfectamente archivadas como se archivan los libros en una biblioteca.

Anotó: Martí Bosch. Dueño de tierras. Cordial y colaborador. Debajo, añadió dos palabras que resumían su instinto:

Un *senyoret*.

4

Sábado, 23 de noviembre. 13:04 h.
Reus.

El descenso de vuelta a Reus fue un viaje de regreso a la normalidad. Atrás quedaba el universo esterilizado de las bodegas o el frío arisco de la montaña. Los viñedos geométricos dieron paso a las rotondas y a los polígonos industriales que anunciaban la ciudad.

Aparcó frente a un bloque de pisos de ladrillo visto. Apagó el motor y se quedó un instante mirando la fachada, preparándose. La entrevista con Bosch había sido el calentamiento antes del partido, un juego. Fácil. Esta, en cambio, era diferente. Esta era la parte sucia y real de su trabajo, la que siempre le dejaba un poso amargo en la garganta. Porque lo difícil no era encontrar a los que huían, sino mirar a los ojos de quienes dejaban atrás.

La casa olía a recuerdos. No era un perfume ni un ambientador, sino esa mezcla intangible que define un hogar: el aroma a café de la mañana, mezclado con el polvo de los libros que se acumulaban en las estanterías. Aún flotaba el rastro de la loción de afeitar y el perfume floral de ella.

Un olor a vida normal, a rutina. Una rutina que se había hecho añicos.

El piso estaba inmaculado, pero sobre la mesa del comedor había una taza de café frío, abandonada. En el sofá, un pañuelo de papel arrugado. Y colgado en el perchero de la entrada, el abrigo de diario de Jordi parecía esperarlo, un fantasma de tela y costumbre.

El silencio era lo peor. Un vacío que antes habría estado lleno de los sonidos de una vida compartida: el telediario de fondo, el

murmullo de sus conversaciones, quizás algo de música sonando mientras cocinaban.

Ahora, cada pequeño ruido —el zumbido de la nevera, el *tic-tac* de un reloj de pared— se amplificaba hasta volverse ensordecedor, un recordatorio agudo y solitario de todo lo que faltaba.

Mireia Díaz condujo a Paula al salón. Se movía con una lentitud sonámbula, como si sus extremidades pesaran el doble.

La histeria de la comisaría había dado paso a un aturdimiento continuo, un estado de shock que la mantenía en pie por pura inercia. Una caja de tranquilizantes sobre la mesa confirmaba las sospechas de Paula.

Su rostro estaba pálido, tenía los ojos hinchados y enrojecidos, pero cuando se giró hacia Paula, había un destello en ellos: una esperanza que nacía desde las tripas.

—¿Quiere un café? ¿Un vaso de agua? —preguntó con un gesto automático de hospitalidad en medio del caos.

—Agua, gracias —respondió Paula con suavidad.

Mientras Mireia iba a la cocina, Paula observó el salón. Estaba lleno de fotos. Jordi y Mireia en la playa, sonriendo. Jordi con sus padres en una comida familiar. Jordi, más joven, posando con un título universitario.

Un hombre con una vida, con gente que lo quería. No era solo un expediente con el nombre «Puig, Jordi» en la portada. Era el centro de la vida de la mujer que ahora le tendía un vaso de agua con las manos temblorosas.

Se sentaron en el sofá. La luz de la tarde, débil y azulada, entraba por la ventana, dibujaba unas largas sombras en el parqué.

—Mireia, sé que es increíblemente difícil —empezó Paula, con tono profesional pero cargado de empatía—. Pero necesito que me hable de Jordi. El sargento de la comisaría me dijo que estaba investigando algo. Necesito entender que estaba haciendo.

Mireia asintió con la mirada perdida en algún punto de la pared.

— No era… no sé. Una obsesión, quizá. —dijo—. Para él era su historia. Le apasionaba la antropología, se emocionaba entendiendo cómo los pueblos se adaptaban, nacían o morían.

Le explicó cómo Jordi, casi por casualidad, revisando viejos papeles del abuelo, había encontrado algo que lo llevó a una investigación de una década. Había descubierto que sus antepasados habían vivido desde hacía generaciones en La Mussara, hasta que un día la dejaron atrás. Su madre le contaba historias, pero nunca le explicaron el porqué había ocurrido.

—Era la historia de su vida, pero no la conocía. Solo sabía las historias que le habían contado, pero quería saberlo todo. Sabía que su bisabuelo había sido agricultor, que tenían viñas y otros cultivos allí. Se preguntaba qué les había empujado a dejar su casa.

Paula sacó la libreta, el gesto que la anclaba a la lógica, a los hechos.

—¿Cuál era el apellido familiar? La Mussara y Vilaplana son lugares pequeños, quizás alguien recuerde aún algo.

Mireia frunció el ceño, buscando en los recovecos de una memoria maltratada por el pánico.—Sí… bueno, él era descendiente de los Giral. Era el apellido de su abuela materna, luego ha ido perdiéndose con los matrimonios.

El apellido resonó en su cabeza como la campana de una iglesia. Le aceleró la respiración. Volteó las páginas de su libreta con una urgencia mal disimulada, buscó las notas de su entrevista de esa misma mañana. Y allí estaba, escrito con su propia letra: Martí Bosch i Giral. Era su primer hilo tangible, la primera palabra con peso en medio de un mar de leyendas y conjeturas.

No podía ser una coincidencia. No en este caso. Dibujó un círculo alrededor del apellido y lo conectó con una flecha directa al nombre de Bosch.

El *senyoret* le había mentido. No con palabras, sino con un silencio.

—Decía que sus bisabuelos, los Giral, habían sido los últimos en partir, pero que había habido otras familias. Ahora no recuerdo exactamente los nombres, perdona.

Paula siguió tirando del hilo, con cuidado de no romperlo. Aún asimilando la relación que acababa de descubrir.

—¿Tenía interés en algún lugar concreto?

Mireia cerró los ojos un instante. Paula pudo ver el esfuerzo que hacía por recordar, por resucitar las conversaciones con su marido, los monólogos apasionados que ella a menudo escuchaba con media sonrisa, sin entender la verdadera magnitud de lo que él estaba desenterrando.

—Sí… —dijo finalmente, abriendo los ojos—. Siempre la llamaba de una forma extraña. Decía que la clave de todo estaba allí. La llamaba… la *trama*.

«La trama». Las palabras resonaron en la mente de Paula.

—Yo pensaba que era el nombre que él le había puesto a su investigación, a todo el embrollo —continuó Mireia mientras una lágrima resbalaba por su mejilla—. No sé si era un sitio o que era, o solo su forma de llamarlo. Él… a veces se perdía en sus mapas, en sus historias. Hablaba del hilo original, de encontrar el corazón de la vid. Decía que todo lo demás eran solo copias. Yo... no le entendía la mitad de las veces. Ahora siento no haberle escuchado con más atención.

Al final de la entrevista, Paula supo que había conseguido algo más que nombres. Tenía el esqueleto de un móvil. No se trataba de dinero ni de celos. Era algo más viejo: una herida de sangre y tierra.

—La mantendré informada de cualquier novedad, Mireia. Cualquier cosa.

Cuando llegó a la puerta, Mireia la detuvo y la agarró suavemente del brazo. La mujer que tenía delante ya no era la víctima aturdida de hacía una hora. La conversación había cambiado algo en ella. Sus ojos, aunque rojos, ahora ardían.

—Espere. Hay algo más.

Sin decir más, la condujo por un pasillo hasta la última puerta. La abrió.

Era el despacho de Jordi. Un pequeño santuario dedicado a su obsesión. Las estanterías, combadas por el peso, apenas podían contener los lomos de libros de historia local, tratados de geología y carpetas desbordadas de fotocopias. Sobre una gran mesa de trabajo, varios mapas topográficos estaban extendidos, sujetos con pesos.

La mirada de Paula recorrió las paredes, saltando de los lomos de los libros a las etiquetas de los archivadores, buscando una palabra clave, un hilo del que tirar. Se detuvo en un pequeño hueco libre en la pared, justo encima del escritorio. Allí, en un marco de madera simple, había un dibujo que desentonaba con el caos de papeles.

No era un mapa. Era una ilustración botánica hecha a mano con tinta sepia, al estilo de los naturalistas del siglo XIX. Mostraba dos sistemas de raíces de vid, dibujados uno al lado del otro con un detalle minucioso.

La raíz de la izquierda era fibrosa y relativamente superficial. Debajo, una caligrafía cuidada anotaba: «*Portaempelt Americà (V. riparia)*».

La de la derecha era completamente diferente. Más gruesa, oscura, retorcida como un hueso viejo. Se hundía en el papel con una profundidad y una complejidad que la otra no tenía. La anotación debajo era más escueta, casi un apunte personal: «*Peu Franc / Arrel Nua?*».

Paula frunció el ceño. «¿Raíz desnuda?». La palabra no le dijo nada. Volvió su atención a los mapas y a las cajas apiladas.

Había cajas de archivo apiladas en un rincón, con etiquetas escritas a mano: «Registros Parroquiales», «Catastro 1920-1940», «Correspondencia».

Un escalofrío recorrió a Paula. Acababa de obtener acceso a la mente de la víctima.

—Jordi guardaba todo aquí —dijo Mireia con la voz firme—. Cajas y cajas. No entiendo casi nada de lo que hay, pero él decía que aquí estaba la verdad.

Mireia se acercó al escritorio y señaló un objeto que sujetaba una pila de papeles: una losa de *llicorella*, de pizarra, del tamaño de la palma de una mano, de un gris oscuro con vetas brillantes. Tenía los bordes redondeados y lisos.

—Esta piedra —dijo, con una media sonrisa triste—. La encontró en una de sus primeras excursiones, hace años. La usaba de pisapapeles, pero a menudo acababa en su bolsillo cuando salía. Decía que era su brújula, que le recordaba qué estaba buscando. Si cree que puede ayudar… es todo suyo.

Paula miró la piedra. No la tocó. Solo observó cómo la luz de la tarde se reflejaba en las finas capas de mica.

Paula se quedó en el umbral, observando aquel tesoro de papel, aquel laberinto de una década de trabajo. Tenía un apellido clave: Giral. Un nombre en clave: *la trama*. Y una montaña de documentos que podrían contener la respuesta no solo al porqué, sino también al quién. La investigación acababa de adquirir una dirección clara y tangible.

Su mente, entrenada para buscar patrones, descartó rápidamente las hipótesis más comunes. Esto no iba de deudas de juego, ni de un ajuste de cuentas por drogas, ni de un crimen pasional.

Las etiquetas en las cajas eran inequívocas: «Registros Parroquiales», «Catastro 1920-1940», «Correspondencia». La respuesta no estaba en la vida personal de Jordi, sino en la vida de sus antepasados.

No estaba investigando el aquí y ahora, tendría que remontarse a muchos años atrás. El móvil del crimen, estaba segura, estaba enterrado en la propia tierra que Jordi estudiaba.

—Enviaré a un equipo para que lo recoja todo con cuidado, o lo revisaremos aquí mismo si lo prefiere. Por ahora cogeré solo un par de carpetas. —dijo Paula, con voz profesional pero incapaz de ocultar la importancia del hallazgo.

Al salir de la casa y de vuelta al aire fresco de la tarde, el caso se reveló ante ella en su verdadera naturaleza. No era un robo frustrado, una desaparición accidental o fruto de una discusión imprevista. Ya no era solo una desaparición en un lugar maldito. Y en algún lugar había alguien que ocultaba la verdad, la escondía entre la niebla.

El sol empezaba a teñir de naranja los edificios de Reus cuando su móvil de servicio vibró. Era el jefe del dispositivo de búsqueda. La voz al otro lado fue escueta, sin emoción, puramente operativa.

—Sargento. Tenemos un positivo. *Barranc de les Airasses*.

Paula se detuvo en seco junto a su coche. No preguntó si estaba vivo. No hacía falta. Miró hacia las montañas, que aparecían como una silueta oscura recortada contra el cielo.

—Joder, vale. Voy para allí.

La búsqueda había terminado. La investigación, en cambio, acababa de empezar.

5

Sábado, 23 de noviembre. 17:38 h.
Barranc de les Airasses, La Mussara.

El aparcamiento de La Mussara se había convertido en un teatro de operaciones. Cuando Paula llegó, la noche casi había caído y la actividad frenética de la búsqueda se había transformado en una calma tensa. El jefe de los agentes rurales la recibió en cuanto bajó del coche, con el rostro cansado bajo una máscara de profesionalidad.

—Lo siento —fue lo único que dijo el hombre.

A Paula, la adrenalina le borró el cansancio. Una sacudida eléctrica la devolvió de golpe a la urgencia del mundo real. Antes de que pudiera hacer más preguntas, un bombero del GRAE le hizo señas desde el borde de un sendero escarpado, gritando su nombre por encima del ruido del viento. Se abrieron paso entre la maleza que le arañaba la ropa, descendiendo unos metros por una pendiente inestable.

El sol de la tarde se hundía en el horizonte y teñía el cielo de naranjas y morados apagados. La luz moribunda se filtraba a través de las copas de los árboles, proyectando sombras afiladas entre las ramas esqueléticas que se movían con la brisa.

Se detuvieron al borde de un barranco.

Abajo, a unos veinte metros, iluminado por el haz potente de las linternas de los rescatadores que ya habían descendido, yacía un cuerpo.

Descansaba en una postura antinatural. Atrapado entre las rocas y la maleza del fondo, el cuerpo era una masa informe, una figura de trapo desechada por la caída. Incluso desde esa distancia, Paula

reconoció la ropa de las fotos que Mireia le había enseñado. Era Jordi Puig.

El jefe del equipo del GRAE, un hombretón con una barba canosa y el rostro curtido por mil rescates se acercó a Paula con expresión sombría.

—Lo siento, Paula. Lo hemos encontrado.

—¿Podéis subirlo? —preguntó Paula con voz calmada, aunque sentía un nudo en el estómago.

El jefe del GRAE negó con la cabeza. Su mirada barrió la pared casi vertical del barranco y la luz que se desvanecía a cada segundo.

—Imposible. Ahora no. Es demasiado peligroso. El terreno es inestable, lleno de piedra suelta, y nos hemos quedado sin luz. Intentar un levantamiento ahora es un riesgo inasumible para mis hombres. Y una carnicería para las pruebas. No podemos hacerlo.

Paula sintió una punzada de frustración. Odiaba esperar. Odiaba ceder el control al reloj, a la noche. Pero entendía la lógica. Un rescate precipitado podría destruir pruebas cruciales, convertir un posible homicidio en un accidente a ojos de la forense.

—De acuerdo —cedió a regañadientes—, acordonad la zona. No quiero a nadie a menos de cincuenta metros. Dejaremos una patrulla de custodia en el acceso al sendero y procederemos con el levantamiento a primera hora. En cuanto amanezca, quiero que todo el equipo esté aquí.

Observó la escena desde arriba, intentando memorizar cada detalle antes de que la oscuridad lo borrara todo: la posición del cuerpo, los árboles cercanos, las rocas que podrían haber servido de punto de caída. A primera vista, la hipótesis del accidente era sólida, casi perfecta. Un resbalón, una mala caída. La explicación más sencilla solía ser la acertada, al menos eso decía la navaja de Ockham. Una lógica que, en casos como este, solía ser la más peligrosa.

De vuelta, en el aparcamiento, la actividad frenética de la búsqueda dio paso a la retirada ordenada de los equipos. El ruido de los motores rompió el silencio mientras los vehículos del GRAE y de los rurales se marchaban. Solo se quedaron allí Paula y una pareja

de los *Mossos*. La pareja tendría relevo en unas horas, ella no. No se iba a mover de allí.

La noche cayó de golpe, y la niebla asaltó la montaña. Llegó más rápida y densa que la oscuridad. Se arrastró por las laderas como un sudario, borrando el mundo más allá de los cristales empañados de su coche.

—Sargento, le hemos reservado una habitación en un hostal de Vilaplana —le dijo el agente Cabrera—. Puede descansar. El perímetro está asegurado.

—No me voy, Cabrera. —Paula abrió la puerta trasera del coche, donde estaban las cajas incautadas de Jordi—. Me quedo.

—Escuche, el levantamiento no será hasta las siete como poco y…

—He dicho que me quedo, Cabrera. No voy a dormir. Y no quiero que el teléfono de comisaría no me deje respirar. —Se giró hacia él con la cara iluminada por la luz del salpicadero—. Este es el único lugar donde voy a tener silencio. Voy a hacer una primera criba de los papeles de la víctima. Aquí. Te agradecería un café, eso sí.

Cabrera asintió, resignado. —Entendido. Le traeremos un termo.

Paula se metió en su coche. Convirtió el habitáculo en un claustrofóbico puesto de observación, y en una oficina. No era una necesidad irracional de no abandonar a la víctima; era una decisión táctica. La respuesta debía estar en aquellos papeles. Era una forma de conectar con él, de pensar como él, rodeada por el mismo aire que él respiró por última vez.

Encendió una pequeña linterna que siempre llevaba en el coche, y comenzó a revisar las notas del caso, la entrevista con Mireia, los nombres… Giral, *La Trama*…

Todo eran preguntas. Ni una respuesta se asomaba entre sus dudas. Absolutamente concentrada, con la cara recortada por el haz de la linterna.

Las horas se arrastraron, cayendo lentamente como las hojas de los árboles.

Se obligó a concentrarse en los papeles de Jordi, pero el silencio opresivo del exterior era una distracción constante.

Tras lo que le pareció una eternidad revisando un árido informe catastral, se frotó los ojos y miró el reloj del salpicadero. Marcaba las

00:23 h. Suspiró.

Al volver la vista a los papeles, la misma frase parecía repetirse en las páginas. El ulular de un búho la sobresaltó. Volvió a mirar el reloj: 00:24. Apenas un minuto. Le había parecido una eternidad.

Forzó la vista y regresó a los papeles. Un rato después, el ulular de nuevo. Miró el reloj. 00:26.

Dos minutos. Una corriente helada, ajena al aire de la noche, le recorrió la nuca. Las palabras de Cabrera —aquí el tiempo no funciona igual— resonaron en su cabeza como una burla. «Puro agotamiento», se dijo. Pero la sensación de irrealidad persistía.

Intentó cerrar los ojos, descansar un poco, pero el sueño no llegaba.

Su mente era un hervidero de hipótesis. En comisaría estaría rodeada por el murmullo de los compañeros, el sonido de los teléfonos. En su terreno. Aquí fuera, solo había el ulular del búho y el gemido constante del viento, que le impedían pensar con claridad.

Empezaba a pensar que no había sido buena idea, que quizás hubiera sido mejor descansar en el hostal.

Poco a poco, su cabeza se fue adaptando a esos nuevos sonidos y al tiempo que se relajaba su respiración, fue cayendo en una frágil duermevela que le hizo perder la noción del tiempo.

Un chasquido seco la despertó de golpe. Tardó unos segundos en reconocer el interior del coche, la oscuridad y el vaho en los cristales. «Joder, me he dormido».

Miró el reloj, la una de la madrugada.

Otra vez ese ruido, ahora más intenso, más cerca.

Otro crujido, otra rama rota.

No era el crujido suave de un animal pequeño. Era un sonido seco, nítido: el de un peso considerable aplastando madera muerta. Demasiado cerca. Demasiado definido.

Su instinto de policía se disparó.

Con un movimiento lento, pasó la palma de la mano por el interior del parabrisas, abriendo una mirilla en la capa de condensación. Sus ojos buscaron la línea de las ruinas, ahora siluetas fantasmales recortadas contra la negrura.

Y entonces, por una fracción de segundo, lo vio. O creyó verlo.

Una de las sombras no era una piedra. Se movía. Era una figura alta que se erguía entre dos casas derrumbadas. La niebla se arremolinaba a su alrededor, deformándola y dándole la apariencia de un gigante encorvado, con los hombros caídos y una cabeza demasiado pequeña. La figura pareció girarse hacia ella.

Paula parpadeó, y la visión se desvaneció. Solo quedaban los árboles y la piedra inmóvil.

Pero, por un instante, el aire del coche dejó de oler a plástico frío y se transformó en un olor a humo de leña, a estofado cociéndose a fuego lento. Recordó el calor de la chimenea en las mejillas y oyó la voz rasposa de su abuela, contando la historia con los ojos fijos en las brasas.

«No le tengas miedo al *Gegant de les Boires*, nena. Él no es malo. Sólo está solo. Y cuando encuentra a alguien perdido en la niebla, lo guarda. Para que le haga compañía.»

Paula sacudió la cabeza, furiosa consigo misma. El olor a humo desapareció. Volvió el frío del coche.

«Cuentos de viejas. Agotamiento», se espetó con rabia y afiló los sentidos.

Fuera las supersticiones. Fuera los recuerdos. Ahora solo era una policía en territorio hostil.

Apagó la pantalla del móvil de un manotazo, sumergiéndose en la oscuridad total. Contuvo la respiración, escuchó.

Solo el viento. Solo el viento, y su propia respiración.

Se pegó al parabrisas, forzando la vista para penetrar la noche. La niebla era dueña del lugar; las formas de los árboles apenas se distinguían, siluetas que se difuminaban con el aire. El búho se había callado.

¿Aquella sombra más densa que acababa de moverse era solo un jirón de niebla o una figura humana deslizándose entre los pinos?

Su corazón empezó a latir con fuerza contra sus costillas.

«Es el cansancio, Paula. Estás sugestionada. Este sitio se te está metiendo en el cuerpo».

La voz de la lógica en su cabeza era un susurro débil contra el grito de su instinto.

El viento cambió de dirección y trajo consigo un sonido que no pertenecía al bosque. No era un animal. Era el roce sordo de una tela gruesa contra la corteza de un árbol.

Alguien estaba ahí fuera. Muy cerca

Se quedó petrificada, con todos los músculos en tensión. Un temblor la recorrió, y no era de frío. Era la incertidumbre corroyendo la razón. ¿Era real? ¿O la atmósfera de La Mussara había sido más fuerte que ella? Estaba vulnerable. Expuesta. Observada.

Pasó el resto de la noche en hipervigilancia, con una mano cerca apoyada en su pistola, preparada. No hubo más sonidos ni más sombras, solo la larga y helada espera.

La primera luz gris del amanecer fue una liberación. Los sonidos del bosque volvieron a ser predecibles, el primer canto de los pájaros reemplazó el ulular del búho. Poco después, el ruido de motores subiendo por la carretera rompió la calma. El equipo forense ya estaba llegando.

La noche había terminado, pero le había dejado una marca: la duda instalada en ella como la humedad en las piedras. Ya no solo investigaba una muerte. Ahora se preguntaba si, además, se había convertido en una presa.

6

Domingo, 24 de noviembre. 07:32 h.
Fondo del barranco, La Mussara.

El amanecer no trajo consuelo. La luz fría despojó al barranco del misterio nocturno y lo expuso con una claridad brutal. Ahora se veían las rocas afiladas, las ramas partidas por la caída y la alfombra de hojas húmedas quedaba al descubierto bajo una luz que no dejaba espacio a leyendas. Para Paula, que había pasado la noche luchando contra fantasmas, la cruda realidad era casi un alivio.

En el centro de todo, el cuerpo quebrado de Jordi, con los brazos deformados y una mancha de sangre oscura en el pecho. A su alrededor, las figuras blancas del equipo forense se movían con precisión metódica.

Parecían bailarines ejecutando una coreografía sobre un escenario de tierra y piedra. Un contraste crudo entre el orden de la ciencia y el caos de la naturaleza.

Paula observaba desde una roca cercana, con los brazos cruzados; el frío le subía por las piernas desde el suelo. El cansancio de la vigilia era un peso físico sobre sus párpados. El miedo de la noche anterior se había convertido en obstinación. La adrenalina la mantenía en alerta máxima.

Había repasado la escena cien veces en su cabeza durante la noche, y ahora la tenía delante de sus ojos.

Elena Ruiz, la jefa del equipo forense, se acercó a ella. Vestía un mono blanco que aún estaba impecable.

Se quitó las gafas de protección y las dejó colgando sobre el pecho.

—Buenos días, Paula. O lo que se diga en estos casos. He visto caídas más aparatosas, pero solo en las películas. Esta ha sido de

las buenas.

Paula no sonrió.

—¿Qué tienes, Elena?

—De momento, lo que ves. Múltiples traumatismos craneoencefálicos y torácicos, fracturas varias… todo consistente con una precipitación desde ahí arriba. —Señaló con el pulgar hacia el borde del barranco—. A primera vista, un excursionista torpe que se despistó y tuvo un mal día. No veo nada obvio que me haga sospechar de terceros. Sin signos de lucha evidentes, sin heridas de defensa claras.

Paula asintió, pero algo no encajaba. El suelo a su alrededor estaba seco, barrido por el viento. ¿De dónde había salido el barro húmedo que apelmazaba las botas de Jordi? Bajó la mirada e ignoró las heridas evidentes del torso y la cabeza para centrarse en los pies.

—Las botas —susurró.

Elena siguió su mirada. —¿Las botas? Están bien puestas, bien atadas. Son de buena calidad. Este hombre no era un novato.

—Examina las suelas, Elena. A fondo. Antes de que lo mováis.

Elena enarcó una ceja, pero conocía a Paula y no quiso discutir.

—¿Por qué? ¿Qué les pasa?

—Barro. ¿No lo ves? —Paula señaló con la barbilla—. Demasiado barro para un suelo tan seco.

Elena accedió y se dirigió a su técnico. Ni quería contradecir a la jefa, ni podía decir que no tuviera razón. No costaba nada estar seguros.

—Has oído a la jefa. Con cariño. Como si buscaras el anillo de compromiso que se te cayó anoche.

El técnico desplegó con sumo cuidado una lona estéril junto al cuerpo y, con ayuda de otro compañero, levantó una de las piernas de la víctima para exponer la suela de la bota de montaña.

El dibujo de la suela estaba lleno de barro, pequeñas hojas y gravilla.

El registro del último viaje de Jordi Puig. El técnico empezó a raspar con una pequeña espátula, recogiendo con cuidado las muestras en una bolsa de papel.

Paula se agachó junto a él, con su rostro a escasos centímetros del caucho; olía la tierra húmeda y la intensidad de la descomposición.

Sacó la potente linterna de bolsillo y barrió la superficie con el haz de luz, examinando cada recoveco, cada taco.

El especialista continuaba su trabajo, metódico y paciente.

—Espera —dijo Paula de repente—. Para. Ahora.

El técnico se congeló, con la espátula a medio camino. Paula acercó la linterna a un punto concreto, en el hueco de uno de los tacos más profundos de la suela. Elena, intrigada, se agachó también.

—Eso de ahí.

Señaló una incrustación de un color extraño: un gris pálido con motas verdosas que no encajaba con el barro oscuro. Algo fuera de lugar.

Elena se agachó aún más, interesada. Se puso en cuclillas al lado de Paula y las rodillas le crujieron dentro del mono.

—A ver qué has pescado esta vez.

Usó unas pinzas de precisión para extraer con sumo cuidado el pequeño fragmento y lo depositó sobre una placa de Petri que sacó de su maletín. Lo examinó con una lupa de campo, la luz del amanecer reflejándose en el cristal.

—Es liquen, sin duda —dijo tras unos segundos. Inclinó la placa para verlo desde otro ángulo—. Pero es curioso…

La palabra *curioso* en boca de Elena era el equivalente a una sirena de alarma para Paula.

—¿Qué tiene de curioso? —presionó Paula. Tenía la mirada fija en la pequeña muestra.

Elena levantó la vista de la lupa y la miró directamente a los ojos. Su tono ya no era jocoso. Era puramente técnico.

—A ver, no soy una experta en estas cosas, lo mío son los huesos y las tripas, pero esto está completamente deshidratado, seco como la tiza. Es quebradizo, casi polvo. Como si llevara semanas secándose al sol en una roca. —Hizo un gesto con la cabeza, abarcando el fondo sombrío y húmedo del barranco—. Aquí es suelo está seco, pero las botas están embarradas y entre el barro

encontramos esto, totalmente seco. Esto… —volvió a mirar la muestra—, esto no es de aquí. Es un cuerpo extraño. Un polizón.

Un silencio cargado de significado se instaló entre las dos mujeres. Aquella mancha gris era justo eso: la primera grieta en la perfecta fachada del accidente.

—Embolsa esto por separado, Elena —pidió Paula mientras se ponía en pie.—. Etiquétalo como *Muestra Anómala 01*. Quiero un análisis completo en el laboratorio: identificación de la especie y cualquier dato sobre su posible origen geográfico. Dale prioridad máxima.

Elena guardó la placa de Petri en una bolsa de evidencias, como si contuviera un diamante.

—No te preocupes. Lo pondré el primero de la lista —dijo, y añadió con una media sonrisa—. A ver si tu piedra en el zapato nos dice cómo caminó hasta aquí, o con quién. Bueno, sabemos que hasta aquí no caminó exactamente…

Al acabar, el equipo se preparaba para mover el cuerpo de Jordi, pero la mente de Paula ya no estaba en la caída. La cómoda narrativa del accidente no se había agrietado. Se había hecho añicos. Ahora tenía una pregunta mucho más urgente y extraña que resolver.

¿De dónde cojones había salido ese liquen?

7

Domingo, 24 de noviembre. 18:12 h.
Instituto de Medicina Legal, Tarragona.

El frío de la sala de autopsias no tenía nada que ver con el de la montaña.

Era estéril, metálico; olía a desinfectante y a verdad clínica.

Las paredes de azulejos blancos y las superficies de acero inoxidable multiplicaban la luz de los leds y eliminaban cualquier sombra, cualquier atisbo de misterio.

Todo era clínico, brutalmente honesto y sin sitio para esconderse.

Y en el centro de la sala, sobre una de las mesas metálicas, el cuerpo de Jordi Puig, el único rastro de carne en aquel universo de acero.

Paula estaba enfundada en una bata verde que no la protegía del frío de la sala. La molesta mascarilla le cubría la boca y la nariz; observaba desde una distancia respetuosa.

El zumbido de los sistemas de ventilación era el único sonido constante, un murmullo que no lograba enmascarar el chasquido metálico de los instrumentos de Elena ni su voz, que dictaba los hallazgos a una grabadora con un tono monocorde.

—…causa directa del fallecimiento: fractura craneal masiva —recitaba Elena—. Múltiples fracturas costales en el hemitórax derecho, con perforación pulmonar. Hemotórax. Hígado destrozado...

Cada término técnico era un golpe. Un clavo. Laceración hepática. Otro clavo. Hemotórax masivo. El ataúd de su teoría se estaba cerrando. Elena seguía dictando, con la voz convertida en un bisturí que separaba los hechos de cualquier emoción. Un trabajo imposible de otro modo.

Paula escuchaba, nerviosa, esperando la palabra, la frase, el hallazgo que confirmara su instinto. Que le diera el arma que necesitaba.

—¿Algo más, Elena? —interrumpió ella, incapaz de contenerse—. ¿Algo que no sea producto de la caída? ¿Marcas de lucha? ¿Heridas de defensa en los brazos? Algo…

Elena negó con la cabeza sin apartar la vista de su trabajo. Estaba examinando las manos de la víctima milímetro a milímetro.

—Negativo, sargento. Las uñas están limpias, sin restos de piel ajena ni fibras extrañas. Sin contusiones defensivas en los antebrazos ni en el dorso de las manos. Todo lo que veo, Paula… —Hizo una pausa y levantó la vista hacia ella por encima de sus gafas de protección—. Es la fuerza de la gravedad. Es el resultado de un hombre de ochenta kilos chocando contra unas rocas después de una caída de veinte metros. Lo siento.

El estómago de Paula se contrajo. Los mensajes de pánico, el liquen de las botas y la paranoia de la noche anterior se evaporaban frente a la realidad de los huesos rotos.

Su instinto le gritaba que había algo más: un detalle oculto, una verdad susurrada.

Pero la ciencia le estaba diciendo lo contrario. Sentía cómo el caso se le escapaba de las manos, cómo la narrativa del accidente volvía a imponerse, aplastante.

Se dio la vuelta, frustrada.

Apoyó una mano en la pared de azulejos fríos, preparándose para irse. Tendría que seguir investigando sin el respaldo de la ciencia forense, basándose solo en pistas circunstanciales y en la sensación corrosiva que tenía en las tripas.

Sería más difícil. Casi imposible. Tendría que cerrar el expediente como un trágico accidente.

—Espera un momento.

La voz de Elena la detuvo.

No se lo decía a ella, sino más bien a sí misma. Un murmullo de concentración. Paula se giró. Elena no había terminado su protocolo. Estaba centrada ahora en el cuello de la víctima.

—Solo me queda revisar a fondo la zona cervical para descartar lesiones por hiperextensión en la caída… un procedimiento estándar.

Paula se quedó en la puerta, observando. Elena, con unas pinzas y una gasa empapada en suero, limpiaba con cuidado la base del cuello de Jordi. Era una zona cubierta por el pelo, manchada de sangre seca y barro. Un trabajo necesario. El último paso antes de cerrar el informe preliminar.

Y mientras limpiaba, el ceño de Elena se frunció y ella se detuvo.

Apartó con calma un mechón de pelo húmedo. Luego se inclinó más, sus ojos fijos en un punto minúsculo, casi invisible, que la luz potente de la lámpara de la mesa de autopsias acababa de revelar.

Paula contuvo la respiración; la expresión de Elena cambió. El gesto de rutina profesional se resquebrajó, dando paso a la sorpresa. Y luego, a una incredulidad manifiesta.

Dejó las pinzas sobre la mesa con un chasquido metálico que resonó en toda la sala. Se acercó aún más, hasta que la nariz casi le tocaba la piel de la víctima. Podía olerle el pelo a ese hombre.

Murmuró una sola palabra para sí misma. Una palabra que, a pesar de la distancia y del zumbido de la ventilación, hizo que Paula abriera los ojos.

—Qué coño…—susurró.

—¿Qué pasa, Elena? ¿Qué has visto?

— Dame cinco minutos, Paula. Sola. —Le hizo un gesto con la mano para que esperara fuera.

8

Domingo, 24 de noviembre. 18:17 h.
Pasillo del Instituto de Medicina Legal. Tarragona

La puerta de la sala de autopsias se cerró con un silbido neumático y selló a Paula al otro lado, expulsada al purgatorio de los vivos.

«Dame cinco minutos, Paula. Sola».

La voz de Elena había sido tajante, cargada de una intensidad eléctrica. No era una sugerencia. Era una orden.

Ahora, en el pasillo largo y estéril, el silencio tenía una cualidad física. No era ausencia de ruido, sino una presión atmosférica que vibraba bajo la luz blanca y zumbona de los fluorescentes. Paula caminaba de un lado a otro, incapaz de estarse quieta, marcando con cada paso el ritmo de la ansiedad sobre el suelo desgastado.

Cada paso resonaba como un disparo sordo en el aire viciado. Tres metros hacia la máquina de bebidas, cuyo compresor se sacudía con un estertor agónico. Giro. Tres metros hacia la caja roja del extintor. Vuelta a empezar. Se sentía como un péndulo nervioso oscilando en un universo de azulejos fríos, atrapada en esa tierra de nadie que separa la sospecha de la verdad.

No podía quitarse de la cabeza la expresión de Elena antes de que la echara. Pura incredulidad. Ella, que había visto lo peor que un ser humano puede hacerle a otro sin pestañear, se había quedado paralizada.

«Qué coño…».

La frase rebotaba en las paredes de su cráneo. No era una expresión de duda, sino de descubrimiento. El tipo de hallazgo que reescribe la historia. ¿Y si no era nada? ¿Un simple arañazo, una marca de nacimiento, una sombra engañosa? ¿Y si toda su certeza,

ese instinto visceral que la había mantenido en vela en el bosque, era solo el producto del agotamiento y la sugestión de un lugar maldito?

El cansancio de las últimas treinta y seis horas se había evaporado, quemado por la fricción de la espera. El vello de los brazos se le erizó. Se detuvo y apoyó la espalda en la pared, buscando la solidez del hormigón. El aire del pasillo olía a limpio, a una mezcla agresiva de lejía y desinfectante industrial que intentaba, sin éxito, borrar la presencia de la muerte que impregnaba los cimientos del edificio.

Cerró los ojos. Odiaba esperar. El tiempo se estiraba, elástico. Un minuto que parecieron diez. Una mirada al reloj. Otro minuto eterno.

La vibración del móvil en el bolsillo le sacudió el pecho como una descarga. Sacó el terminal a toda prisa, con dedos torpes. La pantalla brillaba con un nombre que parpadeaba con urgencia: «ELENA FORENSE».

Descolgó al primer tono, con la garganta seca.

—¿Elena? —L voz sonó tensa, exigente, resonando demasiado fuerte en el pasillo vacío.

No hubo preámbulos. La voz de Elena llegó limpia, afilada por esa mezcla de adrenalina científica y humor macabro que la caracterizaba cuando olía sangre.

—Paula, cariño, espero que no hayas enviado todavía el informe de muerte accidental al juzgado. Porque si lo has hecho, vas a tener que recuperarlo, para quemarlo.

Paula se agarró a cada palabra, apretando el teléfono contra la oreja hasta que le dolió el cartílago.

—¿Qué has encontrado?

—Hostias, una joyita. —Elena hizo una pausa dramática; al otro lado se oyó el chasquido húmedo de un guante de látex al retirarse —. Olvida los huesos rotos y la gravedad. Lo que he encontrado estaba oculto en la línea del pelo, en la base del cráneo. Es una marca de punción tan fina y precisa que casi me dan ganas de pedirle el teléfono al autor; tiene mejor pulso que la mitad de los cirujanos de este hospital.

El pulso de Paula martilleaba en sus oídos, acompasado con el zumbido de la máquina de refrescos. El pasillo pareció encogerse a su alrededor.

—¿Una inyección? —preguntó con apenas un hilo de voz.

—Aguja hipodérmica, calibre 25. Una obra de arte de la discreción, Paula. Ni un hematoma, ni un desgarro. Quien hizo esto sabía buscar la vena mejor que una enfermera veterana. Aún no tengo el tóxico exacto —para eso necesitaremos el análisis completo —, pero por la reacción del tejido te aseguro que le metieron un viaje de ida al país de los sueños.

—Lo sedaron…

—Lo apagaron como a una bombilla. Un depresor del sistema nervioso central de acción inmediata. Probablemente veterinario, algo para tumbar caballos o toros bravos. Antes de que sus pies dejaran el suelo, este hombre ya no estaba en casa. Lo dejaron convertido en un muñeco de trapo, Paula. En un fardo de carne inerte. «Un muñeco de trapo». La frase se le clavó. Un hombre reducido a objeto, arrojado al vacío sin poder gritar.

Hubo una pausa al otro lado de la línea. Cuando Elena volvió a hablar, su tono había perdido la ironía para volverse categórico, un veredicto forense inapelable.

—La caída no lo mató, tía. La caída solo fue el camión de la basura para deshacerse del cuerpo. A este hombre lo durmieron con una precisión quirúrgica y luego lo tiraron por el barranco como quien tira una bolsa de escombros. Tienes un asesinato. Con premeditación, alevosía y una frialdad que me pone los pelos de punta.

Paula cerró los ojos. Nada de euforia. Solo una calma absoluta, fría y pesada. El peso de la certeza cuando el caos adquiere, por fin, una forma definida. La frustración se evaporó; su instinto no le había mentido. Al abrir los ojos, la luz del pasillo había dejado de ser hostil para volverse clara.

—Gracias, Elena. Nos queda saber más sobre el tóxico que le metieron. Mantenme informada. Eres la mejor.

—Ya lo sé. Me debes una cena cara. Espera, me lavo y salgo.

Colgó la llamada.

Se apoyó de nuevo en la pared fría, sintiendo el contacto sólido contra su espalda, anclándola a la realidad. El juego había cambiado. Las reglas de la física y los accidentes ya no aplicaban. Ya no buscaba las causas de una tragedia fortuita.

Buscaba a un depredador. Un asesino inteligente, cuidadoso y metódico.

La caza acababa de empezar.

Paula se quedó apoyada en la pared fría del pasillo, el teléfono aún caliente en la mano. La certeza era un chute de adrenalina que le borraba el cansancio, pero también un peso helado en el estómago.

La puerta de la sala de autopsias se abrió con un silbido neumático. Elena salió, arrancándose la mascarilla y los guantes de látex con un gesto de hastío profesional. Tenía la cara pálida bajo la luz de los fluorescentes.

—Voy a necesitar un café. O un whisky. O un café con whisky —dijo, dirigiéndose a la máquina de bebidas del fondo del pasillo.

Paula la siguió. La máquina zumbó con fuerza antes de escupir un líquido oscuro en un vaso de plástico que amenazaba con derretirse.

Elena dio un sorbo y arrugó la nariz.

—Sabe a alquitrán y a derrota. Perfecto.

Se apoyó en la máquina, al lado de Paula. No la miraba a ella, sino a la puerta cerrada de la sala de autopsias.

—No es el típico ajuste de cuentas por drogas, Paula. Ni un crimen pasional.

—Es demasiado limpio —confirmó Paula en voz baja.

—Limpio es poco. Es... aséptico. Y eso me acojona más que un cuerpo destripado.

Elena giró la cabeza y la miró, los ojos oscuros y cansados ahora afilados por el análisis.

—La rabia deja un desastre. Gritos, golpes, sudor, dudas... ADN por todas partes. Aquí no hay emoción. Solo procedimiento. La frialdad de quien poda una rama que estorba.

La metáfora le provocó un escalofrío a Paula. Era eso. La frialdad de un agricultor arrancando una mala hierba.

—Buscas a alguien frío, Sardà. Paciente. Alguien que no improvisa.

Elena apuró el café de un trago, hizo una bola con el vaso y lo encestó en una papelera a cinco metros.

—Ten cuidado ahí arriba —dijo—. Los que matan sin mancharse las manos son los peores. Son los que duermen bien por la noche.

La forense le dio una palmada en el hombro y se alejó por el pasillo, su figura desapareciendo tras una puerta batiente.

Paula se quedó sola con el zumbido de la máquina, el olor a desinfectante y la imagen de una rama siendo podada.

Buscaba algo peor que un criminal.

9

Domingo, 24 de noviembre. 21:45 h.
Casa Rural «El Roure», Vilaplana.

La llave giró en la cerradura con un chirrido de metal frío. Se resistía, como si la casa llevara demasiado tiempo cerrada.

Paula empujó la puerta con el hombro. El aire del interior la recibió de golpe: cera vieja, lavanda seca y el frío húmedo de la piedra.

Dejó la bolsa de viaje en el suelo.

Acababa de alquilar el lugar por teléfono hacía una hora, despertando a la propietaria con la urgencia que le daba su placa y la necesidad imperiosa de no alejarse de la montaña. Tarragona estaba demasiado lejos. La comisaría estaba demasiado llena de ruido. Necesitaba estar aquí, a los pies del monstruo.

Encendió la luz. Una bombilla desnuda iluminó un salón rústico, con vigas de madera oscura y una chimenea vacía que parecía una boca negra.

—Hogar, dulce hogar —murmuró para sí misma. La voz no tuvo eco; las paredes de piedra se lo bebieron.

Abrió la maleta sobre la cama. Tres camisas blancas, colgadas en el armario. Separación exacta de dos dedos entre perchas. Pantalones de recambio, doblados en el primer cajón. Neceser en el baño, alineado con el borde del lavabo.

Sobre la mesa de noche, colocó la trinidad de su oficio: la placa, la pistola y el cargador del móvil.

Se sentó en el borde del colchón duro. Cerró los ojos un instante y la imagen volvió a asaltarla: la aguja. Ese brillo metálico y minúsculo en la nuca de Jordi Puig. No era un golpe de rabia. Era precisión. Frialdad.

El silencio de la casa le pesó. No era el silencio aséptico de su piso en la ciudad. Aquí, el silencio tenía textura. Se oía el viento rozando las tejas, el crujido de las vigas al contraerse por el frío, el ladrido lejano de un perro que desafiaba a la niebla.

Era el sonido de su infancia. El sonido del que había huido al ingresar en la academia.

El móvil vibró sobre la madera: un zumbido agresivo en la quietud.

La pantalla se iluminó. Una foto pixelada de una mujer mayor con el pelo blanco recogido en un moño severo.

«Iaia».

Paula miró el teléfono como si fuera un artefacto explosivo. Suspiró. Domingo por la noche. La hora del reporte semanal. Si no cogía el teléfono, su abuela llamaría a comisaría diciendo que le había pasado algo. Descolgó.

—Hola, *iaia*.

—Nena —la voz al otro lado sonaba cascada, pero fuerte como una raíz de olivo. —¿Dónde paras? He llamado al fijo de casa y no lo coges.

—Estoy fuera, iaia. Trabajo. Un caso en el Baix Camp.

—Trabajo... —La anciana chasqueó la lengua. Paula pudo oír el ruido de fondo de la televisión, probablemente el tiempo de TV3—. He visto las noticias. Ese chico de La Mussara. Dicen que se lo ha tragado la boira.

—No se lo ha tragado nada, iaia. —Paula se frotó la sien, sintiendo el inicio de una migraña—. Se ha caído. O lo han tirado. Es una montaña, no un cuento de miedo.

—Tú siempre con tus cosas, Paula. Siempre creyendo que lo que no cabe en tu cabeza no existe. —Hubo una pausa. El tono de la abuela bajó, volviéndose más denso—. Ese sitio es traicionero. Tu abuelo no quería ni pasar por allí. Decía que en esa zona la tierra tiene hambre. Y que la gente de por allí tiene la sangre espesa.

Un escalofrío. Odiaba esas frases. Odiaba cómo, a pesar de su entrenamiento, de su lógica y de su pistola, las palabras de la vieja conseguían meterse debajo de su piel.

—El abuelo veía fantasmas en cada esquina, *iaia*. Escucha, estoy cansada. Ha sido un día largo.

—Sí, sí... tú y tus prisas. —La anciana suspiró, un sonido mezcla de reproche y cariño—. Cuídate. Y no te fíes de los que te inviten a comer y sonrían mucho. En esos pueblos, los que mejor sonríen son los que tienen los dientes más afilados.

—Lo sé. Un beso.

Colgó. Se quedó mirando el teléfono negro en su mano. «Los que mejor sonríen». La frase de la abuela le trajo a la mente la sonrisa de Martí Bosch. Recordó el brillo de sus dientes blanqueados al servirle el agua. Y el frío de sus ojos.

—Joder, *iaia*... —susurró—. A veces das miedo.

Deslizó el dedo por la agenda hasta detenerse en otro nombre.

«POL GUTIÉRREZ».

El pulgar se quedó flotando sobre el botón de llamada.

Sabía lo que Pol diría. Se reiría de su teoría, haría algún chiste ácido sobre su obsesión por el trabajo, y luego, con esa mente que tanto la irritaba y atraía a partes iguales, le haría la pregunta exacta que desmontaría sus dudas.

Rivales al principio. Enemigos. Ahora en un laberinto gris que ninguno quería catalogar. Necesitaba oír su voz. Necesitaba a alguien que entendiera que ver una aguja en un cadáver te cambia la noche.

Pero bloqueó la pantalla.

No. Aún no. Llamarle ahora, tan pronto, era admitir debilidad. Era admitir que este caso le venía grande.

Se levantó y fue al baño. Se lavó la cara con agua helada del grifo, que sabía ligeramente a hierro. Al alzar la vista, su reflejo en el espejo tenía ojeras, pero la mirada era firme.

«Deberías dormir, Sardà», pensó, pero sabía que era mentira. El sueño no llegaría.

Se quitó las botas. Se sirvió un vaso de agua y se sentó en el suelo del salón. Extendió los mapas de Jordi Puig a la luz de una lámpara. El viento golpeaba las contraventanas.

Mañana era demasiado tarde. La caza ya había empezado.

10

Domingo, 24 de noviembre. 23:15 h.
Casa Rural «El Roure», Vilaplana.

El golpe en la puerta sonó como un disparo en la quietud de la casa.

Paula estaba sentada en la alfombra con la espalda apoyada en el sofá y tenía los expedientes de Jordi Puig desperdigados a su alrededor como un abanico de papel; reaccionó por instinto.

Su mano derecha voló hacia la mesa de centro, sus dedos se cerraron alrededor de la culata fría de su HK reglamentaria. Se puso en pie en un movimiento fluido, ignorando el calambre en la pierna por la mala postura.

El golpe se repitió. Tres toques. Rítmicos. Arrogantes.

No era el golpe de alguien que pide permiso. Era el golpe de alguien que sabe que estás dentro.

Se acercó a la puerta lateralmente, pegada a la pared de piedra, descalza para no hacer ruido.

—¿Sí? ¿Quién es? —preguntó con el arma pegada al pecho.

—Servicio de habitaciones. Traigo comida basura y malas noticias.

Paula bajó el arma, soltando el aire de golpe. Conocía esa voz. Ronca, teñida de una ironía perpetua.

Quitó el cerrojo y abrió.

Pol Gutiérrez estaba apoyado en el marco de la puerta, protegido de la llovizna por el pequeño porche. Llevaba una chaqueta de cuero gastada sobre una camiseta negra y los vaqueros de siempre. Sostenía dos bolsas de papel manchadas de grasa. De una de ellas escapaba un olor a salsa de soja que le abrió el apetito a Paula al instante.

—Bonito pijama —La barrió con la mirada de arriba abajo y se le escapó una sonrisa. Se detuvo un segundo en la pistola que ella aún sostenía en la mano derecha—. Veo que me has echado de menos. Siempre tan hospitalaria, Sardà.

—Eres idiota, Pol —replicó Paula, pero se apartó para dejarle pasar—. Casi te vuelo la tapa de los sesos. ¿Qué haces aquí?

Pol entró, trayendo consigo una ráfaga de aire frío y olor a tabaco rubio. Dejó las bolsas sobre la mesa de madera maciza del comedor, apartando con cuidado un mapa topográfico.

—Supuse que tu nevera estaría vacía. Y que tu cabeza estaría demasiado llena. —Pol sacó dos cervezas frías de una de las bolsas y de la otra, una botella de vino tinto con tapón de rosca—. He traído artillería variada. Para ahogar las penas o para celebrar, según se dé la noche.

—No debería... estoy de servicio —dijo Paula, aunque sus ojos se quedaron fijos en la botella de vino.

—Técnicamente, estás en tu casa alquilada. Una copa no te hará olvidar dónde guardas la pistola. —Pol sonrió, abrió las cervezas con el mechero y dejó el vino sobre la encimera—. Tú eliges.

—¿Cómo sabías dónde estaba? No he informado a nadie fuera del cuerpo.

Pol sonrió de medio lado.

—Por favor, Paula. Encontrar gente que no quiere ser encontrada es mi trabajo ahora. Digamos que tengo mis fuentes en las inmobiliarias de la zona. Además, te conozco. Odias los hoteles. Necesitas espacio para pensar.

Paula enfundó el arma y la dejó sobre la repisa de la chimenea. Optó por el vino. Mientras Pol se movía por la cocina ajena buscando platos, ella encontró dos vasos de duralex gruesos en una alacena. Sirvió el vino, un líquido de un color cereza ligero que olía a fruta ácida y a tierra joven.

Se sentaron frente a la chimenea. Paula encendió el fuego con unos troncos que había en un cesto y el resplandor naranja iluminó la estancia y proyectó sombras danzantes en las paredes de piedra.

Comieron rollitos de primavera y ternera con bambú directamente de los envases, bebiendo a sorbos el vino simple y honesto. No era

un vino para analizar, era un vino para acompañar el silencio.

—¿Y bien? —preguntó Pol, rompiendo la calma, señalando los papeles del suelo con un palillo—. ¿Qué tienes? He oído algún rumor… he tomado café con alguno de los tuyos. Dicen que la forense ha encontrado algo raro en la autopsia.

—Una aguja —dijo Paula y dio un sorbo al vino.—Un pinchazo en la base del cráneo. Limpio. Profesional. Lo drogaron antes de tirarlo.

Pol silbó suavemente. Dejó la comida y su expresión cambió. El sarcasmo desapareció, reemplazado por la agudeza del investigador que nunca deja de serlo.

—Eso no es un crimen pasional, Sardà. La pasión es sucia. La rabia deja marcas, golpes, desorden. Una aguja es..., eso es otra cosa. Eso es limpieza. Control.

—Exacto. —Paula se inclinó hacia adelante, agradecida por poder verbalizarlo—. Quien lo hizo no estaba enfadado. Estaba trabajando. O eliminando un problema.

—¿Quién gana con todo esto? —preguntó Pol. La pregunta básica. La que paga las facturas en su despacho.

—Hay una familia. Los Bosch. Son los dueños de todo esto. —Hizo un gesto vago hacia la ventana y la oscuridad exterior—. Tienen viñedos, bodega de lujo, dinero para enterrar a cualquiera. La víctima, Jordi, estaba investigando sus tierras. Buscaba demostrar que se las robaron a su familia hace décadas.

—Tierras... —Pol se reclinó, estirando las piernas largas hacia el fuego—. En la ciudad matan por deudas, por celos o por vicio. Aquí arriba... la tierra es otra cosa. La gente mata por un metro de linde. Pero, ¿los Bosch? ¿Los del vino caro? No lo veo, la verdad.

—El patriarca, Martí Bosch, es un *senyoret* de manual. Te da la mano mientras te clava el puñal. Pero no lo veo manchándose de barro en la montaña. No encaja con su manicura.

—Entonces busca al perro. —La miró a los ojos—. Tipos como ese nunca se manchan las manos. Siempre tienen a alguien que muerda por ellos.

—Tiene un hermano. Carles. Por lo que sé, prácticamente vive en el monte; es cazador… No pisa la bodega.

—Ahí lo tienes. —Pol señaló con la botella de cerveza—. El cerebro y el músculo. Es un clásico. Pero necesitas algo más que una teoría, Paula. En nuestra cabeza todo encaja, siempre. Y muchas veces la cagamos.

Se quedaron en silencio un momento. El único sonido era el crepitar de la leña y la lluvia que empezaba a golpear los cristales. La atmósfera se volvió densa, cargada.

Pol dejó la cerveza en el suelo y la miró. Ya no analizaba el caso. La analizaba a ella.

—Estás tensa. Tienes los hombros pegados a las orejas.

—Odio este sitio —confesó Paula—. Me recuerda al pueblo de mi abuela. A los silencios. A las miradas de la gente que sabe y calla. Aquí las reglas son distintas. Tú no lo entiendes, eres de ciudad.

—Puede. —Le tocó el brazo. Dedos cálidos sobre piel fría—. Pero tú eres mejor, hostias. Sabes cómo funciona esto, y además tienes la placa. Eres un híbrido. Por eso el culpable estará acojonado, quien sea. Por eso vas a ganar.

La distancia entre ellos se evaporó. El aire crepitaba como la leña del fuego. Paula notó el impulso de inclinarse para borrar el último centímetro que los separaba y olvidarse de la niebla, de los muertos, de todo.

El móvil de Pol vibró en su bolsillo, rompiendo el momento como un cristal contra el suelo.

Él maldijo por lo bajo y sacó el teléfono. Leyó el mensaje y suspiró. La máscara de cinismo volvió a caer sobre su rostro.

—Tengo que irme.

—¿Trabajo? ¿Ahora?—preguntó, recuperando la compostura.

—Una vigilancia nocturna en el polígono de Constantí. Un marido celoso y una esposa que supuestamente hace horas extras. —Se levantó, sacudiéndose las migas imaginarias de los vaqueros—. El glamour de la vida privada, ya sabes. Nada de cadáveres misteriosos ni terratenientes malvados. Solo miserias cotidianas.

Paula se apartó, recuperando su espacio, sintiendo una mezcla de decepción y alivio.

—Vete, anda —Se puso en pie—. Gracias por la cena. Y por... venir.

Pol se puso la chaqueta de cuero. En la puerta a punto de salir, se giró.

—No te obsesiones con los fantasmas, Paula. Los fantasmas no pinchan con agujas. Busca al hombre que sujeta la jeringuilla. Y si necesitas que alguien haga preguntas sin enseñar una placa... ya sabes mi tarifa.

—Ten cuidado en el polígono —dijo ella.

—Y tú con la niebla.

Cerró la puerta. Paula escuchó el motor de su coche alejarse, tragado por la noche.

Volvió a quedarse sola. El silencio ya no pesaba tanto. Olor a comida y a él. La frase de Pol resonaba en su cabeza.

«Busca al perro».

Se giró hacia los papeles desordenados.

Mañana empezaría a cavar.

11

Lunes, 25 de noviembre. 09:43 h.
Vilaplana, Tarragona.

La casa rural que había alquilado era su búnker.

Afuera, el pueblo despertaba despacio. Las campanas lejanas la habían despertado; el traqueteo de un tractor terminó de espabilarla. Por la ventana entraban voces que se desvanecían a causa de la distancia. El mundo era ajeno a la realidad del caso.

Dentro, en un comedor rústico gobernado por una chimenea, el mundo de Paula se reducía a cinco cajas de cartón llenas de documentación.

Antes de sumergirse en el pasado de Jordi, necesitaba ordenar su presente. Desplegó una pequeña pizarra blanca que había pedido a la comisaría. Era su herramienta para dominar el caos, para forzar al desorden a tomar forma.

En el centro, escribió en mayúsculas y rodeó con un círculo rojo un nombre que lo conectaba todo: JORDI PUIG.

A su alrededor, pegó *post-its* con las incógnitas que le quitaban el sueño:

¿Con quién estaba?

¿Qué había descubierto?

¿Tierras, dinero?

Dio un paso atrás. No era un mapa hacia la solución. Era el punto de partida de un laberinto.

Satisfecha con el orden visual preliminar, se giró hacia las cajas de cartón. Era hora de empezar a darles voz a los fantasmas.

Abrió la primera caja, marcada con la caligrafía cuidada de Jordi: «Correspondencia / Varios». Un olor a tiempo encerrado ascendió desde el cartón y le secó la boca con el polvo.

Dentro, las carpetas estaban ordenadas con una precisión casi neurótica. Paula sacó una etiquetada como «Giral - Años 50». No contenía escrituras ni documentos legales, sino un fajo de cartas personales atadas con un cordel de cáñamo que amenazaba con desintegrarse.

Deshizo el nudo con cuidado. Las hojas eran finas, amarillentas, casi translúcidas por el paso del tiempo. Eligió una al azar. La caligrafía era tosca, las letras apretadas como si hubieran sido arañadas en el papel por una mano acostumbrada a la azada, no a la pluma.

«2 de octubre de 1958.

Querido primo:

Aquí todo sigue igual y mal. El viento ya huele a invierno y la tierra está dura. Los Sabaté se marcharon la semana pasada. Vinieron a despedirse. La mujer no lloraba, tenía los ojos secos como la tierra en agosto. Ahora solo quedamos nosotros.

El hombre de Reus ha vuelto a subir. El de los trajes. Dice que es el progreso. Nos ofrece billetes y nos dice que abajo hay trabajo. Pero el trabajo de aquí abajo es envenenado. No es progreso, es una rendición.

La iaia dice que esta tierra nos tragará si nos quedamos, y que el olvido nos tragará si nos vamos.

No sé qué es peor. Cuídate mucho. Aquí lo haremos como podamos.

Josep.»

Paula dejó la carta sobre la mesa. Releyó la última línea: «Aquí lo haremos como podamos.» Un nudo se le formó en la garganta. Aquel papel amarillento contenía más verdad que cualquiera de los informes forenses apilados en su maletín.

De repente, el montón de papeles dejó de ser un simple expediente. Era el testamento de una derrota, la herida abierta que Jordi Puig, sesenta años después, había intentado cerrar. El caso, por un instante, dejó de ser un puzle de pistas para convertirse en una cuestión de honor.

Sacudió la cabeza, no se dio el lujo de sentir empatía. Se puso otra vez los guantes de látex, cogió la siguiente carpeta y se sumergió de nuevo en el laberinto de papel, pero algo había cambiado. Ahora no solo buscaba a un asesino, sin quererlo buscaba justicia para Josep.

Era un trabajo lento, analógico, que requería paciencia y una conexión con el pasado. El trabajo digital, el rápido, lo había delegado. Sabía que, mientras ella se ahogaba en papeles polvorientos, en Tarragona, dos agentes de su unidad ya estarían analizando las finanzas de la víctima y cruzando sus comunicaciones. Ella se quedaba con la parte difícil: buscar un fantasma en el laberinto de papel.

La habitación olía a café recién hecho y al polvo de los papeles que ya había rescatado. Ni siquiera se había vestido; seguía con el pijama y aún tenía una ducha pendiente.

Sobre la cama de madera, un gran mapa topográfico de las Montañas de Prades estaba desplegado. Lo había agujereado con chinchetas y marcado con indicaciones a lápiz. Quería conocer el terreno, saber en cada momento dónde estaba.

Era el trabajo fruto de la pasión, quizás de la obsesión de un hombre absorbido por un objetivo. Aquel laberinto de papel contenía una década de la vida de un hombre.

Paula, con el pelo recogido en una coleta deshecha y unas ojeras que delataban otra noche de escaso sueño, estaba inmersa. Ya no buscaba una causa accidental, buscaba un móvil. Y el móvil, estaba segura, estaba enterrado en aquella montaña de papeles.

Había leído listas de nombres, apellidos de familias que habían vivido en aquella zona. Jordi guardaba crónicas de mitad del siglo pasado que hablaban del abandono, de la nueva vida que muchas familias emprendían. Algunos periódicos describían emocionados cómo el progreso hacía que la gente se fuese a las fábricas. Otros, los menos, veían el drama en el abandono de las tierras y la pérdida de identidad.

De todo aquello únicamente sacó una conclusión. Jordi no investigaba por la geología, lo hacía por la familia.

Se detuvo en un mapa catastral, dibujado a mano por el propio Jordi sobre una copia del original. Había dos parcelas contiguas marcadas con un círculo rojo tembloroso. Una con la etiqueta «Giral (*Nostra*)». La otra, justo al lado, «Sabaté».

Sabaté.

Con rapidez, abrió una nueva ventana en su portátil y accedió a las bases de datos policiales y a los registros públicos. Introdujo el apellido «Sabaté» y acotó la búsqueda a la comarca del Baix Camp y alrededores. La lista de resultados era larga. Pacientemente, empezó a depurarla, buscando a los que aún vivieran en la zona.

Mientras el ordenador procesaba la información sobre los Sabaté, su atención volvió al otro linaje. Al que realmente importaba. Los Giral.

Tenía el nombre completo del *senyoret* de las bodegas: Martí Bosch i Giral.

«Mi familia materna, los Giral, también eran de por aquí arriba…».

La frase, soltada con tanta ligereza en el despacho de diseño, ahora resonaba en el silencio de la habitación con un eco de burla. Había intuido la conexión, pero una corazonada no sirve de nada ante un juez.

Por pura rutina profesional, por ese instinto de no dejar ninguna piedra sin remover, abrió el árbol genealógico que había empezado a construir para la víctima: Jordi Puig Ferré. Su abuela materna, como le había dicho Mireia, era una Giral. Empezó a cruzar los datos. Nombres, fechas, lugares de nacimiento. Bisabuelos, tíos abuelos, primos segundos. El programa de genealogía trazó las líneas, conectando los puntos.

Y de repente, se detuvo.

La pantalla parpadeó al mostrar el resultado. No fue una sorpresa, sino una confirmación sin réplica. Una línea azul unía a la rama de los Puig-Giral con la de los Bosch-Giral. No era una relación directa, pero la conexión existía.

Un tatarabuelo común.

Eran parientes lejanos; primos terceros o cuartos, no importaba el grado. Eran sangre.

Paula se reclinó en la silla; el respaldo de madera crujió.

—Hostias, qué cabrón… —susurró.

Su mente corría, ató cabos a toda velocidad.

El hombre que la había recibido en su bodega de lujo, el experto en la historia local, el que le había ofrecido su ayuda y le había hablado de leyendas y excursionistas despistados… era pariente de la víctima. Y no se lo había dicho. Se lo había ocultado.

¿Por qué matar a un pariente lejano por unas tierras que su familia ya poseía y explotaba desde hacía décadas? No tenía un sentido económico inmediato. La sospecha de Paula se desplazó, se volvió más compleja. Martí Bosch no era, probablemente, el hombre que había empujado a Jordi al vacío. Pero era, sin duda, un encubridor.

Un manipulador que estaba ocultando algo. Su silencio sobre el parentesco no era un olvido. Era una estrategia.

Dejó esa pregunta en suspenso y volvió a los mapas que tenía extendidos sobre la mesa.

Su mirada se fijó de nuevo en el círculo rojo que Jordi había dibujado. La parcela Giral. Y justo al lado, marcada con la misma urgencia, la parcela Sabaté.

Un pitido de su ordenador la sacó de sus pensamientos. Era la respuesta a su búsqueda sobre los Sabaté. La lista se había reducido a una docena de nombres. La mayoría eran personas mayores o gente que vivía en Reus o Tarragona, lejos de la tierra. Pero un nombre destacó de inmediato.

Oriol Sabaté. Ganadero. Con residencia fiscal en Alforja, un pueblo en las faldas de las montañas, a pocos kilómetros de La Mussara.

Paula anotó el nombre en su libreta, justo debajo del de Martí Bosch.

Ahora tenía dos objetivos. Dos hombres conectados a la historia, a la tierra y a la víctima. El pariente rico y poderoso que ocultaba información. Y el otro, descendiente de antiguos vecinos de los Giral.

La niebla empezaba a despejarse y a revelar los rostros de los actores de aquella tragedia.

Se inclinó sobre una de las cajas de Jordi, apartando carpetas y mapas. En el fondo, rozó algo con los dedos que no era papel. Era

un objeto pequeño, pesado y blando.

Lo sacó a la luz. Era un viejo saquito de tela de arpillera, sucio y desgastado, cerrado con un cordel de cáñamo que parecía a punto de desintegrarse. Sosteniéndolo en las manos, deshizo el nudo con sumo cuidado. Dentro no había monedas ni joyas. Solo tierra.

Un puñado de tierra rojiza, seca y llena de gravilla.

Hundió los dedos y sintió la textura áspera. Se la llevó a la nariz. A pesar de los años encerrada allí, esa tierra aún conservaba un olor potente a hierro y a miseria. Al apretarla en el puño, se le erizó la piel, como si aquel polvo guardara todavía el calor de la mano que lo recogió por última vez.

Cerró los ojos, y la luz de la habitación se disolvió en el aire.

12

CRÓNICA.
Finales de los años 50.
La Mussara, Tarragona.

El viento gobernaba La Mussara sin oposición.

Barría las calles desiertas y levantaba remolinos de polvo rojizo que se colaba por las ventanas rotas para cubrirlo todo con el sudario de la vida interrumpida.

Era un viento frío, persistente. Olía a piedra, a leña húmeda y al abandono de un pueblo que moría en silencio.

Josep, de los Giral, sintió el peso del último viaje en los huesos.

Él y su hijo mayor, Jaume, de apenas catorce años, empujaban la última pieza de su vida sobre la rampa improvisada para subirla al carro. Un armario de nogal construido por su abuelo. No pesaba por la madera. Pesaba por el olor a tomillo de la ropa materna, las marcas de crecimiento de los niños. Pesaba por una vida entera.

—Con cuidado, Jaume —murmuró Josep. El viento se tragó sus palabras.

El chico asintió, con el rostro tenso por el esfuerzo y por una tristeza que no acababa de comprender. Aún tenía las manos de niño; aunque ya empezaban a curtirse por el trabajo en la tierra, luchaban por aferrarse a la madera pulida. Finalmente, con un último empujón y el crujido seco de la madera del carro, el armario quedó asegurado junto a los colchones enrollados, las sillas de enea y las cajas de mimbre que contenían toda su existencia.

Josep se irguió, pasándose el dorso de la mano callosa por la frente sudada, a pesar del frío.

Su mirada se perdió en la calle. Vio la casa de los Fortuny, con sus postigos cerrados. Miró la de los Sabaté, a la que ya le faltaban

tejas, como si le hubieran arrancado el techo a mordiscos.

Él recordaba los gritos de los niños jugando a la pelota, el olor a pan recién hecho que salía del horno de la viuda Anglès, las conversaciones al atardecer en los bancos de piedra. Ahora, solo había silencio.

Su mujer, Maria, salió de la casa por última vez. Llevaba un hatillo en una mano y al pequeño Miquel, de cinco años, cogido de la otra. El niño miraba a su alrededor con los ojos muy abiertos, sin entender por qué las puertas de todas las casas estaban abiertas y vacías. Maria no lloraba. Tenía la cara gris, los ojos secos como la tierra en agosto; los ojos de ella se encontraron con los de Josep y en esa mirada se lo dijeron todo: la rabia, la vergüenza de la derrota, y el miedo a un futuro lejos de la única tierra que habían conocido.

La filoxera. La maldita plaga había sido solo el principio. Había envenenado las raíces de las viñas, pero la pobreza que vino después envenenó el alma de la gente. Les habían ofrecido un progreso que olía a trampa, una modernidad que exigía la rendición. Y uno a uno, habían caído.

—Ya está todo —dijo ella con la voz tan frágil como una hoja seca.

Josep asintió. Se giró y miró su casa. La puerta abierta era una boca oscura que gritaba en silencio. Vio el dintel donde su padre le había enseñado a tallar la madera, la ventana de la habitación donde habían nacido sus hijos, el pequeño poyete de piedra donde se había sentado a cortejar a Maria. Eran fantasmas. Todos ellos. Y se los estaban arrancando.

Con un movimiento lento, se agachó. Ignoró el crujido de los huesos quejándose y cogió un puñado de suelo de la entrada. No era polvo; era sangre seca y piedra. *Llicorella*. Apretó el puño hasta que los nudillos se le pusieron blancos. Era lo único que se podía llevar. La única verdad que no le podían quitar.

La guardó en un saquito de tela que llevaba en el bolsillo de la chaqueta y lo cerró con un nudo firme.

—*Pare*, ¿a dónde vamos? —preguntó Miquel, con una nota aguda en la quietud.

Josep no supo qué responder. Le revolvió el pelo y lo aupó al carro, sentándolo sobre un colchón. Luego ayudó a subir a Maria. Jaume ya se había encaramado a la parte delantera, junto al mulo, que esperaba con paciencia animal, ajeno al drama de sus dueños.

Josep fue el último en subir. Cogió las riendas. El roce del cuero gastado era familiar en sus manos. Dio una última mirada a la calle, a su casa, a su vida abandonada. En ese momento, sus ojos se desviaron, levantándose por instinto hacia las colinas que dominaban el pueblo, hacia la loma desde donde siempre se veía la mejor puesta de sol.

Y allí estaba.

No era una casa. No era un árbol. Era algo que no pertenecía a aquel paisaje. Una mancha negra y pulida que devolvía el sol con un brillo ajeno. Un destello metálico. Un coche. Aparcado en lo alto como un buitre de metal posado en una rama, esperando pacientemente a que la presa terminara de morir.

No podía distinguir quién estaba dentro. No necesitaba hacerlo. Sabía, con certeza visceral, que aquella era la presencia que los expulsaba de su tierra. No eran las malas cosechas ni la mala suerte. Era esa fuerza nueva, fría y sin rostro, que observaba su éxodo desde la distancia. Se aseguraba de que el último obstáculo se marchara. De que la tierra quedaba por fin libre para sus nuevos dueños.

Con un chasquido de las riendas y una palabra seca al mulo, el carro se puso en marcha. Las ruedas de madera chirriaron sobre la tierra, antes de salir al exilio. Josep no volvió a mirar atrás. Mirar atrás era permitir que los fantasmas le atraparan. Tampoco habría visto nada; una fina cortina húmeda le empañaba los ojos.

Mantuvo la vista fija en el camino que descendía de la montaña, un camino que lo alejaba de todo lo que había sido.

Mientras el carro se hacía pequeño en el paisaje, la mancha negra en la colina permaneció inmóvil. A la espera de que el último corazón dejara de latir en su territorio.

13

Lunes, 25 de noviembre. 12:13 h.
Alforja, Tarragona.

El puñado de tierra rojiza que Jordi guardaba en el saquito pesaba en la mente de Paula más que cualquier informe forense. Era una prueba emocional, el testamento de una herida que había supurado durante generaciones, tenía más verdad que los mapas.

El trayecto hasta Alforja fue corto, un viaje por carreteras secundarias que se aferraban a las faldas de la montaña. Paula repasó mentalmente la estrategia. Sabaté era una incógnita. Tendría que manejar la conversación con cuidado. «A ver qué me encuentro», pensó.

Redujo la velocidad al entrar en Alforja. Las calles del pueblo estaban desiertas. El sol bajo del otoño iluminaba las fachadas de piedra, pero no parecía calentar el aire. El único movimiento era el humo que subía recto desde las chimeneas.

Condujo despacio, escaneando las aceras vacías y las ventanas con las persianas bajadas. Era el silencio de un lugar cerrado sobre sí mismo. Conocía esa quietud. Era la misma que en su propio pueblo, la que significaba que cualquier coche extraño era registrado, comentado y archivado en la memoria colectiva desde detrás de las cortinas.

No era hostilidad. Era vigilancia. Y ella era el centro de atención.

Apretó el volante y aceleró ligeramente al salir del núcleo urbano, dejando atrás el silencio hasta llegar a la dirección que tenía marcada en el GPS.

Aquí no había ni rastro del lujo calculado de las Bodegas Bosch. La finca de Oriol Sabaté era un lugar de trabajo, sin adornos ni disculpas.

Un Land Rover viejo y abollado, con una costra de barro seco en los bajos, descansaba junto a un cobertizo de chapa oxidada del que colgaban aperos del campo gastados por el uso.

Junto a la desvencijada cancela de entrada, un pequeño cartel de madera pintado a mano, casi borrado por el sol y la lluvia, anunciaba con letras torpes: «Queso de cabra artesano».

Un cercado de madera remendada delimitaba un terreno donde un rebaño de cabras observaba la llegada del coche de Paula con una inteligencia cautelosa.

El aire olía a tierra seca, a heno y al olor intenso del estiércol.

Bajó del coche frente a la casa, una construcción baja de piedra que parecía más un anexo del cobertizo que un hogar. La puerta estaba entreabierta, daba a una cocina umbría que hacía las veces de recibidor. El olor a queso de cabra se acumulaba y se mezclaba con el de tierra. Era un espacio funcional, austero como un convento, pero algo rompía la monotonía y detuvo a Paula.

En la puerta de una nevera que agonizaba con un zumbido metálico, destacaba un dibujo infantil sujeto con un imán. Un sol amarillo y dos figuras de palo sonrientes. Una anomalía. Un grito de color y ternura en medio de la mugre gris.

Al girarse de nuevo sobre sus pies y volver hacia la puerta, vio a un hombre al fondo, junto al cercado, reparando un bebedero con movimientos seguros. Llevaba unos pantalones de montaña resistentes y una camisa de trabajo arremangada que dejaba ver unos antebrazos enjutos pero fibrosos. Tenía que ser Oriol Sabaté.

La vio llegar, pero no hizo ningún gesto para acercarse. Dejó la herramienta sobre un poste, se secó las manos en un trapo sucio y se apoyó en la valla. Esperaba. Sin sorpresa. Sin curiosidad. Como quien espera una tormenta que ha visto venir en el horizonte.

A medio camino, él inclinó la cabeza. Un gesto mínimo. Inspiró hondo, abriendo las fosas nasales; no olía el aire, cataba el viento para identificar al intruso. Un animal territorial que evaluaba una amenaza. Se cruzó de brazos, levantando una barrera tan sólida como la propia valla.

Paula se acercó, y su mirada de investigadora, por puro hábito, cayó sobre las manos del hombre cruzadas sobre el pecho. Esperaba

encontrar las manos toscas de un ganadero, anchas y maltratadas por el alambre de espino y las herramientas.

Pero las manos que vio eran diferentes. Estaban curtidas, sí, con la piel oscura y agrietada por el sol y el frío. Sin embargo, los dedos eran largos, enjutos, con una fuerza nerviosa que se adivinaba en los tendones. Las uñas, cortas y escrupulosamente limpias, hablaban de una meticulosidad que no encajaba con el aparente desorden de la finca.

No eran las manos de un simple pastor. Eran las manos de un artesano. Las manos de alguien que moldea queso, que siente la temperatura de la cuajada con la yema de los dedos, que conoce la presión exacta para no romper la pieza.

Paula se acercó, sintiendo a cada paso el crujido de la grava bajo sus botas.

—¿Oriol Sabaté? —preguntó al llegar a su altura.

El hombre asintió una vez, y fijó sus ojos en ella. Eran agudos, inteligentes, velados por una amargura asentada.

—Soy Paula Sardà, sargento de los *Mossos d'Esquadra*.

—¿Los *Mossos*? —dijo con voz grave y un deje de sorna—. ¿Qué se les ha perdido por aquí? ¿Alguna de mis cabras se ha saltado un semáforo?

Su tono no era abiertamente hostil, estaba cargado de desdén, la indiferencia de quien ha decidido hace mucho tiempo que no espera nada bueno de la gente de fuera. Paula observó cómo se le marcaba el músculo de la mandíbula al apretar los dientes.

—Estoy investigando la muerte de Jordi Puig —dijo Paula, yendo al grano.

Al oír el nombre, Oriol parpadeó. Una sola vez. Sus facciones no mostraron sorpresa ni pesar.

—Sí, lo oí en el pueblo. Era buen hombre —palabras vacías. Una formalidad.

—Perdón, ¿lo conocía?

Oriol tardó unos segundos en responder. Su mirada se desvió hacia las cabras, que le devolvían la mirada con sus extraños ojos rectangulares.

—Éramos familia —dijo al final—. De la que se ve en los entierros. Hacía años que no hablábamos.

—Su esposa me dijo que Jordi estaba muy implicado en la historia de sus tierras. La de los Giral. ¿Hablaron alguna vez de ello?

Una media sonrisa, cínica y desprovista de humor, tiró de la comisura de los labios de Oriol. Pero antes, Paula notó cómo inspiraba profundamente.

—Jordi era un buen tipo. —Por una fracción de segundo, la máscara de dureza se agrietó—. Demasiado bueno para esta tierra. Creía en la justicia y en los papeles viejos. Buena gente. Pronunció buena gente como si fuera un insulto, como un sinónimo de idiota.

Paula sintió que estaba hablando con un hombre que se había construido una armadura de cinismo para proteger una herida muy profunda.

Decidió presionar.

—Me consta que su familia, los Sabaté, también estuvo afectada por la pérdida de tierras en La Mussara. Justo al lado de la parcela de los Giral.

Oriol dejó de apoyarse en el poste y se encaró a ella.

Su cuerpo no era grande, pero emanaba una intensidad contenida que resultaba intimidante. Su mirada era dura, directa, sin rastro de autocompasión.

—Afectada… —repitió la palabra mientras la paladeaba—. Es una forma muy educada de decirlo. Muy de ciudad.

No dijo más. Dejó que el peso de su ironía llenara el silencio, un silencio que solo rompía el balido aburrido de una cabra.

—¿Cree que aquello fue justo? —insistió Paula suavemente.

Oriol dejó escapar una leve sonrisa, con un sonido áspero, sin alegría.

Se giró y miró hacia las lejanas cimas de las montañas, hacia la mancha gris que era La Mussara.

—Mire, Paula, perdone que la tutee. Hay dos tipos de justicia. La que está escrita en los libros para que los ricos duerman tranquilos por las noches. Y la que es. La que dicta la tierra. Y yo, hace mucho que dejé de leer. Y conozco esta montaña mejor que los ingenieros

que levantan vallas. Sé por dónde respira la tierra y por dónde se puede pasar sin que nadie te vea.

La respuesta era una declaración de principios, una filosofía forjada por décadas de resentimiento familiar. Paula supo que había tocado el nervio.

—¿Dónde estaba el viernes por la mañana, señor Sabaté?

Oriol se encogió de hombros y volvió su atención hacia ella con una indiferencia calculada.

—Dónde estoy siempre: con mis animales, por el monte. Pregúntele a mis cabras si quiere una coartada. Ellas no mienten. A diferencia de las personas.

La entrevista había terminado. Oriol no lo dijo, pero su lenguaje corporal fue inequívoco. Se dio la vuelta, recogió su herramienta y volvió a su trabajo en el bebedero, dándole la espalda y dando la conversación por zanjada. Era una despedida tan efectiva como si la hubiera echado a gritos.

Paula se quedó allí un instante, observando la espalda del hombre.

Se marchó con la certeza de que acababa de hablar con alguien que ardía por dentro con una rabia devoradora. No tenía ni una sola prueba que lo conectara con el asesinato. Ni un solo indicio de que su resentimiento pudiera haberse traducido en acción.

Un hombre con un móvil tan sólido como el suelo que pisaba. Creía en la justicia de la tierra. Y en la montaña, la justicia solía ser solo un eufemismo para la venganza.

Acababa de encontrar a su primer sospechoso.

14

Martes, 26 de noviembre. 10:34 h.
Bodegas Bosch, Vilaplana.

La frustración dejó a Paula con un sabor amargo en la boca.

La entrevista con Oriol Sabaté la había dejado con la sensación de haber chocado contra un muro de piedra. No había sacado nada tangible, solo la certeza de un rencor capaz de consumir cualquier cosa.

Así que cambió de táctica. Si no podía romper al sospechoso más primitivo, presionaría al más sofisticado.

Volvió a las Bodegas Bosch.

Esta vez no hubo cita previa. No hubo llamada de cortesía.

Cuando el coche gris de Paula enfiló de nuevo el impecable camino de grava, la recepcionista la reconoció al instante, y su sonrisa profesional vaciló.

—Sargento Sardà. No la esperábamos. No tiene cita con el señor Bosch, ¿verdad?

—No —dijo Paula—. Dígale al señor Bosch que necesito hablar con él. Es urgente.

La joven intentó resistir, revisando un par de veces la agenda de su jefe en un gesto inútil para ganar tiempo. Intentaba encontrar un hueco que inexistente, pero la mirada de Paula no admitía negociación. No iba a aceptar un no por respuesta.

La empleada no quiso entrar en discusiones y, resignada, se apresuró a llamar a Martí por la línea interna.

Segundos después, la orden llegó. Martí Bosch la recibiría. «¿Acaso tiene otra opción?», pensó. Negarse hubiera provocado sospechas, y Martí era demasiado inteligente para cometer un error tan burdo.

El trayecto por las instalaciones tuvo esta vez un aire diferente.

La elegancia del lugar ya no le parecía un símbolo de éxito, sino una fachada frágil. El despacho seguía siendo el mismo, pero la atmósfera había cambiado. La luz de la mañana, que caía a plomo por el gran ventanal, ya no parecía cálida, sino cínica e inquisidora, como un foco de interrogatorio.

Martí la recibió de pie, con la misma sonrisa cortés en los labios, pero Paula notó una nueva tensión en la línea de su mandíbula. Un parpadeo demasiado rápido, un endurecimiento casi imperceptible de sus facciones. No la esperaba.

—Sargento. Qué sorpresa. Pase, por favor. ¿Un café?

—No, gracias. No tardaré mucho.

Paula no se sentó. Permaneció de pie en el centro de la alfombra persa, obligándole a él a quedarse también de pie.

Fue directa al grano; lanzó un dardo al objetivo.

—Señor Bosch, en mi primera visita le hice varias preguntas sobre la víctima, Jordi Puig. Mencionó que no le sonaba de nada.

—Así es —respondió Martí, cauteloso—. Un excursionista, entiendo.

—Es más que eso —dijo Paula—. Era descendiente de la familia Giral. Como usted.

La afirmación, dicha sin dramatismo ni acusación, fue más efectiva que un grito. Paula observó cómo Martí, en lugar de responder, se llevaba una mano al nudo de la corbata, un gesto automático para ganar un segundo.

El movimiento fue sutil. Forzó una sonrisa que mutó en mueca tensa. Abrió la boca para replicar, pero solo escapó un carraspeo áspero. Por un instante, su voz —el instrumento de su poder— le falló.

—Sargento, por favor —dijo, recuperando la compostura a la fuerza, aunque la musicalidad de su voz ya no sonaba tan natural—. En estas comarcas todo el mundo es primo de alguien. Será una conexión tan lejana que, francamente, ni la tenía presente. No le di ninguna importancia. Es irrelevante.

—Sí, sí. Claro. Entiendo —Paula bajó la voz—. Pero mi trabajo es comprender por qué un hombre oculta a la policía que la víctima de

un asesinato es, de hecho, familia suya. Y hemos descubierto que la investigación de Jordi no solo se centraba en su propia familia, los Giral. En sus mapas aparece otra familia, los Sabaté, señalada junto a la de su propia familia.

Paula hizo una pausa, dejando que el nombre aterrizara en el aire caro del despacho. Observó el rostro de Martí. No hubo una reacción visible al nombre Sabaté. Pero la implicación era clara: la investigación de Paula no era superficial.

—Solo quería asegurarme —continuó Paula, su mirada fija en la de él— de que no había más... parentescos lejanos o detalles sin importancia que pudiera haber olvidado mencionar. Es un caso complejo, con raíces muy antiguas.

La insinuación fue sutil, pero efectiva. No lo acusó de nada. Pero le había demostrado que conocía los nombres, que estaba reconstruyendo el puzle histórico del caso. Y en el silencio que siguió, Paula pudo ver cómo la mente de Martí trabajaba a toda velocidad, no buscando una respuesta, sino evaluando una amenaza. Una amenaza que, por la palidez que le tiñó el rostro bajo el bronceado artificial, parecía mucho más grave que una simple relación de parentesco.

Martí tragó saliva, con un gesto casi imperceptible que rompió su estudiada compostura. Sus ojos, antes controladores, ahora reflejaban una nueva y profunda alarma. Era la mirada de un hombre que ve cómo las grietas empiezan a aparecer en los cimientos de su fortaleza, sin saber cuál de ellas sería la que la derrumbaría.

Paula vio ese miedo. Un miedo puro, desnudo, que su fachada de buenismo entrenado ya no podía ocultar. No sabía qué lo provocaba exactamente, pero había conseguido lo que quería. Había sacudido el árbol y ahora solo tenía que esperar a que cayeran los frutos maduros.

—Gracias por su tiempo, señor Bosch. No le molesto más. Seguiremos en contacto.

Sin esperar respuesta, se dio la vuelta y salió del despacho, dejando a Martí solo en medio de su lujosa jaula. Él no la acompañó a la puerta.

Se quedó de pie, paralizado, observando cómo el agua del vaso sobre la mesa vibraba en círculos concéntricos y delataba el temblor de la mano. Miró a través de la ventana, observó su reino de viñedos y montañas.

ACTO II. DE LA NIEBLA Y LAS MENTIRAS.

15

Martes, 26 de noviembre. 14:11 h.
Vilaplana.

Dos sospechosos. Cero pruebas. Y un muro de silencio tan espeso como la niebla de la montaña.

Paula removía el café con leche, hipnotizada por el remolino marrón que trazaba la cucharilla. Veía un vórtice sin fondo, como el caso mismo. Sus pensamientos trabajaban en segundo plano, buscando una salida.

La entrevista con Martí Bosch la había dejado con la certeza de que el hombre ocultaba algo, pero la visita a Oriol Sabaté la había enfrentado a una pared de resentimiento puro.

Tenía dos hilos, pero ninguno llevaba a ninguna parte. Necesitaba un tercer camino.

La curiosidad, o quizás la pura desesperación profesional, la empujó a sumergirse en el corazón del pueblo. Eligió el pequeño bar de la plaza, un microcosmos de mesas de fórmica y olor a carajillo. Era un intento desesperado de tomarle el pulso a la comunidad, de escuchar las conversaciones no oficiales, de encontrar una grieta en la fachada de aquel lugar.

Cruzar la puerta fue un error táctico. El murmullo sobre el tiempo y la avellana no cesó, pero cambió de frecuencia. Se volvió más grave. Los cuatro hombres mayores que ocupaban las mesas, con la piel curtida por el sol y manos como raíces de olivo, levantaron la vista al unísono.

Fue una evaluación rápida y silenciosa, que la catalogó como lo que era: una forastera. La poli. La chica de la ciudad. Las noticias habían corrido como la pólvora, y todos sabían ya quién era.

Una amenaza.

Se sentó en la barra y pidió un café con leche al que parecía el dueño. Era un hombre de mediana edad con una barriga prominente y unos ojos pequeños que la observaron con desconfianza mal disimulada.

Sentía las miradas clavadas en la nuca. No era hostilidad, sino la coraza de un organismo que se cierra ante un virus. Mientras esperaba el café, escaneó el local. Se fijó en un corcho polvoriento sobre la cafetera, lleno de insignias de peñas locales. Había una del equipo de fútbol, otra de un grupo de cazadores y una, más pequeña y de madera tallada, con el dibujo de una ballesta.

Barrió las mesas con la vista. Vio vasos de vino tinto, del peleón, el que se sirve a granel desde un barril sin etiqueta. Nadie en aquel bar, el corazón del pueblo, bebía los afamados vinos de los Bosch. Sus botellas, que se vendían a precio de oro citando la historia local, eran un producto para turistas y ricos de las capitales, no para la gente cuya historia, supuestamente, representaban.

Paula decidió romper el hielo, con cuidado, consciente de que cada palabra sería pesada y evaluada.

—Días tranquilos por aquí, ¿no? —comentó Paula, con una amabilidad que le sonó a falsedad.

—Como siempre —respondió el hombre al tiempo que pasaba un trapo por la barra de acero inoxidable sin mirarla—. Bueno, menos cuando hay competición de tiro. Entonces se llena esto de gente.

—Estuve el otro día en La Mussara, ya sabe… Por lo del desaparecido. Parece un lugar con mucha historia… y muchas leyendas.

El dueño se encogió de hombros. —Eso dicen.

Fin de la conversación. Frustrada, Paula decidió lanzar un último cebo, hablando un poco más alto, como si reflexionara para sí misma, pero dirigiéndose a toda la sala.

—Una pena lo de ese hombre que desapareció. Lo encontraron al fondo del barranco. Por lo que se ve, era un excursionista. Pobre hombre. Supongo que son los riesgos de la montaña. ¿Qué estaría haciendo ahí, para caerse?

Funcionó. No con una respuesta directa, sino con algo mejor.

Uno de los hombres, con un cigarro apagado en la comisura, soltó una risa seca. Un sonido áspero, como de gravilla pisada. No levantó la vista del periódico, pero su voz cargada de cinismo cortó el aire del bar.

—Llegendes... —murmuró, la voz como un lamento—. Aquí tothom té les seves. Els Bosch venen vi amb elles. Altres, com el pobre Sabaté, només cullen penes. Des que la dona va fotre el camp amb la nena, aquell home només viu per maleir aquestes pedres. Tanta pena porta a dins que no m'estranyaria que un dia d'aquests acabés al Salt de l'Ànima. Ja sap, la pedra aquella que diuen que s'empassa als desgraciats. Un altre fantasma per a les ampolles del senyoret.

Paula lo interiorizó, palabra por palabra, sintiendo el peso de cada una. «Leyendas... Aquí todo el mundo tiene las suyas. Los Bosch venden vino con ellas. Otros, como el pobre Sabaté, solo cosechan penas. Desde que la mujer se largó con la cría, ese hombre solo vive para maldecir estas piedras. Tanta pena lleva dentro que no me extrañaría que un día de estos acabase en el *Salt de l'Ànima*. Ya sabe, la piedra esa que dicen que se traga a los desgraciados. Otro fantasma para las botellas del señorito.»

Aquel hombre hablaba con un acento cerrado, y en su cabeza oyó de nuevo a su abuelo, que cada frase que pronunciaba sonaba a sentencia. Y el dardo quedó suspendido en el aire entre las mesas de formica.

Paula vio cómo el dueño del bar, que seguía puliendo el mismo trozo de barra, detenía su movimiento y clavaba una mirada dura y fugaz en el viejo. Uno de los otros hombres de la mesa carraspeó y subió el periódico, ocultándose tras él. Un pacto de silencio se había roto y ahora se recomponía a toda prisa con gestos torpes.

No tenía un destinatario concreto, pero Paula supo que era para ella.

La tentación de acercarse era fuerte, de sentarse en su mesa y preguntarle a qué se refería, pero su instinto, forjado en su propia infancia rural, le dijo que sería un error. Presionar a ese hombre solo conseguiría que se cerrara en banda, avergonzado de haber hablado

más de la cuenta. De hecho, debía tenerlo muy claro para hablar así de los ricos del pueblo, o también podía ser simplemente envidia.

En lugares como aquel, la información se ofrecía, no se extraía.

Se terminó el café, dejó unas monedas sobre la barra sin esperar la vuelta, y se marchó en silencio. Sintió las miradas clavadas en la espalda. Pero esta vez no le importó. Se llevaba algo más que una frase cínica. Se llevaba una confirmación de algo que suponía: aquel lugar no era tan diferente al resto.

Un pueblo pequeño con un *senyoret* no tan admirado como a él le gustaría, al menos no por todos.

Hizo el camino de vuelta a su improvisado cuartel a pie, apenas eran cinco minutos y a esa hora la temperatura aún era agradable; lucía el sol en contraste con la niebla que ya se adivinaba en la montaña.

Entró en la casa rural y los pensamientos la acompañaron, no se quedaron fuera. No era capaz de dejar de darle vueltas a esa sensación de sorpresa e inquietud que le había provocado aquella frase del bar.

Se quitó los zapatos; en ese momento no tenía más pistas que seguir. Hablar con la viuda sería inútil, estaba convencida de que aquella mujer le había contado todo lo que sabía. Las sospechas sobre Sabaté y los Bosch eran más una corazonada que un cálculo razonado.

Necesitó descansar y se desplomó encima de la cama, se oía el fuego crepitar en la chimenea del comedor y por un instante se dejó llevar, fue capaz de dejar su mente en blanco y sentirse ligera.

Solo fue un momento.

Al instante siguiente sus pensamientos se activaron de nuevo, y esta vez con una idea por explorar. La frustración dio paso a una nueva línea de ataque. Si el mundo real se cerraba en banda, se refugiaría en el digital.

Los Bosch se habían hecho de oro vendiendo vino. ¿A qué se debía tanto éxito? Abrió la tapa del ordenador.

Tecleó: «Bodegas Bosch», «leyendas», «vino premium». Los resultados fueron un bofetón. No era una simple mención. Era una línea de negocio; seguían una sofisticada y agresiva estrategia de

marketing. *Llegendes de la Boira*. Leyendas de la Niebla. Así se llamaba la gama más exclusiva y cara de Bodegas Bosch.

La página web era una obra de arte del diseño gráfico: fotos en blanco y negro de las ruinas de La Mussara, textos poéticos que hablaban del misterio, del tiempo detenido, de las desapariciones. Cada vino llevaba el nombre de una leyenda local. No se había dado cuenta hasta entonces. Los Bosch no solo se aprovechaban de las leyendas. Las cultivaban. Las embotellaban. Y las vendían a cientos de euros la unidad.

Su discurso en la bodega, su educada preocupación por los excursionistas perdidos, ahora olía peor que la uva fermentada. Era el discurso de un mezquino, de alguien que no duda en aprovecharse de cualquier oportunidad para crecer.

Siguió investigando, cada clic del ratón se hundía más en el oscuro corazón del imperio Bosch. Encontró un artículo en una revista gourmet sobre el vino más icónico de la colección, el más caro, el que había puesto a la bodega en el mapa internacional.

El vino estrella se llamaba *El Secret del Cingle*. El artículo detallaba su historia: el lanzamiento que catapultó a la bodega a la fama internacional. Paula buscó la fecha.

Finales de 1992.

La fecha flotó en la pantalla. Un número. Un año.

Y de repente, un chasquido mental. El instinto se disparó. La coincidencia era absoluta. Abrió el acceso a la base de datos policial y tecleó una búsqueda en los archivos de casos fríos.

Desaparición. La Mussara. 1992.

El resultado tardó unos segundos en aparecer. Un único expediente. Un nombre.

—Joder... —La fecha parpadeaba en la pantalla como una luz de alarma. El mismo año.

«Carles Rovira». Lo sabía, era un caso sonado entre los Mossos de la zona, quedó sin resolver y había pasado a formar parte de las leyendas de la zona.

Desaparecido en la primavera de 1992. Un excursionista de Barcelona. Su cuerpo nunca fue encontrado. El caso se cerró por falta de pruebas, archivado como una de las muchas historias

trágicas que alimentaban la leyenda negra del lugar. Una leyenda que, casualmente, había resultado ser increíblemente rentable para la familia que poseía la montaña.

Paula se reclinó en la silla; la pantalla del ordenador iluminaba su cara con un tono azul.

Seguían siendo indicios, corazonadas. No eran más que hechos aislados, sin una conexión sólida. Ni siquiera tangible, pero ahí estaban. Detrás de la fachada de los Bosch, los respetables señores del vino, había algo sucio y oscuro.

Cogió el teléfono y marcó el número de su superior.

—Joan, soy Paula. Hazme un favor. Quiero que me envíes, lo antes posible, el expediente completo del caso de la desaparición de Carles Rovira en 1992. Todo lo que tengamos.

Al otro lado de la línea, Joan Vall guardó silencio por un momento. Paula oyó cómo tecleaba en su ordenador.

—Carles Rovira... —dijo al final con cautela—. Un caso viejo de la Guardia Civil de hace treinta años. Paula, ¿dónde te estás metiendo? ¿De qué va todo esto?

—Uf, me huele a conexión, Joan. El vino más famoso de los Bosch, el que los lanzó a la fama gracias a las leyendas, salió meses después de que Rovira desapareciera en sus tierras.

Hubo otro suspiro. Este más largo, más cansado.

—De acuerdo. Te lo enviaré. Pero quiero que entiendas una cosa. Los Bosch tienen amigos hasta en el infierno. No puedo darte recursos oficiales para esto. Si te metes en un lío estarás sola. Lo entiendes, ¿verdad?

—Sí, entendido. No te preocupes. Gracias.

Colgó.

Las palabras de Joan no eran una amenaza, eran una declaración. Trabajaba sola, sin red.

El misterio acababa de ensancharse, conectando el asesinato de Jordi Puig con una sombra de treinta años de antigüedad. Y ella sentía que estaba a punto de descubrir que las leyendas de La Mussara no nacían de la niebla; quizás la niebla sólo ocultaba la verdad.

16

Martes, 26 de noviembre. 18:58 h.
Vilaplana.

Permanecía inmóvil y perdida en sus pensamientos, con los codos clavados en el alféizar de la ventana. Miraba al oeste, hacia La Mussara, donde la niebla ya coronaba la cima como una advertencia. La noche había caído a traición, sin que ella se diera cuenta.

El inconfundible sonido de la notificación del correo electrónico la hizo volver en sí. Se lanzó hacia el ordenador; sabía lo que era. El expediente llegó a su bandeja de entrada como un fantasma digital.

Un mensaje sin cuerpo. Solo un archivo adjunto pesado. Al abrirlo, la pantalla se llenó de documentos escaneados con la calidad granulada de las fotocopias oficiales. El título, en tipografía de máquina de escribir, rezaba: «EXP. 834/92... DESAPARICIÓN. ROVIRA, CARLES». Treinta años de polvo y silencio, ahora contenidos en un archivo temporal en el escritorio de su portátil.

Paula se sirvió otro café. Negro y amargo. Se preparó para leer.

Abrió el archivo. La primera página era una foto de carné de Carles Rovira. Un chico joven, de unos veintipocos años, con el pelo alborotado y la expresión seria habitual de las fotografías oficiales. Un excursionista de Barcelona que, una mañana de primavera de 1992, subió a La Mussara y se desvaneció como si se lo hubiera tragado la tierra.

Paula leía, y cada golpe del ratón era como retirar tierra seca de una tumba olvidada. Se adentró en la cronología de la investigación. Las primeras diligencias fueron de la Guardia Civil. La denuncia de los padres, un matrimonio de clase trabajadora del barrio de Sants, sus declaraciones llenas de una angustia que traspasaba las décadas y el papel amarillento.

«Carles era un buen chico» —había declarado el padre —.«Prudente. Siempre nos llamaba. Le encantaba la montaña, pero no era un loco. Alguien tuvo que hacerle algo.»

La búsqueda inicial había sido intensa, pero infructuosa.

Días de batidas por el terreno, helicópteros peinando la zona desde el aire. No encontraron nada.

El resultado fue un cero absoluto. Ni una mochila. Ni un solo jirón de ropa. Ni una huella que se alejara de los senderos principales. Carles Rovira se había evaporado.

El informe del jefe del dispositivo de búsqueda concluía con una frase que a Paula le resultó dolorosamente familiar:

La orografía del terreno y las cambiantes condiciones meteorológicas, con súbitas y densas formaciones de niebla, dificultan enormemente las labores y hacen plausible la hipótesis de una caída accidental en una zona de difícil acceso.

El mismo guion. La misma historia. La misma excusa conveniente.

El caso, al cabo de unas semanas, pasó a una fase de investigación menos activa, gestionada por un joven sargento de la Guardia Civil destinado en el cuartel de Tarragona. Un tal sargento Vélez.

Leyó sus informes. Vélez había sido meticuloso. Había interrogado a todo el mundo, había vuelto a peinar zonas ya rastreadas. En cada página, Paula podía sentir la frustración de un buen policía chocando contra un muro de silencio. «Pobre diablo», pensó. «Estamos librando la misma guerra, con treinta años de diferencia». Ella, en su casa rural, y Vélez, treinta años antes en su cuartelillo, librando la misma batalla contra el silencio y la niebla.

Vélez dudaba sobre la teoría del accidente.

Se notaba en las preguntas que formulaba, en las líneas de investigación que intentaba abrir, la mayoría de las cuales terminaban en un callejón sin salida.

Interrogó a los pocos habitantes que quedaban en los pueblos cercanos.

Entrevistó a otros excursionistas que habían estado en la zona ese fin de semana.

No obtuvo nada. Nadie había visto nada, nadie sabía nada.

Y entonces apareció. En la página cuarenta y siete del expediente, leyó algo que llamó su atención; se irguió en la silla. Un nombre conocido, y por lo que veía ahora, recurrente.

Era una transcripción de una declaración testimonial, tomada por el propio sargento Vélez.

El entrevistado: «Martí Bosch i Giral». Por aquel entonces, un hombre de unos treinta años que ya se presentaba como empresario local y portavoz de su familia, propietaria de las tierras donde Carles había desaparecido.

Paula se inclinó sobre la pantalla, recorriendo deprisa las líneas con la mirada, en ocasiones en diagonal para avanzar más.

Un escalofrío de *déjà vu*. El discurso de Martí Bosch en 1992 no era similar; era una copia al carbón. La misma retórica, treinta años antes.

Leyó la transcripción:

Vélez: Señor Bosch, usted y su familia son los mayores propietarios de la zona. ¿Conocen a alguien que pudiera tener algún problema con el desaparecido? ¿Algún conflicto?

Bosch: En absoluto, sargento. No conocemos a ese muchacho; de hecho, ya sabe usted que era de fuera. No era del pueblo. Pero conocemos la montaña. La Mussara es un lugar especial, un lugar con una energía… particular. Las leyendas no nacen de la nada. Son el eco de tragedias reales. La niebla, la boira, no es solo un fenómeno meteorológico; desorienta el alma y el cuerpo. Lo más probable es que el pobre chico tuviera un accidente. Una caída. Es lo que ha pasado en otras ocasiones, desde hace generaciones.

Paula releyó el párrafo tres veces. La misma retórica. El mismo relato cuidadosamente construido para alejar cualquier sospecha, para desviar la atención hacia el folclore y la fatalidad. Bosch no estaba simplemente repitiendo un discurso; estaba desplegando una

estrategia que llevaba treinta años perfeccionando. Era su cortina de humo.

Siguió leyendo, con el pulso acelerado. El sargento Vélez, al parecer, también tenía dudas sobre los Bosch. Unas páginas más adelante, en una nota interna manuscrita, adjunta al informe oficial, Vélez había plasmado sus propias dudas. La caligrafía era apretada, casi furiosa.

2 de junio de 1992.

Me encuentro otra vez con la familia Bosch. Martí Bosch insiste en la teoría del accidente y en las leyendas. Se muestra muy colaborador, no es habitual. La gente suele desentenderse. Su versión de los hechos parece clara, un discurso convincente.

Su hermano menor, Carles, estaba supuestamente cazando en la zona el día de la desaparición. Al ser preguntado, se muestra esquivo, responde con monosílabos. No tiene una coartada sólida más allá de «estar en el monte». La actitud de Martí es sobreprotectora hacia él. Hay algo entre ellos dos, algo que no me encaja. Pero no tengo nada. Ni un indicio. Imposible avanzar por esta vía. Demasiadas ideas, ninguna prueba ni sospecha en firme. El capitán me presiona para que cierre el caso. Me dice que no malgaste recursos en fantasmas.

Paula se quedó mirando la pantalla. Vélez no tenía pruebas, pero tenía olfato. Había intuido la inconsistencia, la peste a mentira que emanaba de aquella familia.

Los Bosch no solo eran unos cínicos que se habían aprovechado de una tragedia para vender vino. Estaban en el epicentro de la creación de esa tragedia. Eran los creadores de la leyenda.

Cerró el archivo PDF.

La habitación parecía más oscura, más fría. La cara de Carles Rovira en la foto de carnet la perseguía. Un chico que se había convertido en un fantasma, en un eslogan publicitario para una botella de vino de lujo. Y el hombre más favorecido por su desaparición, por la proyección de la leyenda, seguía allí, en su

bodega de diseño, recibiendo a la policía con una sonrisa cortés y ofreciéndoles mapas.

Un ladrón dando limosna.

La sospecha de Paula sobre Martí Bosch ya no era una simple teoría suya, basada en un parentesco oculto y en su instinto. Ahora tenía un precedente. Un patrón. Un eco de treinta años que gritaba el nombre de la misma familia. El patrón era el mismo: hace treinta años, ya había un *senyoret*.

Y en medio de todo, la figura del hermano. Carles Bosch. El cazador que describía el sargento Vélez. El hombre sin coartada.

Paula percibió que la niebla que envolvía el caso empezaba a tener una forma definida. Y esa forma tenía el rostro de los hermanos Bosch.

Volvió a la ventana, volvió a mirar la montaña. Ahora con nuevos ojos.

Abrió la ventana, necesitaba aire fresco.

Pero el aire fresco no trajo consigo la claridad que buscaba. Tenía un patrón, sí. Un eco de treinta años que gritaba el nombre de los Bosch. Pero un eco no es una prueba. Es un fantasma. No podía ir a Joan con las sospechas de un guardia civil jubilado y un mal presentimiento. Se reiría en su cara. Necesitaba cadáveres.

La frustración le obstruía la garganta. Necesitaba algo más. Algo que uniera el pasado con el presente, algo que demostrara que lo de Rovira no fue un hecho aislado, sino el inicio de una costumbre. Necesitaba más cuerpos.

Volvió a sentarse frente al portátil con el resplandor azul de la pantalla iluminándole la cara. Su instinto le gritaba que los Bosch eran la respuesta, pero su método, el que la había llevado hasta donde estaba, le exigía agotar todas las posibilidades, buscar patrones más amplios que un único caso frío.

Sus dedos volaron sobre el teclado, accediendo de nuevo a la base de datos central. Esta vez, su búsqueda fue diferente. Desesperada. Eliminó el filtro de «homicidio». Lo cambió por los términos más amplios, más ambiguos: «desaparición» y «muerte no natural». Acotó el radio a diez kilómetros alrededor del epicentro del mal, La Mussara. El periodo: los últimos veinte años. Era como

lanzar una red a ciegas y esperar pescar algo más que basura burocrática.

La lista de resultados apareció al instante. La mayoría eran descartables: ancianos con demencia encontrados a los pocos kilómetros, suicidios trágicos, un par de accidentes de tráfico en las carreteras comarcales. Ruido.

Pero entonces, dos expedientes saltaron de la pantalla. Dos archivos que, leídos de forma aislada, eran solo tragedias de montaña. Leídos uno después del otro, bajo la sombra del caso Rovira, se convertían en algo mucho más siniestro.

CASO A:

EXP. 451/08. DEFUNCIÓN. JUZGADO DE REUS. Víctima: Ferrer, Marc. 24 años. Residente en Girona. Profesión: Fotógrafo de naturaleza. Causa oficial: Precipitación accidental. Localización: Barranc de la Font Nova, a 3 km de La Mussara. Notas: Vehículo localizado en aparcamiento. Cuerpo hallado dos semanas después por excursionistas. Conclusión: Desorientación por niebla súbita.

CASO B:

EXP. 782/17. DESAPARICIÓN INQUIETANTE. ARCHIVADO. Víctima: Soler, Laura. 21 años. Residente en Valencia. Profesión: Estudiante de Geología. Última localización confirmada: Aparcamiento de La Mussara. Notas: Búsqueda intensiva de 72 horas por GRAE y unidades caninas. Sin resultados. Caso archivado por falta de indicios de criminalidad.

Paula se reclinó en la silla, el corazón le latía con un ritmo sordo. El patrón era tan claro que le cortó la respiración. Rovira en el 92. Ferrer en el 2008. Soler en el 2017.

Jóvenes. Forasteros. Con un interés profesional o artístico en la zona —historia, fotografía, geología—. Todos orbitando alrededor del mismo agujero negro.

La leyenda negra que Martí Bosch le había vendido con una sonrisa condescendiente era la coartada perfecta. El monstruo que se tragaba a la gente no era la niebla. Tenía rostro, rutina y un territorio que proteger.

El fantasma no era una metáfora: llevaba treinta años cosechando.

17

Miércoles, 27 de noviembre. 11:15 h.
Facultad de Enología, Universidad Rovira i Virgili, Tarragona.

La correlación era demasiado perfecta para ser una coincidencia. Un excursionista desaparece en 1992. Meses después, una bodega familiar lanza un vino que los catapulta a la fama internacional. Paula conducía hacia Tarragona con esa simple ecuación grabada en la cabeza. El móvil del crimen, el que había estado buscando entre rencores familiares y herencias polvorientas, era mucho más simple y moderno: dinero.

Había descartado el móvil pasional o la simple disputa por tierras. Esto era corporativo. Frío. Los Bosch no eran asesinos de monte; eran empresarios protegiendo un activo. Y el activo más valioso de su bodega no era la tierra, era el mito. Si Jordi Puig, con su obsesión por la geología y la historia, había descubierto que el *terroir mágico* era en realidad una estafa, una trampa o un engaño, entonces no había muerto por el pasado. Había muerto por amenazar los cimientos de un imperio multimillonario.

Pero para demostrar un fraude de ese calibre, necesitaba a un experto. Alguien que pudiera decirle si un milagro enológico era posible, o si solo era un truco de marketing muy bien ejecutado.

El campus de la Rovira i Virgili era un universo de hormigón y mentes jóvenes, el antídoto perfecto a la soledad de la montaña. No había sitio para aparcar. Paula subió el coche a una acera ancha, justo bajo una señal de prohibido. Odiaba hacerlo, lo entendía como un pequeño abuso de poder, pero la urgencia superaba a los escrúpulos. Sacó la placa de identificación y la dejó sobre el salpicadero, a la vista. Dentro de la facultad, el murmullo de los estudiantes y el olor a café de máquina la hicieron sentir como un

pez fuera del agua. Un bedel de bata gris la guio sin hacer preguntas por un laberinto de pasillos hasta una puerta al final de uno de ellos. Una pequeña placa de latón rezaba: «Dr. Antoni Alabart. Catedrático de Enología».

El despacho del profesor Alabart era una trinchera de papel y vidrio.

Había pilas de tesis y revistas que amenazaban con derrumbarse desde los estantes, cajas de madera con muestras de tierra etiquetadas y, sobre todo, botellas. Cientos de ellas. Vacías, llenas, polvorientas, alineadas como soldados en cada superficie horizontal disponible.

«¿Este hombre no sabe que aquí no se puede fumar?», pensó antes de sentarse en una silla de madera y oír cómo crujía bajo su peso. Su chaqueta de cuero y la pistola eran una nota discordante en aquel templo académico.

Frente a ella, el profesor Alabart, un hombre con más pelo en las cejas que en la cabeza y una bata blanca manchada de tintos de varias añadas, examinaba la foto que Paula le mostraba en el móvil.

—*El Secret del Cingle*, añada del 92 —murmuró Alabart mientras le devolvía el teléfono con un gesto de desdén teatral—. Por supuesto que lo conozco. Todo el mundo lo conoce. Fue el puñetazo en la mesa de los Bosch.

—¿Por qué? —preguntó Paula al tiempo que abría la libreta—. ¿Qué tiene de especial?

Alabart se levantó y caminó hacia una pequeña pizarra llena de fórmulas químicas.

—El precio es una consecuencia, señorita. Lo especial es la... anomalía. —Se giró hacia ella, con los ojos brillando con esa pasión fanática de los académicos—. En los años noventa, ese vino salió de la nada y ganó catas a ciegas contra los mejores Burdeos. Los críticos se volvieron locos. Decían que tenía una densidad, una potencia... que no era normal para esa zona.

—¿No era normal?

—Mire. La Mussara es una roca pelada. Es bonita para las fotos, pero agronómicamente es un infierno. Poca tierra, mucho viento,

frío... —Alabart cogió una raíz seca que tenía sobre la mesa—. Para sacar un vino así de esa piedra, necesitas un milagro. O un truco.

Paula anotó la palabra «truco».

—¿Qué clase de truco?

—En este mundillo hay muchas formas de mentir —dijo el profesor con una sonrisa cínica—. Se puede comprar uva de otras zonas y decir que es tuya; o se pueden usar aditivos químicos para dar cuerpo, taninos en polvo... Y es casi imposible de probar. La cromatografía puede detectar aditivos burdos, pero si compran uva de garnacha de Cariñena y la mezclan aquí, ¿quién lo sabe? El ADN de la uva es el mismo. Hace falta un testigo, alguien que vea las cubas entrando de noche. Yo siempre he sospechado que los Bosch son, ante todo, unos alquimistas. O unos contrabandistas de uva.

—Pero ellos venden la historia de la tierra. La tradición.

—Marketing. —Alabart resopló—. Verá, el problema del vino moderno es la uniformidad. Desde la filoxera, todos los vinos son un poco... iguales.

—¿La filoxera? —preguntó Paula.

——Un pulgón minúsculo que cruzó el Atlántico y devoró los viñedos de Europa. Fue nuestro *Armagedón* particular. Para sobrevivir, tuvimos que cortar la cabeza a nuestras cepas y cosérselas a un cuerpo nuevo: raíces americanas que eran inmunes. —Lanzó una raíz sobre la mesa—. Así que hoy, todos los vinos son un matrimonio de conveniencia. Uva europea sobre raíz americana. Se perdió algo de carácter en el proceso, claro, pero es lo que hay. Es la única forma de tener viñas vivas.

—¿Y los Bosch?

—Los Bosch consiguieron un vino que sabía... distinto. Demasiado perfecto. —Alabart se acercó a ella cogiendo una vieja revista de la mesa—. Los enólogos hablábamos de su trama.

Paula levantó la vista.

—¿La trama? —repitió—. ¿Como en una novela?

Alabart soltó una risa seca.

—Eso es lo que venden los poetas del marketing. Para ellos, la trama es la *narrativa* del vino en la boca, la textura. Pura palabrería. —El profesor golpeó la mesa con el dedo—. Pero para nosotros, los

científicos, la trama es biología. Es tejido. Es la estructura celular interna de la planta. Para conseguir esa densidad de sabor de forma natural, necesitarías un sistema vascular antiguo, unas raíces puras que no existen en Europa desde hace un siglo. Por eso digo que es un fraude. Nadie tiene esa trama biológica hoy en día. Yo creo que lo doparon. Química moderna vendida como leyenda antigua.

Paula cerró la libreta. La explicación encajaba con su perfil de Martí Bosch: un hombre que vendía humo a precio de oro.

—Entonces, ¿cree que es un fraude?

—Creo que es un negocio, sargento. Y en el negocio del lujo, la verdad importa poco.

—Así que si alguien descubre que es un fraude…

—Les costaría millones, lo perderían todo en menos de una vendimia.

—Gracias, en serio, muchas gracias. Me ha sido muy útil.

Alabart la acompañó a la puerta, apartando una caja de vinos con el pie.

—Tenga cuidado con esa gente. Los Bosch tienen mucho prestigio que proteger. Y ya sabe lo que dicen: el vino es la única obra que se puede beber. Y, por tanto, la más fácil de falsificar. Nadie se da cuenta hasta que la resaca moral es demasiado grande.

Paula salió al pasillo de la universidad.

Tenía sentido. Jordi no había muerto por unas hectáreas de piedra seca. Había muerto porque había descubierto el fraude. Si demostraba que las tierras no eran suyas, o que el *terroir mágico* era una mentira química, el imperio Bosch se hundiría.

Dinero. Puro y simple dinero.

18

CRÓNICA
Finales de los años 40.

La posguerra olía a hambre y a tierra fría.

En La Mussara, el hedor era más denso. Apestaba a derrota. Las pocas viñas que la filoxera perdonó habían muerto por abandono. Para la mayoría, aquellas laderas eran solo un cementerio de vides y recuerdos.

Para Ramon Bosch, eran una oportunidad.

No tenía manos de agricultor, sino de señor. Donde otros veían cepas muertas, él veía hectáreas a precio de saldo. Se había apropiado de la montaña no con dinero, que era escaso, sino con influencias del nuevo régimen y promesas vagas a familias que huían a las fábricas de Reus o Tarragona. La Mussara se desangraba, y él estaba allí para recoger la herencia.

Se cruzó con Blai, uno de los vecinos más viejos, el último en negarse a morir lejos del banco de piedra de su casa. El anciano, con la mirada perdida y una voz como un susurro de hojas secas, le señaló una hondonada remota en el mapa.

—No todo murió con la plaga, señor Bosch —dijo mientras su dedo tembloroso apenas rozaba el papel—. Los viejos dicen que la montaña guarda un corazón que aún late. Un huerto donde la tierra no olvidó.

Ramon lo descartó como el delirio de un moribundo. Pero la idea de algo guardado, de algo oculto, se quedó clavada en su mente de usurero. Días después, el instinto —o quizás la pura codicia— lo llevó de nuevo a aquella zona. El terreno era un caos de maleza. Estaba a punto de dar la vuelta cuando tropezó con algo extraño, una pared de piedra que no marcaba ninguna parcela, ninguna linde.

Se alzaba una muralla de casi tres metros, un muro de rocas sin pulir soldadas por un mortero antiguo que la humedad había ennegrecido. Recorrió el perímetro hasta encontrar una pequeña puerta de roble, podrida por el tiempo, cerrada con un cerrojo de hierro que la herrumbre había soldado.

Embistió con el hombro, una y otra vez, hasta que la madera podrida se rindió con un gemido de astillas. El aire del interior lo recibió como una exhalación: denso y sin viento.

Era como entrar en una tumba. Y entonces, las vio.

No eran las viñas raquíticas de siempre. Eran monstruos. Troncos negros, gruesos como muslos, se retorcían como manos artríticas aferradas a la tierra. Las raíces no se hundían: mordían la *llicorella*, se aferraban a la pizarra que brillaba en el suelo bajo el sol.

Eran supervivientes. Reliquias de un mundo anterior a la plaga.

Ramon se quedó sin aliento. El hombre que solo entendía de números y contratos acababa de toparse con algo que no tenía precio. No eran solo viñas viejas. Eran un linaje. La sangre pura de la tierra, extinta en el resto del mundo. Aquella era su sangre, ahora. No era tierra lo que había comprado. Era más de lo que podía imaginar.

Cerró la puerta rota como pudo, mirando a su alrededor, a la montaña silenciosa que parecía observarle. El secreto no era una bendición, sino una carga. Un tesoro de esa magnitud no se protegía con vallas, sino con silencio. Y con sangre. La tierra le había entregado el alma, y él sería su carcelero.

El huerto había despertado. Y Ramon Bosch supo que la tierra pronto reclamaría su primer sacrificio.

19

Miércoles, 27 de noviembre. 17:00 h.
Casa Rural *El Roure*, Vilaplana.

El hallazgo de Ferrer y Soler pesaba en el aire de la casa rural. Paula ya no veía expedientes aislados; veía los eslabones de una cadena. La leyenda negra de La Mussara, la que Martí le había vendido con cinismo como la base de su éxito, se desmoronaba para revelar una verdad mucho más aterradora. El monstruo que se tragaba a la gente no era la niebla; tenía un rostro, una rutina y un territorio que proteger.

Lo bautizó mentalmente: «El Guardián». Un asesino en serie paciente y territorial, que usaba el folclore como su mejor coartada. La teoría era arriesgada, pero en ese momento todas las piezas encajaban a la perfección.

Esa tarde se convirtió en un torbellino de actividad. Paula trabajaba con la fiebre de quien siente que está a punto de romper el caso de su vida. Su primer movimiento fue lanzar dos ofensivas simultáneas. Con una mano, marcó el número de Elena Ruiz; con la otra, enviaba una solicitud urgente a la Policía Nacional de Valencia. No iba a esperar. Necesitaba respuestas, y las necesitaba ya.

—Dime que te acuerdas del caso de un fotógrafo, Marc Ferrer, en 2008 —dijo sin preámbulos en cuanto Elena contestó.

La voz de la forense, al otro lado, era una mezcla de escepticismo y curiosidad.

—Hosti, Paula, persigues fantasmas. —La voz de Elena sonó cansada—. Lo recuerdo. Un accidente de manual. ¿Por qué remueves esa mierda?

—Necesito una anomalía, Elena. Revisa la autopsia. Busca la nota en el margen. El detalle que te quitó el sueño cinco minutos.

Cualquier cosa, por minúscula que fuera, que no cuadrara.

El silencio al otro lado de la línea se llenó con el tecleo rápido de la forense. Paula contuvo el aliento, el corazón martilleándole en el pecho.

—Espera. —El tono de Elena cambió—. Aquí hay algo. Una nota mía en el margen: «Interrogante en hioides». El hueso tenía una fractura. En su momento, dado el estado del cuerpo, lo atribuimos al impacto.

—Pero... —presionó Paula. La adrenalina se le disparó a través del cuerpo.

—Pero —concedió Elena—, una fractura así, aislada, también podría ser compatible con una estrangulación. Es ambiguo, Paula. Imposible de probar. Una simple nota para mi archivo mental.

La ambigüedad era todo lo que necesitaba. Era la confirmación. La primera pieza sólida de su teoría. Colgó con Elena sintiendo que el fantasma empezaba a tener cuerpo.

Durante las siguientes horas, Paula se sumergió en la construcción del perfil de su asesino. En su pizarra, las fotos de Rovira, Ferrer y Soler formaban una línea temporal bajo el título «¿EL GUARDIÁN?».

La lógica de su teoría era un escudo contra la frustración de los días anteriores. Estaba a punto de cazar a un monstruo que nadie más había sabido ver.

Pero pronto llegó el primer golpe. La llamada de Valencia.

—Paula, te llamamos por el caso de Laura Soler. Lo hemos repasado a fondo.

Paula se irguió en la silla, expectante.

—Y no tenemos nada. Absolutamente nada que la vincule con La Mussara más allá de esa última señal de su móvil. Sin testigos, sin movimientos bancarios en la zona, sin vínculos familiares o de amistad. Su coche apareció en el aeropuerto, pero nunca cogió un vuelo. Es un fantasma.

—¿Un fantasma? —replicó Paula, la frustración afilando su voz—. Los fantasmas no existen. Alguien sabe dónde está.

—Quizás, pero si lo hizo, no dejó ni una miga de pan. Para nosotros, esto es un callejón sin salida. Lo siento, Sardà, pero no

podemos quemar más horas aquí. Es una vía muerta.

Paula colgó con la palabra fantasma rebotando en la cabeza. Miró la foto de la chica en la pantalla de su portátil. Una estudiante sonriente. No, no era una vía muerta. Era una pregunta sin respuesta. Y las preguntas sin respuesta, en su experiencia, casi siempre acababan teniendo la peor de las soluciones.

La frustración la sacudió, pero se aferró a lo que le quedaba. El fotógrafo. El hueso hioides. Era suficiente. Dos víctimas eran un patrón. Rovira en el 92 y Ferrer en el 2008. Eso era suficiente.

El golpe final llegó dos horas después. Un correo electrónico de la Guardia Civil con el anexo fotográfico y los informes de laboratorio completos del caso Ferrer, los que nunca llegaban a la base de datos general. Lo abrió con ansiedad.

Las imágenes eran crudas. Y allí estaba. El arnés de escalada deshilachado. Pasó al informe del laboratorio de criminalística:

«Causa de la rotura del arnés indeterminada. El análisis de las fibras muestra un alto grado de desgaste, compatible con un fallo accidental del material. Sin embargo, no se pueden descartar por completo otras causas debido a la degradación de la muestra por exposición a los elementos».

Indeterminada. Compatible. No se pueden descartar.

Las palabras que matan una investigación. El informe era un muro de ambigüedad, pero la última página fue el remate. La fractura del hioides tenía una explicación natural: restos de corteza incrustados en la herida adyacente*. «...lesión compatible con el violento impacto del cuello contra una rama, como demuestran los restos de corteza hallados en la herida adyacente».*

Fin de la historia. No hubo estrangulamiento, solo un golpe brutal contra un árbol. Un accidente.

Paula se reclinó en la silla y se pasó las manos por la cara. El Guardián. El asesino en serie. La brillante teoría que había construido durante horas. Todo era humo. Se había enamorado de un fantasma que ella misma había creado. La rabia le subió por la garganta como un ácido.

Y entonces, la rabia barrió a la decepción.

No se había equivocado de crimen, sino de arma. Había caído en la trampa narrativa que los Bosch llevaban treinta años perfeccionando. La leyenda. El misterio. La niebla como asesina.

Era la coartada perfecta. Una cortina de humo tan densa que hasta ella había acabado buscando monstruos sobrenaturales en lugar de culpables humanos. El verdadero monstruo no era un fantasma que acechaba en la niebla. Era el que había aprendido a usar la niebla para ocultar sus crímenes. Y por culpa de su estúpido y brillante desvío, ese monstruo había tenido día y medio de ventaja para sentirse seguro.

Se levantó y caminó hacia la pizarra. Arrancó las fotos de Ferrer y Soler, las hizo una bola y las lanzó a la papelera con furia. La pizarra quedó casi vacía, dominada solo por los rostros sonrientes de los Bosch y la mirada hosca de Oriol Sabaté.

Su mirada se clavó en ellos, ahora con una furia renovada. La caza no había vuelto al principio. Se había vuelto más clara que nunca. Se había vuelto personal.

20

Miércoles, 27 de noviembre. 22:18 h.
Montañas de Prades.

La noche no tenía secretos para alguien como él.

Donde otros solo veían negrura, él distinguía matices: la sombra espesa bajo los árboles, el gris plateado de las rocas bajo la luna, el brillo de la escarcha sobre el musgo. Caminaba por el bosque sin linterna, con los pies siguiendo los senderos por pura memoria muscular. Las botas, de suela gruesa, se movían sobre la tierra húmeda con un sigilo que ocultaba su corpulencia.

Su camino lo llevó junto a las hileras de las cepas más viejas, las que crecían en las laderas. Se detuvo un instante. Extendió una mano y rozó con la yema de los dedos la corteza de un tronco nudoso, casi negro por la edad. Era como tocar piel vieja, una reliquia viva. Vio una pequeña hoja amarillenta, fuera de temporada, aferrada a una rama muerta. Con un gesto preciso la arrancó y la dejó caer a la tierra. Todo debía estar en orden.

Satisfecho, reanudó su marcha con los sentidos de nuevo alerta al bosque.

El aire frío le llenaba los pulmones con un olor que era el único perfume real. Olía a tierra mojada, a corteza de pino, a la descomposición de las hojas y, si se concentraba, al rastro almizclado de un corzo que había pasado por allí justo antes que él.

El bosque hablaba, y él era uno de los pocos que todavía entendía su dialecto de huellas borrosas, olores lejanos y ramas quebradas. Se detuvo, se agachó y con la yema de los dedos acarició una huella. Seguramente un corzo. «Cada vez bajan más».

En los últimos días, sin embargo, había un olor nuevo.

Un olor discordante. Olía a ciudad. A perfume barato, a gasolina, a sudor agrio. Era el olor de los *Mossos*. Una infección. Una presencia extraña en su territorio, una mancha que perturbaba el equilibrio natural de las cosas.

Se detuvo junto a un olivo centenario y apoyó una mano sobre la corteza rugosa como si saludara a un viejo amigo.

Cerró los ojos y escuchó. El ulular de un búho. El crujido lejano de la maleza, probablemente el corzo. Y el viento.

Siempre el viento, que se colaba por los riscos de La Mussara y bajaba hasta el valle, trayendo consigo historias y advertencias. La mayoría no entendía el viento.

El mundo de fuera no entendía el viento. Ese mundo se enredaba en sus propias estrategias, creía que los problemas se solucionaban con palabras, con reuniones, con favores debidos. Se equivocaban.

Para muchos era un problema, pero para alguien así no era un problema real.

Los problemas reales, los que amenazaban la tierra, no se arreglaban con palabras. Se arreglaban con la tijera. Con la poda. Si una rama enferma amenazaba al árbol, se cortaba. Si una mala hierba ahogaba la cepa, se arrancaba de raíz. Y a veces, una plaga —ya fuera un insecto como la filoxera o una persona entrometida— penetraba donde no debía, amenazando el fruto de generaciones de trabajo.

Había que eliminarla. Sin odio. Sin placer.

Con la fría y pragmática necesidad del agricultor que protege su cosecha. Era la ley de la tierra.

Abrió los ojos.

Un movimiento a su derecha. A cincuenta metros, en el linde del bosque, una sombra rompió la simetría de los viñedos. Un jabalí. Un macho grande hozando demasiado cerca de las cepas viejas. Una amenaza.

No hizo ningún ruido. Se deslizó desde detrás del olivo y se agachó, moviéndose entre los arbustos con la fluidez de un depredador. Su cuerpo, fuerte y fibroso, estaba hecho para esto. Cada músculo, cada tendón, entrenado por décadas de caminar, de cazar, de trabajar aquella tierra.

Llegó a un punto desde el que tenía un blanco claro del animal.

Con una calma absoluta, se descolgó la ballesta que llevaba a la espalda. No era un arma moderna de fibra de carbono. Era una pieza más antigua, de madera y acero, pesada y potente. Apoyó la ballesta en el hombro. El peso familiar, la culata fría contra la mejilla. Compensó por puro instinto la leve desviación a la izquierda que la cuerda imprimía a más de cuarenta metros.

Cargó la saeta sin necesidad de pensarlo. No llevaba punta de acero, sino una aguja hipodérmica protegida por un capuchón. La había llenado él mismo esa mañana con el sedante del ganado. Una herramienta. Nada más.

Apoyó la ballesta en el hombro, la mejilla pegada a la culata de madera fría. Apuntó al cuarto trasero del jabalí, al músculo grande y denso. Su respiración se ralentizó. El mundo se redujo a ese pequeño espacio entre su ojo, la mira de la ballesta y el flanco oscuro del animal. No había prisa. La paciencia era el arma más afilada del cazador.

Esperó a que el jabalí levantara la cabeza, ofreciéndole un blanco perfecto. Apretó el gatillo.

El único sonido fue un chasquido sordo, el golpe seco de la cuerda contra el cuerpo de la ballesta, seguido de un silbido casi inaudible. La saeta cruzó el aire y se hundió en el muslo del animal.

El jabalí soltó un gruñido agudo de dolor. Intentó correr, pero las patas traseras ya no le respondían. Tropezó, se tambaleó durante unos segundos en un círculo confuso y finalmente se desplomó sobre la hierba con un ruido sordo.

Vencido.

Todavía permaneció inmóvil durante un minuto entero, observando, asegurándose de que el sedante había hecho su trabajo por completo. La experiencia le había enseñado que un jabalí herido es peligroso.

Luego, se levantó y caminó hacia el animal caído.

El jabalí respiraba con una lentitud profunda y regular. Dormido. Vencido.

Con la misma frialdad con la que había disparado, le arrancó la saeta del muslo, la limpió con un puñado de hojas y se la guardó.

Después agarró al jabalí por las patas traseras. Pesaba más de cien kilos, pero él estaba acostumbrado a cargar pesos muertos.

Lo arrastró hasta el borde del barranco. Sin dudar, levantó al animal que seguía dormido y lo arrojó al vacío.

No esperó a oír el impacto. Conocía el sonido de la carne rompiéndose contra las rocas. La amenaza había sido neutralizada. La cosecha, protegida.

Se perdió de nuevo en la oscuridad, bajo la luz tenue de la luna, y se alejó con calma del barranco. El silencio volvió a reinar sobre la tierra. Un silencio vigilado.

21

Miércoles, 27 de noviembre. 23:45 h.
Masía principal de la Finca Bosch.

El salón de la masía reformada era una oda al minimalismo rústico.

Paredes de piedra original que contrastaban con una inmensa isla de cocina de mármol blanco y ventanales de suelo a techo sin cortinas. Todo estaba ordenado, iluminado por leds indirectos y en silencio, salvo por el zumbido casi imperceptible de la nevera de vinos climatizada.

Martí Bosch cenaba en la barra de la cocina, iluminado por la luz azulada de su *iPad*. Nada de grandes banquetes; picaba algo de jamón ibérico y queso de oveja trufado directamente de una tabla de pizarra. Lo acompañaba con una copa de *El Secret del Cingle*.

Con un dedo, deslizó la pantalla de la *tablet*, revisando las cifras de exportación a Asia. Todo limpio. Todo bajo control.

La puerta trasera de vidrio y acero se abrió de golpe, rompiendo el silencio. Carles Bosch entró sin molestarse en cerrarla.

El contraste era violento. Mientras Martí vestía un jersey de punto fino y unos chinos impecables, Carles parecía una extensión sucia del bosque. Llevaba ropa técnica de camuflaje, gastada y con manchas de resina. Sus botas de montaña dejaron un rastro de barro arcilloso sobre el microcemento gris del suelo.

Traía consigo el frío de la noche y un olor penetrante: tierra mojada, sudor rancio y un matiz metálico. Sangre.

Martí bloqueó la *tablet* y levantó la vista. Miró las botas de su hermano, luego el rastro en su suelo de diseño, y finalmente sus ojos.

—Usa el vestuario del garaje, Carles —ordenó Martí sin despegar la vista de la pantalla. Su voz era tranquila, pero cargada de fastidio, como quien riñe a un perro que se sube al sofá.

Carles ignoró el comentario. Caminó hasta la isla, cogió la botella de vino abierta y bebió un trago largo directamente de la boca. Se limpió los labios con el dorso de la mano, dejando una mancha oscura en la piel.

—Está hecho —dijo, dejando la botella con un golpe seco sobre la encimera blanca.

—¿El jabalí?

—Era grande. Estaba hozando cerca del muro norte. Ya no molestará más.

Martí asintió, volviendo a coger su copa, limpiando con el pulgar una huella invisible en el cristal.

—Bien. Mantén el perímetro limpio. Es lo único que te pido.

—El perímetro está limpio. —Carles se apoyó en la encimera, invadiendo el espacio estéril de su hermano—. El problema no son los jabalíes, Martí. El problema es la policía esa.

Martí suspiró, dejando la copa.

—Tengo mis contactos. Sé que ha estado en la universidad hoy. Haciendo preguntas sobre la filoxera. Sobre química.

—Está husmeando demasiado —gruñó Carles.

—Está buscando un fraude, Carles. Cree que somos unos estafadores que compran uva barata y le ponen una etiqueta cara. —Martí sonrió, una mueca de superioridad—. Déjala que busque. Si busca papeles y facturas, no encontrará nada. Nuestros libros están limpios.

—No busca papeles. Busca tierra. La he visto. Tiene esa mirada... la mirada de los perros cuando huelen el rastro. No va a parar.

Carles se inclinó hacia adelante. El olor a monte sucio invadió la burbuja climatizada de Martí.

—Hay que pararla, Martí. Como al jabalí. Un susto. Un accidente. Que entienda que esta montaña no es sitio para turistas con placa.

—¡No! —Martí cerró la tapa de la funda del *iPad* con un golpe seco—. ¡Ni se te ocurra! Eso es justo lo que no hay que hacer. Vivimos en el siglo veintiuno, Carles. Si le tocas un pelo a un *mosso*,

nos caerá encima todo el sistema. Ahora mismo solo somos unos empresarios bajo sospecha. Si la tocas, nos buscarán la ruina. No estamos en los noventa.

—Precisamente —susurró Carles, inclinándose más, su sombra cayendo sobre la encimera inmaculada—. En los noventa hicimos lo que hacía falta. Y funcionó. Estamos aquí gracias a eso.

Martí se puso rígido. Miró instintivamente hacia el pasillo, aunque sabía que estaban solos en la casa.

—Cállate. No vuelvas a mencionar eso. Nunca.

—Tú quieres olvidar, hermano. Pero la tierra no olvida. —Carles le sostuvo la mirada, sus ojos brillantes por la adrenalina de la caza—. Tú sabes de márquetin, de sonreír en las ferias de Londres y vender humo. Pero se te ha olvidado quién te mantiene el traje limpio. Yo no. Yo soy el que baja al barro.

—Y por eso yo firmo los cheques —siseó Martí, bajándose del taburete alto para encararle, aunque mantenía una distancia prudencial—. Porque tú eres un animal, Carles. Un animal útil, pero un animal. No hagas nada. ¿Me oyes? Quieto. Yo me encargaré de la sargento Sardà. Tengo abogados, tengo contactos en la administración. La asfixiaremos con burocracia hasta que se canse y se vaya.

Carles soltó una risa breve, sin alegría. Miró el entorno de lujo aséptico con desdén.

—Burocracia... —escupió—. Siempre crees que el mundo se arregla desde una pantalla.

Se dio la vuelta y caminó hacia la salida, sus botas volviendo a chirriar sobre el suelo perfecto.

—Limpia eso —ordenó Martí, señalando el barro.

Carles no se detuvo. Abrió la puerta y el viento de la montaña entró de nuevo.

—Reza para que tus abogados sean más rápidos que mi ballesta, hermanito —dijo antes de cerrar—. Porque la niebla está bajando. Y en la niebla, nadie ve lo que pasa.

Martí se quedó solo. El zumbido de la nevera de vinos volvió a ser el único sonido.

Miró la mancha de barro en el suelo gris impoluto.

Fue a la cocina, arrancó un trozo de papel de cocina del rollo y se agachó y frotó la mancha con fuerza, con rabia, desesperado por borrar la suciedad que su hermano siempre traía a casa, sabiendo que, por mucho que frotara, el olor a tierra nunca se iba del todo.

22

Jueves, 28 de noviembre. 10:23 h.
Vilaplana.

La ventana abierta dejaba entrar aire fresco, con olor a tierra húmeda. Había amanecido hacía rato y la luz de la mañana inundaba la habitación iluminando el polvo que flotaba.

La habitación era la proyección física de su mente: un caos organizado. La pizarra blanca dominaba la pared, un laberinto de rostros conectados por flechas rojas y preguntas sin respuesta.

Preguntas sin respuesta que incluían a todos: Martí Bosch, Carles Bosch, Oriol Sabaté, Jordi Puig. Conexiones rotas, interrogantes suspendidos en el aire.

Tenía dos sospechosos claros, dos líneas de investigación paralelas que avanzaban como vías de tren destinadas a no cruzarse jamás.

Por un lado, Oriol Sabaté. El sospechoso A. Móvil: un resentimiento histórico tan profundo que parecía un estigma. Perfil: un hombre de campo, inteligente, con un conocimiento íntimo del terreno. Pero esa rabia, aunque palpable, no dejaba huellas dactilares. Era una emoción, no una prueba.

Por otro lado, los hermanos Bosch. El sospechoso B. Móvil: proteger un imperio multimillonario construido sobre un fraude. Perfil: Martí, el cerebro manipulador; Carles, el ejecutor silencioso. Tenían el precedente del Caso Rovira que apestaba a encubrimiento. Pero, de nuevo, ninguna prueba directa los conectaba con la muerte de Jordi Puig.

Era una teoría elegante, pero hueca. Casi podía escuchar a su superior diciéndole que eso no era más que una idea, sin nada en lo que apoyarse.

Paula se frotó la cara, mientras cómo un dolor sordo nacía en sus sienes. Necesitaba un puente. Un hecho tangible que uniera a uno de sus sospechosos con el arma homicida.

La aguja. La minúscula marca de punción. La pieza que no era una leyenda ni un recuerdo, sino pura ciencia.

Fue entonces cuando sonó su teléfono. El nombre en la pantalla hizo que su corazón diera un vuelco.

«ELENA FORENSE»

—Dime que tienes buenas noticias —dijo al descolgar, con más ánimo que confianza.

—Depende de lo que consideres buenas noticias —respondió la voz práctica de Elena al otro lado—. Para ti, probablemente lo sean. Para el laboratorio que fabrica esto, es publicidad que no querrían. Tenemos la identificación exacta del compuesto.

Paula se irguió en la silla, cogiendo un bolígrafo con una mano y haciendo un gesto a su portátil con la otra, como si se preparara para una carrera.

—Soy toda oídos.

—La sustancia es un derivado del pentobarbital sódico. El nombre comercial: *Equicalm*. Sedante veterinario de alta potencia. Acción inmediata. Se usa para tumbar caballos o para eutanasia en clínicas. No es algo que encuentres en la farmacia de la esquina, ni siquiera en la de un pueblo. Necesitas una licencia específica de veterinario o de explotación ganadera para comprarlo.

«EQUICALM». Paula anotó el nombre en mayúsculas en su libreta y lo rodeó con un círculo. No era solo una pista. Era el arma.

—Gracias, Elena. Eres la mejor.

—Ya lo sé. Mándame un jamón cuando resuelvas el caso. O mejor, una botella de vino de esas caras.

Paula soltó una risa seca, sin humor. —Hostia, tía… —Colgó.

Se quedó mirando su libreta. La palabra, escrita en mayúsculas, parecía vibrar sobre el papel: «EQUICALM».

Se sentó frente al portátil. Su primer instinto no fue buscar quién lo compraba, sino qué uso real tenía. No quiso una búsqueda genérica, se registró en foros de veterinaria y blogs de ganaderos, quería los comentarios de la gente que lo usaba a diario.

Un veterinario rural de Aragón escribía: *Ojo con el Equicalm, que no perdona. El margen entre dormir a un semental de 20.000 euros para una cura y mandarlo al otro barrio es de un par de mililitros. No hay vuelta atrás*.

En un foro de criadores de ganado bovino, un usuario respondía a una pregunta sobre sedación: *Para eso ni se te ocurra tocar el pentobarbital. Esto no es para novatos. Necesitas saber el peso exacto del animal, su metabolismo... y tener un pulso que no te tiemble ni aunque se te caiga el techo encima. Un error de cálculo y no hay antídoto. Fin de la partida*.

Paula cerró el portátil. La imagen de la diminuta marca de punción en la nuca de Jordi Puig volvió a su mente, pero ahora con una claridad aterradora.

No era solo un asesinato. Era una proeza de control. Una demostración de una sangre fría casi inhumana. Quienquiera que hubiera sujetado esa jeringuilla no era un simple matón. Era un especialista. Un experto con un conocimiento íntimo de la vida y la muerte.

Uso veterinario. Explotación ganadera. Animales grandes. La conexión fue un disparo. Oriol Sabaté.

El pastor. El ganadero. Tenía el móvil y el acceso directo al arma. El caso, de repente, se simplificó de una manera fascinante.

Se levantó y caminó hacia la pizarra. Trazó una línea directa desde el *post-it* «TIERRAS» hasta la foto de Oriol Sabaté. Y otra desde la palabra «EQUICALM» hasta él. Las dos líneas convergían en el mismo hombre.

Móvil: un odio histórico por la herencia robada.

Arma: un sedante veterinario al que tenía acceso directo por su profesión.

Oportunidad: era la tercera persona que estaba con Jordi en el monte.

Todo encajaba. La teoría era sólida. Lógica. Casi perfecta.

Estuvo a punto de coger la chaqueta, de salir disparada hacia Alforja. A punto de abordar a ese pastor para una segunda entrevista, esta vez no como un sondeo, sino como un interrogatorio.

Pero se detuvo. Su entrenamiento la frenó. «Los atajos solo sirven para perderse, Sardà. No dejes ningún cabo suelto.»

No podía centrarse en Sabaté sin descartar formalmente a los Bosch. Era un procedimiento rutinario, una simple casilla que marcar antes de ir a por su presa principal.

Con un suspiro de impaciencia, se sentó de nuevo frente al portátil.

Abrió una nueva línea de investigación, una que no esperaba que la llevara a ninguna parte. Con la autorización de Joan, su jefe, que ya estaba al corriente de los hallazgos del toxicológico, inició una solicitud de información a través del sistema de la Agencia Tributaria y las principales distribuidoras agrícolas y veterinarias de Cataluña. El objetivo: rastrear cualquier compra de *Equicalm*, o fármacos similares, por parte de las empresas vinculadas a la familia Bosch. Era un tiro al aire, pero un tiro necesario.

Mientras esperaba, la certeza sobre Sabaté crecía en su interior. Era él. Tenía que ser él.

Los Bosch eran una distracción, un eco del pasado. Cínicos y manipuladores, sí, pero el asesinato de Jordi no encajaba en su perfil. Demasiado riesgo para el posible beneficio, ningún hombre de negocios lo asumiría. ¿Por qué matar por un problema que se podía ahogar en dinero y abogados?

Sabaté, en cambio... Su crimen sería pasional, una cuestión de sangre y tierra.

La espera fue de apenas unas horas, pero a ella le pareció una eternidad.

La respuesta llegó en forma de un correo electrónico cifrado desde la unidad de delitos económicos. Era una lista de transacciones. Ya había anochecido, aunque eran poco más de las seis de la tarde.

Paula la abrió con desgana, en un acto de pura rutina y procedimiento, solo esperaba encontrar compras de fertilizantes y fitosanitarios. Recorrió las primeras páginas. Abonos, sulfatos, material de embalaje... lo esperado. Y allí, en la tercera página, lo encontró.

Una línea en la tabla, fría e impersonal, que la dejó paralizada.

Proveedor: Distrivet Catalunya, S.A.

Cliente: Bodegas Bosch, S.L.

Concepto: Farmacia Animal. Factura Adjunta.

El pulso de Paula se aceleró. Abrió el archivo adjunto. Una factura oficial, con todos sus sellos y códigos. Y un concepto que no dejaba lugar a dudas.

Producto: Equicalm, vial 500 ml. Cantidad: 400.

Fecha: 12 de septiembre de 2023.

Compraban el producto exacto. En grandes cantidades. Y de forma recurrente, como mostraban las facturas anteriores.

Paula se reclinó en la silla. El caso, que creía resuelto, acababa de estallar. La línea recta que apuntaba a Oriol Sabaté se había bifurcado, creando un camino idéntico que llevaba directo a la puerta de los Bosch.

Volvió a mirar la pizarra. El laberinto. Se levantó y empezó a caminar por la habitación, incapaz de estarse quieta, pasándose una mano por el pelo recogido.

—Mierda… —susurró, hablando con las fotos de la pizarra—. Esto lo complica todo.

Tenía a un ganadero resentido, con un móvil tan antiguo como la tierra y con acceso evidente a sedantes veterinarios. Y tenía a una familia de terratenientes sin escrúpulos, con un historial de encubrimiento, que compraban legalmente la misma sustancia para, supuestamente, la gestión de la fauna silvestre o de los animales de la finca.

¿Quién fue? ¿El pastor que odia a los ricos, actuando solo? ¿O los ricos que eliminan a cualquiera que amenace su imperio a través de su guardián, Carles Bosch? No dudaba ni por un segundo, Martí no era capaz de mancharse las manos.

¿Y si era una simple y terrible coincidencia que ambos tuvieran acceso al veneno?

Por primera vez desde que llegó a La Mussara, Paula no tenía una hipótesis de trabajo sólida. Tenía dos. Y ambas eran igual de lógicas e igual de indemostrables.

Miró su pizarra. Ya no había flechas negras y firmes que dibujaran una conspiración. Cogió un rotulador y trazó dos grandes

interrogantes, uno sobre el rostro de Oriol Sabaté y otro sobre el de los hermanos Bosch. El arma homicida, la palabra *Equicalm*, ahora estaba conectada a ambos.

El misterio, lejos de aclararse, se había vuelto más denso, más opaco.

Y Paula se sentía perdida en el corazón de la niebla, con dos caminos delante y sin saber cuál de ellos llevaba a un asesino, y cuál a un callejón sin salida.

La navaja de Ockham se había roto. La explicación más simple ya no existía; ahora tenía dos. Y elegir la incorrecta podría ser fatal.

23

Jueves, 28 de noviembre. 17:40 h.
Colmado «Cal Peret» y afueras de Vilaplana.

El aire en la calle olía a leña quemada y a frío. Paula se subió el cuello de la chaqueta. Llevaba horas encerrada con los números que no cuadraban y había necesitado salir, aunque fuera para comprar pan y algo de embutido para una cena en la que probablemente no tendría hambre.

Al empujar la puerta del colmado, una campanilla de latón tintineó sobre su cabeza, un sonido alegre que chocó con el nudo de frustración en su estómago.

Dentro, el local era estrecho, abarrotado de estanterías de madera que llegaban hasta el techo. Olía a jabón a granel, a queso curado y a manzanas guardadas en oscuridad.

Había dos mujeres mayores hablando con la dueña en el mostrador. Al ver entrar a Paula, la conversación se cortó en seco. No fue un silencio hostil, como en el bar. Fue un silencio cauto. De repliegue.

—Buenas tardes —dijo Paula.

—Buenas —respondieron al unísono, con esa educación seca de la gente ante los forasteros.

Paula cogió una cesta y recorrió el pasillo. Mientras fingía elegir unas latas de conserva, aguzó el oído. Las mujeres habían bajado la voz a un susurro, pero en un local tan pequeño, el susurro era un grito.

—...dicen que están investigando arriba.

—Pobre don Martí. Con lo que ha hecho por el pueblo. No hay derecho.

Paula se detuvo. Cogió una barra de pan y algo de embutido, y se acercó al mostrador. Las mujeres se apartaron para dejarle paso, mirándola de reojo.

La dueña, una mujer de unos cincuenta años y con las manos enharinadas, le cobró sin mirarla a los ojos.

—Son seis con cincuenta.

Paula sacó la cartera. Mientras la mujer buscaba el cambio, la mirada de Paula se desvió hacia la pared detrás del mostrador.

Allí, ocupando el lugar de honor, colgado justo al lado de la licencia de apertura y de una estampa de la Virgen, había un calendario enorme.

No era el típico calendario de taller mecánico con fotos de paisajes genéricos. Era un calendario corporativo, impreso en papel de alta calidad, con fotografías artísticas en blanco y negro de viñedos y bodegas.

En la parte inferior, en letras doradas y elegantes, se leía:

BODEGAS BOSCH
100 AÑOS CULTIVANDO NUESTRA TIERRA

—Bonito calendario —dijo Paula, señalándolo con la barbilla mientras recogía las vueltas.

La dueña se giró para mirarlo, y su expresión se suavizó. Una mezcla de orgullo y gratitud.

—Nos lo mandan cada Navidad —dijo, y por primera vez su tono no fue defensivo, sino reverencial—. El señor Martí siempre se acuerda. Y no solo del calendario. Cuando se rompió la campana de la iglesia el año pasado, ¿sabe quién puso el dinero para arreglarla?

Las otras dos mujeres asintieron vigorosamente a sus espaldas.

—Exacto —continuó la tendera, encarando a Paula como si desafiara una acusación no formulada—. Dan trabajo a medio pueblo en la vendimia. Compran la avellana a buen precio cuando los de la cooperativa nos aprietan. Son buena gente. Gente de la tierra.

Paula entendió el peso de esas palabras. No era miedo. Era gratitud. Para esta gente, los Bosch no eran sospechosos; eran los

señores que arreglaban la campana de la iglesia y pagaban un buen precio por la avellana. La misma lealtad de la gente de su pueblo con los poderosos. Eran intocables.

Guardó la compra en la bolsa. Comprendió que, si hacía preguntas allí, las respuestas llegarían a oídos de Martí antes de que ella llegara a la esquina.

—Seguro que sí —dijo Paula, forzando una media sonrisa—. Que tengan buena tarde.

Salió a la calle. El aire frío le golpeó la cara, pero la sensación de asfixia no desapareció. Miró hacia la montaña, donde la finca de los Bosch dominaba el valle. El calendario en la pared era una bandera: aquí mandan ellos.

No quiso volver a la casa rural de inmediato. Las cuatro paredes del búnker se le antojaban ahora demasiado estrechas, saturadas por el fracaso de una jornada perdida buscando rastros que no existían. Necesitaba aire. Necesitaba alejarse de esas miradas serviles y de la sensación de que cada ventana del pueblo la observaba.

Siguió caminando, dejando atrás las últimas casas de Vilaplana, hasta que el asfalto murió en un camino de tierra flanqueado por campos de avellanos y el borde del bosque. Caminaba rápido, intentando quemar la frustración con cada paso.

Su teoría era perfecta. Lógica. Hermética. Y completamente indemostrable.

Había salido de la casa rural huyendo del agobio; necesitaba aire, espacio, mover las ideas. Pero las ideas no se movían. Daban vueltas en un bucle que no paraba.

La conexión con el sedante, el móvil compartido por ambos bandos... y no tenía nada. Absolutamente nada. Había pasado el día intentando encontrar un vínculo.

Había revisado los registros de llamadas. No se habían llamado. Al menos, no directamente. Podrían haber usado teléfonos de prepago, intermediarios… las posibilidades eran infinitas y todas imposibles de probar sin una confesión.

El muro de silencio de la gente no ayudaría. Muchos de los hombres de aquellos pueblos trabajaban de una forma u otra para

los Bosch: proveedores, comerciales, intermediarios o simples jornaleros. Mucha gente debía favores a esa familia.

Nadie hablaría. Nadie sabría nada. Nadie habría visto nada.

La luz moría a espaldas de La Mussara. La niebla actuaba como un filtro sucio, tiñendo el aire de violeta y óxido. Las sombras de los avellanos se alargaban sobre el camino, convirtiendo los árboles en siluetas retorcidas que parecían cerrarle el paso.

Paula se sintió enjaulada por la oscura inmensidad de aquel paisaje que la observaba con indiferencia.

Se detuvo. El único sonido era el susurro del viento entre las hojas secas y el latido de su propio pulso en los oídos. Se sentía vulnerable.

Un ruido en la maleza, a pocos metros, la hizo sobresaltarse. Un crujido de hojas, el chasquido de una rama. Se giró bruscamente y bajó la mano con un reflejo hasta la cadera, buscando la pistola. «¡Mierda!», resonó en su cabeza. «Novata». Había bajado la guardia. La había dejado en la casa. Estaba indefensa.

Se sintió desnuda, expuesta a las miradas de los curiosos.

Su corazón dio un vuelco. Se quedó quieta. Probablemente solo era un conejo. Paula sacó el móvil. Necesitaba escuchar una voz cuerda. O quizás, simplemente, necesitaba escuchar su voz.

Él descolgó al tercer tono.

—Sardà. —La voz de Pol sonaba rasposa, pero alerta—. ¿Novedades del perro guardián o solo llamas para decirme que la comida china era excelente?

El tono irónico, tan familiar, fue un bálsamo inesperado.

—Ni en tus mejores sueños, Gutiérrez —replicó ella, intentando sonar firme, aunque sus ojos no dejaban de barrer la oscuridad del bosque—. Tenías razón. Estoy atascada.

Al otro lado de la línea hubo un breve silencio roto por el sonido de un mechero encendiendo un cigarrillo.

—El perro resultó tener dos cabezas, ¿eh? —dijo Pol, expulsando el humo—. Los hermanos Bosch. Lógico. ¿Qué pasa?

Paula dejó escapar un suspiro largo.

—Aquí nadie sabe nada, las pistas no me llevan a ninguna parte. Y la gente de aquí... no habla. Peor aún, los defienden.

—Claro que los defienden. Les pagan las facturas. —Pol respiró un segundo—. Estás buscando en el sitio equivocado, Paula.

—¿Qué quieres decir?

—Hostias, pues que usas una llave de ciudad para abrir una puerta de pueblo. Has crecido en uno, joder, deberías saberlo. Allí la verdad no está en los papeles. Deja de leer informes y lee las piedras. Por eso te digo lo de no perder el foco. Déjate de buscar pruebas en el banco y mánchate las botas de barro. Has estado tan ocupada buscando la prueba perfecta en tu ordenador que quizás has olvidado algo que ya tienes…

La frase resonó en la cabeza de Paula.

—Parece filosofía barata, pero es verdad. Has estado tan ocupada buscando la prueba perfecta en tu ordenador que quizás has olvidado la primera que encontraste. La más sucia. La que no miente.

Un crujido. Cerca. Definido.

Paula se congeló.

—¿Qué pasa? —El tono de Pol cambió al instante. El instinto se activó al otro lado de la línea— ¿Paula? —Había notado el cambio en su respiración.

—Nada… —mintió ella, bajando la voz a un susurro—. Un animal, supongo.

—¿Segura? ¿Estás bien?

—Sí, sí, estoy bien. Tranquilo, hombre.

Pero ni ella se lo creía. El sonido había sido deliberado. Su instinto, ese que había ignorado y que ahora gritaba, le decía que no estaba sola en aquel camino. La sensación de ser observada volvió, más intensa que nunca.

—Suenas tensa—dijo Pol al analizar el tono—. Estás intentando resolverlo como si estuvieras tratando con gente de negocios.

La frase no fue una revelación, sino un golpe. Una crítica a su método que la dejó muda. Porque, en el fondo, sabía que tenía razón. Había abandonado las evidencias físicas en cuanto creyó tener una conspiración humana.

—¿Estás ahí?

—Sí… sí, estoy aquí —respondió, su mente ahora a mil por hora.

El liquen. *La Muestra Anómala 01*. La pequeña piedra en el zapato de la víctima. El único testigo que no mentía. La había enviado al laboratorio y, absorbida por las teorías de conspiración, casi la había olvidado. Había estado buscando una conexión humana, y había ignorado la prueba más pura, la que le había dado la propia tierra.

«Lee las piedras», «mánchate las botas de barro», había dicho Pol.

La frase, unida a la sensación de amenaza que emanaba del bosque oscuro, le provocó un cambio de perspectiva. Se dio cuenta de que había estado luchando contra el caso en un solo frente, el de la lógica procedimental, el que ella dominaba. Pero este caso tenía otra dimensión. Una dimensión más terrenal.

—Pol… tengo que dejarte.

—¿Qué haces? ¿Dónde estás? ¿Estás armada?

—Me dejé la pistola en la casa rural. —Lo admitió con vergüenza.

—Joder, Paula. —El sonido de una silla arrastrándose al otro lado. Pol se había levantado—. Sal de ahí. Ahora mismo. Ese sitio tiene mala fama por algo, y no siempre son fantasmas.

—Tranquilo, estoy llegando. Tendré cuidado.

—No. Ten muchísimo cuidado. Y llámame en cuanto cierres el pestillo de la puerta. ¿Me oyes? No me hagas ir hasta allí a buscarte.

—Te aviso. Gracias, Pol.

—Cuelga y corre. Y cuando esto acabe, cenamos. Yo invito.

Colgó.

La oscuridad era total ahora. Se alumbraba con una pequeña linterna.

Las luces de Vilaplana, a su espalda, parecían un puerto seguro en una noche de tormenta. Se dio la vuelta y emprendió el camino de regreso, con un propósito renovado. Su frustración se había transformado en una nueva claridad.

En cuanto llegara a su búnker, llamaría a Elena. Necesitaba los resultados del análisis del liquen. Necesitaba volver al principio.

Mientras caminaba hacia la luz, una sombra se separó de la corteza de un árbol. La había estado observando, calibrando la distancia.

Paula acababa de encontrar el camino correcto. Y al hacerlo, se había convertido en un blanco.

24

Jueves, 28 de noviembre. 20:47 h.
Casa rural.

La llamada con Pol no había sido un consuelo. Había sido una mecha.

Mientras caminaba de vuelta a la casa rural, a su improvisado búnker, con la seguridad de haber sido observada aún pegada a la piel, las palabras de Pol todavía resonaban en su cabeza: «Has olvidado la primera que encontraste». El liquen. La *Muestra Anómala 01*.

La frustración se transformó en impaciencia. No podía esperar al informe de Elena. Esperar a tener una orden judicial era una quimera. Un juez, con las pruebas que tenía, se reiría en su cara antes de negarse a firmar.

El cazador que la había acechado en el bosque no iba a esperar. Y ella tampoco.

Llegó hasta la casa y después de girar la llave con nerviosismo entró. Casi corriendo llegó a la mesita de noche de la habitación y empuñó la pistola que tenía guardada en el cajón. Al hacerlo el corazón se le apaciguó. Ahora estaba lista.

Volvió sobre sus pasos y desplegó uno de los mapas de Jordi sobre la mesa del comedor. Los dedos, que aún temblaban, trazaron las líneas hasta encontrar de nuevo el pequeño rectángulo marcado con una cruz. El «H.V.». El «*Hort Tancat*». La X en el mapa del tesoro.

Miró la hora. Apenas eran las nueve. Sabía que era una locura. Una imprudencia. La sensación de vulnerabilidad que había experimentado en el camino se había convertido en furia. No volvería a sentirse así y tomó la decisión en un instante, no con la

cabeza, sino con las tripas. No iba a esperar a mañana. No iba a esperar a los refuerzos. Iba a ver ese muro. Ahora. Sola.

El trayecto en coche fue corto, apenas dos minutos por un camino que serpenteaba entre campos de avellanos y vides. Los faros del coche eran la única luz. Apoyó una mano en la culata del arma, que había dejado en el asiento del copiloto.

«Joder, Paula. Que sea la última vez».

Dejó el coche oculto en un camino secundario a más de un kilómetro de distancia. Ahora se movía agachada, aprovechando la cobertura de una vieja pared de piedra seca que separaba los campos de avellanos de la propiedad de los Bosch.

El silencio era casi absoluto, roto solo por el susurro del viento y el sonido de su respiración, que le resultaba ensordecedora. Notaba cada crujido de una hoja seca bajo su bota como una amenaza.

Su objetivo era llegar a un pequeño promontorio desde donde, según sus cálculos, podría observar la vaguada con sus prismáticos sin ser vista. Se orientaba utilizando el GPS de su móvil.

Se sentía como una ladrona, no como una sargento de los *mossos*. Y una parte de ella, la que siempre seguía el procedimiento, le gritaba que aquello era una locura.

Pero la otra, la que había sentido la presencia de alguien en la oscuridad de La Mussara, la que aún oía el aliento del cazador en la nuca, la que había visto el cinismo en los ojos de Martí Bosch, sabía que las respuestas quizás no estaban en un despacho, o en su improvisado cuartel.

Estaban aquí: en la tierra.

Llegó al final de la pared de piedra. Delante de ella, unos treinta metros de campo abierto la separaban del siguiente bosquecillo. Analizó el terreno. No había cobertura. Tendría que correr.

Inspiró hondo, se preparó para el sprint y, justo cuando iba a lanzarse, algo la detuvo. No fue un sonido. Fue un cambio en el aire, una densidad repentina que le erizó la piel. El instinto puro de la presa que sabe que está siendo observada.

Levantó la vista hacia la cima lejana de La Mussara. Vio cómo una densa lengua de niebla se descolgaba de la montaña, y se deslizaba

ladera abajo con una velocidad antinatural. No era un banco de niebla normal; se movía como un depredador acechando el valle.

Paula lo atribuyó al extraño microclima de la zona, una excentricidad meteorológica, pero no pudo evitar que los hombros se le tensasen. Era como si el propio lugar la estuviera señalando.

Se quedó petrificada, agachada tras la última piedra, y escaneó la linde del bosque frente a ella. Sin saber qué buscar: un movimiento, un reflejo, el cañón de un rifle. Todas las opciones cruzaron su frente en un carrusel frenético de imágenes.

No vio nada. Solo los troncos de los árboles y las sombras que se alargaban.

«Estás paranoica, Sardà», se dijo. «Demasiado café y pocas horas de sueño».

Pero la sensación no se iba. La piel de su nuca seguía erizada. Era la misma sensación que tuvo en la noche anterior, cuando paseaba hablando por teléfono.

La certeza absoluta de ser observada. De estar en la mira de alguien.

Decidió cambiar de plan. En lugar de cruzar el campo abierto, seguiría la pared de piedra hacia el norte, donde se unía con el bosque. Sería un rodeo más largo, pero mucho más seguro. Avanzaba centímetro a centímetro, pegada a las piedras, un paso tras otro. Barría con la mirada constantemente la línea de árboles. Sentía el sudor frío que le bajaba por la espalda, a pesar del aire frío que se había apoderado ya de la noche.

Diez metros la separaban del bosque. Casi lo había logrado.

Lo oyó.

No fue un disparo. No fue un grito.

Fue un silbido. Un desgarro agudo en el aire seguido de un golpe seco. Un impacto violento.

El instinto la lanzó al suelo; rodó y se aplastó contra la pared de piedra, su corazón se le desbocó; un tambor golpeando contra las costillas.

Se quedó inmóvil, pegada a la tierra fría y húmeda mientras contenía la respiración. Escuchó, pero solo encontró silencio. Nada más que el viento y su propio pulso que le rugía en los oídos.

Asomó la cabeza por encima del muro. Con una lentitud infinita. Centímetro a centímetro.

Su mirada buscó la fuente del sonido. Y entonces la vio.

Clavada en el tronco de un olivo solitario, en el punto exacto donde su pecho habría estado un segundo antes, vibraba una flecha.

Una saeta de ballesta.

La punta de acero se había hundido un par de centímetros en la madera vieja. La cola aún vibraba, señalándola como un dedo acusador.

No era un tiro de advertencia. Era una declaración. Un ejercicio de puntería y de poder.

Un tiro de advertencia habría pasado por encima de su cabeza, se habría perdido en el campo. Esto era diferente. Esto era un mensaje preciso, calculado. La flecha se había clavado a la altura de su pecho. Había sido un disparo deliberado, no para matarla, sino para demostrarle que podían haberlo hecho.

En cualquier momento.

«Te veo. Estás viva porque yo he querido».

Se dejó caer tras la pared, temblando. La frialdad de la ejecución era aterradora. El cazador no era un impulsivo. Era una persona paciente que la había dejado acercarse, que la había estudiado, que había elegido el momento y el lugar exacto para enviar su mensaje. No era la primera vez que lo hacía.

Todo necesita aprendizaje, incluso matar.

La amenaza ya no era una hipótesis en una pizarra. Era real, sólida, y acababa de pasar silbando a un palmo de su corazón. Ya no era un expediente policial.

Era personal. Y letal.

Agachada tras la pared, con el olor a tierra mojada que le llenaba la nariz, Paula supo que acababa de cometer el mayor error de su carrera: había subestimado a su enemigo. Y supo, con una certeza absoluta, que si quería salir viva de aquel lugar, no podía permitirse cometer ni un solo error más.

Su mente, después del shock inicial, ya trabajaba a toda velocidad.

La pregunta ya no era solo «¿quién coño tiene una puta ballesta?» Era más profunda.

El ataque no había sido un arrebato impulsivo. Había sido una demostración de control. El cazador no la había matado porque no había querido. La había estudiado, la había dejado acercarse y le había enviado un mensaje inequívoco: Sé que estás aquí.

Entendió entonces que la partida había cambiado. El cazador no solo la había marcado. La estaba esperando. Sabía que ella volvería a por el secreto, y él le estaba tendiendo una trampa.

El pulso se le aceleró, pero ya no era de miedo. Era de rabia. La presa acababa de decidir que iba a devolver el mordisco.

25

Jueves, 28 de noviembre. 22:55 h.
Vilaplana.

La adrenalina le mantenía el pulso, pero notaba la vibración bajo la piel. Sudaba, a pesar del frío.

Paula irrumpió en la casa y cerró de un portazo. El restallido del cerrojo sonó demasiado fuerte en la quietud de la noche.

Se apoyó contra la madera, con la respiración agitada, y cerró los ojos un instante. La imagen de la saeta de ballesta, negra y metálica, vibrando en el tronco del olivo, estaba grabada a fuego en su retina.

Pero la imagen no era solo un fotograma. Era un sonido. El silbido agudo, cortante, que había desgarrado el aire un palmo por encima de su corazón. Podía oírlo todavía, un eco en sus oídos. Las piernas le empezaron a temblar, no por el esfuerzo, sino por la reacción retardada del miedo. Un miedo puro, animal, que su entrenamiento apenas lograba contener.

Caminó a trompicones hasta el pequeño baño, abrió el grifo y se lanzó agua fría en la cara, una y otra vez, para apagar el fuego que le quemaba por dentro. Se miró en el pequeño espejo colgado sobre el lavamanos. La mujer que le devolvía la mirada tenía las pupilas dilatadas, la piel pálida y un arañazo en la mejilla que ni siquiera había notado. No era Paula, no era la sargento Sardà. Veía una presa que acababa de escapar por los pelos.

Volvió al salón y, con un gesto casi compulsivo, comprobó el cerrojo de la puerta principal. Luego fue a la ventana y corrió las gruesas cortinas, bloqueando la oscuridad del exterior. Pero el enemigo no estaba fuera. Estaba dentro, en su cabeza, susurrándole lo cerca que había estado. El disparo no había sido un accidente.

Había sido una sentencia pospuesta. «Te hemos visto. Te hemos perdonado la vida. De momento».

Se dejó caer en el sofá, abrazándose a sí misma, intentando detener los temblores. Se sentía sola, aislada en aquel territorio hostil, a kilómetros de su equipo, de su mundo, de la lógica predecible de un crimen urbano. Aquí las reglas eran otras. Más viejas. Más simples.

No quería hablar. No quería que nadie oyera el temblor en su voz. Abrió la aplicación de mensajería y buscó su nombre. Tuvo que hacer varios intentos para escribir, sus pulgares se negaban a hacerle caso.

Su primer mensaje fue directo: «Me acaban de disparar».

La respuesta de Pol fue casi instantánea. «¿Qué? ¿Estás herida?».

«Joder, con una ballesta. Ha fallado», tecleó ella.

Los tres puntos de «Escribiendo...» aparecieron y desaparecieron varias veces. Paula imaginó la maldición al otro lado.

«Estás de coña. ¿Una ballesta?», llegó el mensaje.

«Ojalá. Se ha clavado en un árbol a un palmo de mi pecho».

La respuesta de Pol fue una mezcla de alarma y orden: «Joder, Paula. Sal de ahí».

«Tranquilo, tendré cuidado», escribió ella, aunque sabía que era una mentira.

Y casi de inmediato: «Entonces ten muchísimo cuidado. ¡Avisa a tu jefe! ¡Ya!». Un último mensaje cerró la conversación: «Y vete contándome. No te la juegues».

La conversación había sido breve, pero sintió como el nerviosismo se había marchado, desmenuzado con cada palabra enviada.

Por un instante, la duda la asaltó. ¿Valía la pena? ¿Arriesgar la vida por un trozo de tierra y los fantasmas de una familia? La idea de coger el coche y largarse de allí, de volver a la seguridad anónima de Tarragona, fue una tentación dulce y poderosa. Pero entonces, la rabia empezó a subir, desplazando al miedo. Una rabia útil. No solo la habían amenazado. La habían subestimado. Habían pensado que una flecha bastaría para asustar a la chica.

Se levantó. El temblor había cesado. Su rostro en el espejo, ahora, era otro. La presa había desaparecido. En su lugar, estaba de

nuevo la cazadora. Y acababan de darle una razón personal para terminar la caza. A cualquier precio.

El miedo es un catalizador.

Transforma la burocracia en urgencia, las negativas en permisos y la precaución en acción. El ataque no solo había sido una amenaza, había sido un error táctico garrafal por parte de su enemigo. Acababan de darle la justificación que necesitaba para derribar la puerta de su investigación a patadas.

Su primer movimiento fue coger el móvil de servicio, un terminal encriptado, y marcar el número de su superior. La llamada entró al segundo tono.

—Joan, soy Paula. Perdona las horas que son —Intentó controlar la voz, pero se adivinaba un filo de acero que no estaba allí por la mañana.

—Sardà. ¿Novedades? —La voz de Joan Vall era la de siempre, tranquila, sopesada, pero de fondo Paula oyó a su mujer protestar por la llamada a esas horas.

—Sí. Novedades. Acaban de intentar matarme.

Hubo un silencio al otro lado de la línea. Duró exactamente tres segundos. Se perdieron formalismos y reproches.

—¿Qué? —La voz de Vall perdió la calma al instante—. ¿Dónde estás? ¿Estás bien?

—Estoy bien. En la base, bueno en la casa rural, ya me entiendes. Ha sido una advertencia. Un disparo de ballesta que se ha clavado a un palmo de mi pecho. Estaba haciendo un reconocimiento no autorizado en el perímetro de la finca de los Bosch.

—¿¡En qué cojones estabas pensando, Paula!? —gritó Vall. Su voz no era de ira, sino de pura y simple alarma—. ¿Sola? ¿Sin apoyo?

—Lo sé, Joan. Y asumiré la responsabilidad. Pero he encontrado algo, o mejor dicho, algo me ha encontrado a mí. Este ataque lo cambia todo. Recuerda que la ACIP está oficialmente al cargo de esto, necesitamos agilidad. Necesito la intervención de los teléfonos de Martí Bosch, Carles Bosch y Oriol Sabaté. Y la necesito para ayer. Prepara la solicitud para el juez de guardia, yo te dicto los fundamentos de derecho.

Vall paró un momento y su tono pasó de la preocupación personal a la seriedad del mando. Comprendió que la situación había cruzado un umbral.

—De acuerdo. Te escucho. Dame los motivos. Justifícalo.

Paula tomó aire, su mente ordenó los hechos con claridad. Recitó de memoria, como si estuviera leyendo un informe, demostrando que ya había estructurado el caso mentalmente.

—Bien. Tengo a los Bosch conectados con la desaparición de Rovira en el 92. Me han ocultado su parentesco con Puig. Y tienen acceso documentado al *Equicalm*. ¡Necesito saber si están hablando entre ellos o con un tercero! Y el motivo es evidente, necesitan proteger su patrimonio ante la reclamación legal que preparaba Puig.

—Sólido —admitió Vall. Su voz era ahora la de un estratega evaluando el campo de batalla—. ¿Y para Sabaté?

—Para Oriol Sabaté: móvil directo y potente como coheredero de las tierras en disputa, expresado a través de un resentimiento manifiesto. Acceso y conocimiento presumible de sedantes veterinarios por su profesión de ganadero, lo que lo conecta directamente con el arma homicida. Y ser el candidato más plausible para ser la tercera persona no identificada que estaba con la víctima en el momento de su desaparición, según se desprende del último mensaje.

Paula hizo una pausa, rematando el argumento.

—El ataque con ballesta, un arma de caza especializada, hace imprescindible monitorizar la comunicación entre ambas partes. Necesitamos determinar si existe una conspiración, coautoría, o si uno de los dos grupos está actuando para incriminar al otro. La amenaza directa a un agente justifica la urgencia.

Vall se quedó en silencio otro instante, procesando la red de sospechas.

—Recibido. Con eso, el juez no podrá decir que no. Una ballesta... Comprendido. No te muevas de ahí. Me encargo personalmente. Recibirás la notificación en cuanto la orden esté firmada. Y Paula...

—¿Sí?

—Ten cuidado. Quienquiera que sea, sabe que estás ahí. Y ya no está jugando.

Colgó. La maquinaria se había puesto en marcha. Casi podía ver a Joan haciendo llamadas a sus superiores y a los especialistas, despertando al juez de guardia.

Mientras esperaba, Paula no se quedó quieta. El ataque le había dejado una pregunta que le quemaba en la frente, una pregunta que exigía una respuesta inmediata: «¿Quién coño tiene una puta ballesta?»

Se sentó frente a su portátil y los dedos volaron sobre el teclado. Sabía que la tenencia de ballestas en España, aunque no requería una licencia de armas de fuego convencional, dejaba un rastro administrativo.

Accedió a las bases de datos compartidas con la Guardia Civil, el cuerpo encargado de la Intervención de Armas y Explosivos. Inició una búsqueda cruzando los registros de armas de 7ª categoría con los padrones de los municipios de la comarca.

Era un trabajo tedioso, una marea de datos sobre carabinas de aire comprimido, armas de fogueo y arcos. Ruido. Demasiado ruido, demasiada urgencia.

Decidió cambiar de táctica. La vía rápida. La de los expertos.

Accedió a los registros de la *Federació Catalana de Tir amb Arc*, buscando en la modalidad de ballesta de campo. Acotó por clubes de la provincia de Tarragona. La lista era corta, apenas una docena de nombres. La mayoría eran de la capital, aficionados al tiro de precisión en galería. Pero dos nombres, dos putos nombres de su pizarra, saltaron de la pantalla.

Federado: Carles Bosch i Giral. *Club: Club de Tir Montsant*. Licencia Federativa: Vigente.

Federado: Oriol Sabaté Ferré. Club: *Club de Tir amb Ballesta del Camp*. Licencia Federativa: Vigente.

Paula se reclinó en la silla, con la espalda tensa contra el respaldo. Mierda. No aclaraba nada.

Lo complicaba todo a un nivel exponencial.

Sus dos sospechosos no solo tenían el veneno. Ambos eran tiradores federados con el arma que acababa de rozarle la cabeza.

Se había entrenado durante años para encontrar patrones en el caos y su cerebro se puso a trabajar a toda velocidad.

Descartó la coincidencia. En un caso como este, las casualidades no existían. Se levantó y caminó hacia la pizarra, con el rotulador en la mano. Dispuesta a rehacer el boceto de la historia.

«De acuerdo, Sardà, piensa», se dijo en voz alta. «Dos tiradores expertos. ¿Quién ha sido?»

La primera opción era la más directa. Carles Bosch. El guardián.

El ejecutor que había visto en la nota del Sargento Vélez. El hombre que, según su hermano, pasaba más tiempo en el monte que en casa. Encajaba.

Pero, ¿por qué?

Si los Bosch querían eliminarla, ¿usarían a su propio hombre, con un arma tan específica y rastreable hasta él, sobre todo después de que ella hubiera empezado a husmear en el caso Rovira, donde él ya había sido el sospechoso sin coartada? Sería de una estupidez mayúscula.

Lo señalaría inmediatamente.

Martí Bosch era muchas cosas, pero no era estúpido. Era un estratega. Un jodido estratega.

¿Quién? ¿Oriol Sabaté? El pastor resentido. El hombre consumido por el odio.

Tenía el móvil de la herencia y el arma del ataque. Podría haber actuado solo, para asustarla y que dejara de remover el pasado, un pasado que él quería reclamar para sí mismo. Era posible. Pero, ¿era probable?

Fue en ese momento cuando una tercera vía, una hipótesis que unía todas las piezas de una forma terrible y coherente, se abrió paso en su mente.

«¿Y si no son opciones excluyentes?», susurró a la pizarra. «¿Y si son cómplices?»

Los Bosch, aterrorizados porque ella estaba a punto de descubrir el secreto de su imperio, necesitan eliminarla. Pero no pueden usar a Carles; el riesgo es demasiado alto. Así que recurren a la estrategia de los poderosos: la subcontratación.

Necesitan un cortafuegos. Un culpable perfecto. ¿Y quién mejor que el hombre que más los odia? Le pagan a Oriol Sabaté, le prometen tierras, y le encargan el trabajo sucio.

Justo cuando estaba dando forma a esta teoría, una notificación apareció en su portátil. Las escuchas ya estaban autorizadas, había sido rapidísimo. Dio las gracias a Joan.

Unos segundos después el sistema de escuchas estaba activo. Un técnico de la unidad de medios técnicos le había instalado el acceso remoto. Estaba activo, alguien estaba al teléfono.

Paula se puso los auriculares, lista para sumergirse en absurdas conversaciones triviales.

La mujer de Martí hablando de una receta.

Oriol discutiendo sobre el precio del queso de cabra.

Ruido blanco. Su frustración crecía. Quizás se equivocaba.

Quizás la conspiración sólo existía en su cabeza.

Y entonces, ocurrió.

El sistema emitió un leve pitido. Una alerta en la pantalla. Una llamada se estaba estableciendo entre dos de los números clave.

«MARTÍ BOSCH llamando a CARLES BOSCH».

Paula se irguió en la silla, subiendo el volumen de los auriculares hasta que pudo oír el leve crepitar de la estática. Contuvo la respiración.

La voz de Martí fue la primera que escuchó.

No era la voz serena y cultivada del hombre que la había recibido en su bodega.

Era un siseo bajo, tenso, cargado de una ira y un pánico que apenas lograba contener.

—¿Se puede saber qué coño has hecho?

La voz de Carles, al otro lado, era grave, a la defensiva. Un gruñido.

—Yo no he hecho nada.

—¡A mí no me tratas como si fuera idiota! ¡A mí no! —La voz de Martí subió un decibelio, perdiendo el control por un instante—. ¡Una ballesta! ¿En qué cojones estabas pensando?

Paula cerró los ojos, concentrándose, absorbiendo cada matiz. La conversación era una confesión. Podía sentirlo.

—No sé de qué me hablas —insistió Carles, sonaba hosco, terco.

Hubo un silencio tenso. Paula podía casi visualizar la escena. El tono de las voces era claro. Martí en su despacho de lujo; Carles, en su masía, apretando la mandíbula, acorralado.

Pero Martí aún no había terminado. Pronunció la frase que lo unió todo. Su voz era un susurro roto por el pánico.

—¡Nos van a joder, Carles! ¡Nos van a joder a todos! ¡Esa policía no es tonta! ¡Y ahora, por tu culpa, por tu maldita impaciencia! ¡A todos! Escúchame bien: se acabó. Que no quede nada que puedan conectar con nosotros. Hazlo desaparecer. Ya.

—Mañana habrá niebla. Nadie verá nada.

—Más te vale.

La llamada se cortó abruptamente; Carles había colgado.

Paula lanzó los auriculares contra la mesa. El silencio de la habitación la envolvió, pero en su mente, la frase seguía resonando, una y otra vez, dentro de su cabeza. «…nos van a joder a todos…»

Se levantó y caminó hacia la pizarra con el gesto serio, sin mostrar alivio, pero con el triunfo frío de la confirmación. Para ella, la conversación era cristalina.

La conversación era una confesión a gritos. Carles, el perro guardián, había actuado por su cuenta o había gestionado mal al pastor. Y Martí, el estratega, estaba aterrorizado, no por el ataque, sino por su torpeza.

Había señalado directamente al único otro cazador con ballesta conocido en la zona: Oriol Sabaté. Y Martí, el estratega, estaba aterrorizado. No porque desaprobara el ataque, sino por su torpeza. Sabía que ahora Paula centraría todos sus recursos en el pastor. Y si el pastor caía, si lo interrogaban con la presión adecuada, acabaría confesando. Acabaría delatándolos.

«Nos van a joder a todos». La frase de Martí no era el miedo a la policía. Era el pánico a que su sicario, el eslabón más débil de la cadena, hablara y los arrastrara a todos con él.

Paula cogió un rotulador rojo y dibujó una línea gruesa, un puente de sangre y miedo que conectaba la foto de Martí Bosch con la de

Oriol Sabaté.

Ya no era una hipótesis. Para ella, era un hecho. La conversación interceptada era la prueba irrefutable del vínculo que había estado buscando.

Su misión había cambiado de forma irreversible. Ya no estaba perdida en la niebla de La Mussara, buscando a un asesino solitario. Ahora se enfrentaba a una conspiración organizada. Y para cortarle la cabeza a la serpiente, primero tenía que aplastar a su peón.

***

Justo en ese instante, el pitido de un nuevo correo electrónico sonó en su portátil. El remitente era Elena. El asunto: «Resultados *Muestra Anómala 01*».

Era el informe del liquen. Con la sensación de estar cerrando un fleco menor, lo abrió. La conclusión principal era la que esperaba: el liquen no era del barranco, confirmando que Jordi había estado en otro lugar. Continuó leyendo y una línea en el análisis químico le llamó la atención.

Sustrato: Mortero de cal antiguo. Trazas de silicatos de aluminio. Consistente con construcción de alta resistencia, siglo XVIII o anterior.

Paula frunció el ceño. Mortero antiguo. La imagen de las ruinas de la iglesia de La Mussara acudió a su mente.

Claro, pensó, la lógica de su nueva teoría encajándolo todo a la fuerza. Es el lugar de reunión. El punto de entrega. Bosch citó a Sabaté en las ruinas para encargarle el trabajo, lejos de miradas indiscretas. Jordi debió verlos allí. Por eso el liquen estaba en su bota.

La pista, en lugar de abrir un nuevo camino, parecía confirmar el que acababa de trazar. Era la pieza que explicaba cómo el mundo de Jordi se había cruzado con el de sus asesinos. Satisfecha, archivó el informe.

No tenía tiempo para las piedras y viejos muros, en ese momento. Lo importante era la conspiración. El vínculo Bosch-Sabaté. El dinero.

Cerró el informe y se centró de nuevo en la pizarra. La teoría era demasiado sólida para dejar que un detalle geológico la distrajera. Tenía trabajo que hacer.

26

Jueves, 28 de noviembre. 23:55 h.
Vilaplana.

La grabación se detuvo.

La certeza es una droga. Y ella acababa de meterse la dosis más dura.

El caos había tomado forma. Ya no era una masa de niebla que difuminaba los hechos. Estaba convencida. El enemigo, por fin, tenía un rostro. O, mejor dicho, tres.

Se acercó a la pizarra blanca que presidía la pared, el epicentro de su obsesión. Las fotos en blanco y negro de Martí, Carles y Oriol la miraban desde el panel, hasta ahora conectadas por líneas de puntos e interrogantes. Cogió de nuevo el rotulador rojo. El chirrido del capuchón al abrirse fue el único sonido en la habitación.

Contempló el tablero por un instante. Ya no veía piezas sueltas. Veía una jerarquía. Una estructura criminal tan lógica que se maldecía por no haberla visto antes.

—El origen. —Golpeó la foto de Martí con la punta del rotulador—. El negocio. El prestigio. Jordi Puig encuentra la prueba del robo de tierras y amenaza con hundir el imperio. No podían permitirlo.

Trazó una línea roja, gruesa y violenta, desde Martí hacia la víctima sonriente. Escribió en mayúsculas: «AMENAZA».

—El arma y la oportunidad. —Su mirada saltó a la foto de Carles —. Tienen el *Equicalm*. Tienen el acceso. Carles, el hombre que conoce el monte, seda a Jordi y lo despeña por el barranco. Parece un accidente. Un trabajo limpio. El mismo modus operandi que usaron con Rovira treinta años atrás.

Conectó a Carles con Jordi. Debajo escribió: «EJECUTOR 1».

—Pero entonces llego yo —dijo, tocando el *post-it* con su propio nombre—. La piedra en su zapato. No me trago el accidente. Hago preguntas. Desentierro el pasado. Me convierto en un problema real.

Dibujó un interrogante grande y negro entre su nombre y los hermanos Bosch.

El teléfono zumbó sobre la mesa y rompió el trance. Pol. Paula dudó un segundo, con el rotulador suspendido en el aire. Descolgó por inercia.

—¿Qué pasa? —Sonó brusca, impaciente.

—¿Has hablado con Vall? —La voz de Pol sonaba tensa, sin saludos ni preámbulos.

—Sí. Ya está hecho. Las escuchas están activas y el juez avisado.

—¿Y tú? —insistió él—. ¿Has cerrado la puerta? ¿Estás segura?

—Estoy en la casa, Pol. Está todo cerrado. Estoy trabajando. De verdad, sé cómo cuidarme.

—Paula, te han disparado hace una hora. Deberías estar en urgencias o en la comisaría, no jugando a los detectives sola en una casa de campo.

—No estoy jugando. Estoy a punto de cerrarlo. —Paula miró la pizarra, con los ojos fijos en la foto de Oriol Sabaté—. Lo tengo delante de las narices, Pol. Todo encaja.

—¿Qué encaja?

—La estructura. Por qué usaron una ballesta hoy y no un accidente como las otras veces.

—Paula, descansa. Mañana lo verás más claro.

—No. Mañana se habrán cubierto. Tengo que terminar esto. Te llamo luego.

—¡Paula, espera…!

Colgó. No podía detenerse ahora. Su mente volvió a la pizarra, a la única pieza que no encajaba del todo. La ballesta. «¿Por qué una ballesta?»

Volvió a la pizarra. La adrenalina le despejaba la mente.

—El cambio de estrategia —susurró, retomando el hilo—. Martí sabe que no puede volver a usar a su hermano. Carles es impulsivo, ya fue sospechoso en el 92. Si Carles me ataca y falla, los Bosch caen. Demasiado riesgo para un hombre de negocios.

Paula empezó a caminar de un lado a otro, la energía acumulada buscando salida.

—Necesita un cortafuegos. Alguien desechable.

La línea roja más importante nació de la foto de Martí, cruzó toda la pizarra y se detuvo sobre el rostro hosco de Oriol Sabaté.

—El sicario perfecto —sentenció—. El pastor resentido. El enemigo histórico. ¿Quién va a sospechar de una conspiración si atrapamos al hombre que más los odia? Le pagan, le prometen tierras, y él hace el trabajo sucio con su ballesta.

Dibujó un círculo rojo alrededor de la cara de Oriol. Añadió una pequeña ballesta esquemática al lado.

El móvil volvió a vibrar sobre la mesa, un zumbido insistente que arañaba el silencio de la habitación.

Paula miró la pantalla. Pol. Otra vez.

El teléfono vibraba y se desplazaba milímetros sobre la madera, exigiendo atención. Sabía lo que le iba a decirle si descolgaba. Que estaba paranoica. Que la adrenalina la estaba haciendo ver fantasmas. Que parara.

Pero parar era un lujo que no podía permitirse. No cuando la verdad estaba tan cerca que casi podía tocarla con los dedos manchados de tinta roja. En ese momento, la razón era un estorbo. Necesitaba instinto.

Silenció la llamada con un golpe seco del dedo índice, sin siquiera desbloquear la pantalla.

—Ahora no —murmuró para sí misma—. Ahora no.

Apenas un segundo después, la pantalla se iluminó de nuevo. Un mensaje. Corto, directo, resignado.

«Vale. Entendido. No me lo cojas si no quieres. Pero cierra el pestillo y no hagas ninguna estupidez. Si necesitas ayuda, estoy a veinte minutos. No me dejes así».

Una aguja se clavó en el pecho de Paula al leerlo. Pol empezaba a conocerla demasiado bien.

Dejó el móvil boca abajo. No contestó. Volvió a la pizarra, dándole la espalda al mundo real.

—Y la confirmación. —Se giró hacia el equipo de grabación, donde la luz verde parpadeaba—. El ataque de esta tarde. Carles gestiona

mal al pastor. El aviso es una chapuza, demasiado obvio, y Martí entra en pánico.

Recordó el tono de voz de la grabación. «¡Nos van a joder a todos!».

—No tiene miedo a la policía —concluyó Paula, golpeando la mesa con la palma de la mano—. Tiene miedo a que su sicario hable. Teme que el eslabón más débil de la cadena se rompa y los arrastre a ellos.

Dio un paso atrás y contempló su obra. El esquema estaba completo. Martí el cerebro, Carles el enlace, Oriol el arma.

Era casi perfecto. Casi.

Una pequeña alarma sonó en su cabeza. ¿Por qué contratar a tu peor enemigo? ¿A un hombre consumido por el odio? Era un riesgo enorme, una variable incontrolable. Paula apartó la duda con un gesto de impaciencia. Arrogancia, se dijo. La arrogancia de los que se creen intocables.

Paula apartó la duda con un gesto de impaciencia. La arrogancia, se dijo, a menudo desprecia el riesgo. Y el pánico que había oído en la voz de Martí lo justificaba todo. La llamada era la prueba. No había otra explicación.

Su misión había cambiado de forma irreversible. Ya no estaba perdida en la niebla de La Mussara, buscando a un asesino solitario. Se enfrentaba a una conspiración organizada. Para llegar a la cabeza, primero tenía que aplastar al peón. Ya lo tenía.

Se sentó de nuevo frente a su portátil. Estaba agotada, pero la euforia la mantenía despierta. Una energía peligrosa.

Cogió el teléfono y marcó el número de Joan Vall. Esperó, mirando el organigrama de la muerte que había dibujado en la pizarra.

—Joan, lo tengo —dijo cuando su superior descolgó. Estaba tranquila, firme—. Es la única teoría que lo explica todo. Los Bosch, aterrorizados, necesitaban un chivo expiatorio y contrataron al pastor. La llamada lo confirma. Ahora solo necesito la prueba definitiva: el rastro del dinero. Dame veinticuatro horas para encontrarlo. Necesito recursos. Necesito una unidad de delitos

económicos. Voy a probar la conexión financiera. Cuando la tenga, caerán.

ACTO III. DE LA VERDAD ESCONDIDA.

27

Viernes, 29 de noviembre.
Vilaplana.

La certeza es peligrosa. Durante toda la mañana, Paula operó con la urgencia de quien tiene a la verdad acorralada. Su teoría era un edificio impecable; solo faltaba el cemento que unía los ladrillos.

El día empezó con una llamada a la Unidad de Delitos Económicos en Sabadell, pidiendo el rastreo de las cuentas. Inmediatamente después, envió a sus dos agentes a peinar la zona, pero esta vez, no con preguntas abiertas, sino con una misión específica: encontrar un testigo que pudiera relacionar a Carles Bosch y a Oriol Sabaté juntos.

Se encerró en su búnker, revisando grabaciones, esperando. El primer teléfono en sonar fue el de sus agentes de campo, apenas dos horas después. La voz de uno de ellos estaba cargada de una excitación contenida.

—Paula, lo tenemos. Un cazador furtivo de la zona. Un tipo que no habla con nadie, pero a mi compañero le debía un favor.

—¿Y? —apremió Paula. Se tensó en la silla; el pulso se le aceleró.

—Dice que los vio. Hace unos días. Estaba oscuro, casi era de noche, pero los reconoció en un camino de tierra cerca de la finca Bosch.

—¿Qué hacían?

—Hablaron apenas un minuto. El tío este dice que Sabaté le pasó algo a Carles. No vio bien qué era, dice que parecía un paquete... o quizá solo le estaba devolviendo una herramienta. Fue muy rápido. En cuanto Carles lo cogió, se largaron cada uno por su lado.

Paula cerró los ojos. Una sonrisa tensa le estiró los labios. La ambigüedad del testigo no importaba. Era un paquete. Era de

noche. Tenía que ser el pago. Forzó las piezas para que encajaran.

—Buen trabajo —dijo con la voz tranquila de quien cree haber encontrado el camino—. Decidle a vuestro hombre que, a partir de ahora, no ha visto nada. Que mantenga la boca cerrada.

Colgó, sintiendo el subidón de la adrenalina. La llamada a Delitos Económicos sería la guinda del pastel, la sentencia definitiva para los Bosch.

Pero la euforia empezó a erosionarse a mediodía, con la segunda llamada de sus agentes.

—Nada, sargento —dijo la voz, ahora cansada—. Aparte del furtivo, no hay nada. Hemos hablado con medio pueblo. Con los trabajadores de los Bosch, con los vecinos de Sabaté. Y la respuesta es siempre la misma.

—¿Y cuál es? —preguntó Paula, aunque ya se la temía.

—Que no se tragan. Que son como el agua y el aceite. Los Bosch son los amos, y Sabaté es un pastor orgulloso que los odia en silencio. Nos han mirado como si estuviéramos locos al preguntar si los han visto juntos. Un viejo nos ha dicho: «¿El señor Bosch con el pastor? No me haga reír. Antes vería a un jabalí volando».

Colgó, y sintió una primera punzada de inquietud. La teoría seguía siendo lógica, pero la realidad sobre el terreno la contradecía. Un muro de odio separaba a los dos clanes. ¿Era posible que Martí Bosch, un estratega tan meticuloso, fuera tan temerario como para contratar a su mayor enemigo, un hombre consumido por el rencor, creyendo que podría controlarlo con dinero?

Parecía una locura, una imprudencia que no encajaba con el perfil del *senyoret*.

Pero entonces, Paula recordó la mirada de Martí en su despacho. La arrogancia bajo la cortesía. La convicción de que el mundo, y las personas, eran piezas en su tablero. Quizás no era una imprudencia. Quizás era el culmen de su soberbia: usar al hombre que más lo odiaba como su peón, precisamente porque nadie sospecharía jamás de una alianza tan antinatural.

Se aferró a esa idea con una fuerza casi deliberada. Porque la alternativa era admitir que no tenía nada, que estaba de nuevo en el punto de partida. Y eso, en ese momento, no podía permitírselo.

El golpe definitivo llegó a media tarde. La llamada de Sergi, el analista de delitos económicos. Su tono ya no era entusiasta. Era el de un tipo que no está acostumbrado al fracaso, y odia admitir una derrota.

—Paula, lo siento. No hay nada. Cero. Ni una transferencia, ni una retirada de efectivo sospechosa, ni una sociedad fantasma. Las cuentas de los Bosch están más limpias que una patena y las de Sabaté… parece que está en la miseria. Vive de una subvención de la PAC y de lo poco que saca del queso. Si hubo un pago, fue en negro y se lo tragó la tierra, porque no ha dejado ni rastro. No puedo darte nada.

No lo esperaba. Se quedó con el teléfono en la mano mientras escuchaba el tono de llamada finalizada. El pilar central de su teoría, el vínculo financiero, no existía. Se había derrumbado, el edificio de pruebas que imaginaba se quedaba sin cimientos, podía caer como un castillo de cartas.

Al final del día, la habitación que había sido su centro de mando parecía ahora un monumento al fracaso. La pizarra, con sus flechas rojas y sus certezas, era una burla. Las tazas de café vacías se acumulaban sobre la mesa. El aire estaba viciado, y un dolor sordo le latía detrás de los ojos.

El teléfono sonó por tercera vez en cinco minutos. Joan Vall. Paula lo había ignorado las dos primeras. No tenía respuestas, pero sabía que no podía volver a hacerlo. Tenía que contestar.

—Paula, ¿cómo vamos? Te he llamado varias veces, no me gusta que no me contesten —La voz de su superior era tranquila, pero ella pudo detectar un matiz de impaciencia—. Tengo al fiscal llamándome cada dos horas y a la ACIP respirándome en la nuca. No podemos mantener unas escuchas pinchadas con alfileres basándonos en tu instinto, Paula. Necesito algo sólido que llevarle al juez. Algo real. Necesito darles algo.

Paula cerró los ojos. Odiaba esa conversación. Odiaba tener que admitir un fracaso.

—No tengo nada, Joan. Nada sólido. La conexión financiera no aparece. Los testigos no existen. Las comunicaciones son

inexistentes. Sé que están conectados, lo sé, pero son demasiado listos. Demasiado cuidadosos.

—O quizás te equivocas de teoría, Paula —dijo Vall, su voz sonaba suave pero transmitía reproche—. Pasa. Nos pasa a todos, incluso a los mejores. Nos enamoramos de una historia porque es bonita, porque encaja, y dejamos de ver otras posibilidades.

—No me he equivocado —replicó ella, con más terquedad que convicción.

—De acuerdo. Como tú digas, te creo. Quiero creerte. Pero el tiempo se acaba. O encuentras una prueba de ese vínculo en las próximas veinticuatro horas, o tendremos que cambiar de enfoque. O cerrar las escuchas y esperar a que cometan un error.

Colgó. La advertencia de su superior era el remate final. Se sentía derrotada, furiosa y, por primera vez, estúpida. Su lógica la había llevado a un callejón sin salida. La teoría perfecta se había estrellado contra el muro de la realidad. Llevaba dos días avanzando como un burro con anteojeras, incapaz de ver nada más allá de su propia teoría.

Dejó caer el teléfono sobre la mesa. La energía que la había mantenido en pie durante días pareció abandonarla de golpe. Caminó a trompicones hasta el pequeño baño, abrió el grifo y se echó agua en la cara.

Al levantar la vista, se encontró con su propio reflejo en el espejo empañado.

No vio a una sargento de los Mossos. Vio a una mujer con ojeras profundas, la piel pálida y una mirada febril, casi salvaje.

«Nos enamoramos de una historia porque es bonita...», le había dicho Joan.

La duda, por primera vez, fue un golpe físico en el estómago.

¿Y si tenía razón? ¿Y si no había ninguna conspiración? ¿Y si Oriol Sabaté era solo un pastor amargado y los Bosch unos simples estafadores? ¿Y si ella, cegada por la atmósfera del lugar, por los cuentos de su abuela, se había inventado un monstruo a medida?

Por un instante, sintió la tentación de llamar a Vall, de admitir el fracaso y pedir un relevo.

Pero entonces, otra imagen se superpuso a su reflejo. El pinchazo minúsculo en la nuca de Jordi Puig. La frialdad quirúrgica de la ejecución. La sonrisa condescendiente de Martí Bosch.

La duda no desapareció, pero la rabia volvió con más fuerza.

Quizás se había equivocado de teoría. Quizás se había equivocado de camino. Pero no se había equivocado de enemigo. El monstruo era real. Aunque aún no supiera qué cara tenía.

Volvió al salón. Se sentía hueca. La mezcla de certeza y frustración era un veneno que le paralizaba las piernas. Se derrumbó en la silla frente a la mesa de trabajo, con la mirada perdida en la pizarra blanca, en aquel mapa de conexiones que ahora parecía un chiste.

Y allí se quedó, inmóvil, mientras la noche se hacía más profunda fuera y el silencio de la casa la envolvía como una mortaja.

28

Viernes, 29 de noviembre. 22:16 h.
Vilaplana.

La pizarra seguía allí, en la pared, como un recuerdo de su arrogancia y su ofuscación. Las flechas rojas que conectaban a los Bosch con Oriol Sabaté parecían ahora las venas de una teoría muerta. Paula le dio la espalda.

Había pasado la última hora sumida en un silencio casi absoluto, sentada a la mesa de trabajo que había despejado de todo el ruido de su fallida investigación.

Frente a ella, solo había tres elementos. Las pruebas puras. La verdad sin adulterar.

El informe del liquen. Los mapas de Jordi. Y una palabra.

Frustrada, barrió con la mirada la habitación desordenada. Sus ojos pasaron sobre las cajas de archivos, los mapas, las notas... Se detuvo en la pantalla de su portátil, donde seguía abierta la carpeta de su caso. Hizo clic en la subcarpeta de «Informes Forenses». Allí estaba el archivo que Elena le había enviado y que ella, en su certeza, había despachado con una simple nota al margen.

«Resultados_Muestra_Anomala_01.pdf»

La única pieza del puzle que no dependía de las personas, ni de sus mentiras, ni de su dinero. La única prueba que había nacido de la propia tierra. La pista que había creído entender.

La voz de su instructor en la academia resonó en su cabeza: «Cuando la lógica te falle, vuelve a la prueba material, Sardà. Siempre». Se levantó y caminó hacia la pizarra. Con un gesto brusco, borró la flecha que conectaba a los Bosch con Sabaté. Olvidar al sicario. Olvidar el dinero. Volver al principio.

Abrió el informe de nuevo. Pero esta vez, se obligó a leerlo con una mente limpia, con ojos frescos y curiosos, borrando sus propias conclusiones. Borrando la iglesia. Borrando la reunión secreta en las ruinas. Solo los datos, fríos y puros.

Identificación: Xanthoria parietina, variedad saxicola. Especie común, pero con una particularidad en la muestra analizada: la presencia de trazas elevadas de hidróxido de calcio y silicatos de aluminio. Esta composición química sugiere un sustrato de crecimiento muy específico: un mortero de cal antiguo, probablemente de construcción anterior al siglo XIX, utilizado en muros de carga o estructuras de contención de alta resistencia…

Dejó el informe y cogió el segundo elemento: los mapas de Jordi. Esta vez, su mirada ignoró las líneas que delimitaban las propiedades y los nombres de las familias. Se centró en las anotaciones manuscritas, en los pequeños símbolos que Jordi había dibujado con cuidado extremo. Y entonces, sus ojos se detuvieron en una zona concreta, dentro de los límites de la vasta finca de los Bosch. Era un pequeño rectángulo dibujado con una línea más gruesa, con una pequeña cruz en el centro. Al lado, dos iniciales: «H.V.».

¿*Hort Vell*? ¿Huerto Viejo? Lo había descartado como una simple ruina. Pero ahora... un muro antiguo, una estructura de alta resistencia...

Y entonces, la pregunta la golpeó. ¿Y si no es la iglesia? Había asumido que el liquen venía de las ruinas, pero ¿y si había otro muro? Uno que no estaba a la vista. Un muro que protegía algo.

Su mirada volvió al mapa, al rectángulo "H.V.". Un *Hort Tancat*. Un huerto cerrado. Un huerto... amurallado. Un pulso acelerado comenzó a latir en su garganta.

Pero, ¿por qué? ¿Qué había dentro tan valioso?

Finalmente, su mirada se posó en la tercera prueba. *La trama.*

«Hablaba del hilo original, de encontrar el corazón de la vid», le había dicho Mireia.

La palabra la había atormentado desde el principio. *La Trama*. La conspiración. El plan. Era la interpretación obvia, la que la había

llevado por el camino equivocado. La palabra tenía que significar otra cosa. ¿Y si no era una metáfora?

El idioma de la tierra de los Bosch era el vino. Todo giraba en torno al vino.

¿Y si el término era específico del cultivo de vino? Al fin y al cabo, toda esta historia estaba relacionada con eso, con el vino. Desde el principio.

Paula se frotó las sienes. Había asumido que trama significaba conspiración. Un plan oculto. Pero Jordi era geólogo, un hombre de ciencia. Y Martí Bosch vendía vino.

Cerró los ojos, intentando limpiar el ruido de su cabeza. Y entonces, la voz ronca del profesor Alabart en su despacho de la universidad volvió a ella con una claridad insultante.

«Para los poetas es narrativa... pero para nosotros es biología, sargento. La trama es tejido. Es la estructura celular. Para tener esa trama necesitarías unas raíces puras que no existen en Europa desde hace un siglo».

Paula abrió los ojos de golpe.

—Raíces puras... —susurró.

Y de repente, la epifanía.

Lo entendió de golpe. Se levantó de un salto. Volcó el vaso de café y lo derramó sobre la mesa, humedeciendo los papeles mientras el cristal se hacía añicos en el suelo; no le importó. Empezó a caminar por la habitación, sintiendo el calor húmedo del café empapando los calcetines, pero su cabeza ya estaba creando otra teoría, conectando datos y puntos en común.

«¡Joder… no puede ser! ¡No puede ser tan sencillo!

¡El liquen! ¡El liquen es de un muro de piedra antiguo, de un mortero especial! ¡Como el de un huerto cerrado, un *hort tancat*!»

¡Los mapas de Jordi! La H.V. no es de Huerto Viejo, es de *Hort de la Vinya* o algo así. ¡Señala un recinto amurallado dentro de las tierras de los Bosch!

¡Y la trama! ¡Mireia dijo que Jordi la llamaba de una forma extraña! ¡No era una conspiración! ¡Era la puta vid! ¡El linaje! ¡Las que sobrevivieron a la filoxera!»

Se detuvo en seco en medio de la habitación, con el corazón desbocado y hablándole a las paredes.

Todo encajó con un chasquido mental.

Jordi no buscaba tierra. Buscaba sangre.

Las cepas originales. Vides que sobrevivieron a la filoxera del siglo XIX, protegidas por los muros del *Hort Tancat*.

Vides anteriores a la filoxera. Un milagro biológico. El Santo Grial de la enología. Algo por lo que cualquier bodeguero pondría un cheque en blanco.

Eso era lo que los Bosch protegían. No era un viñedo; era una mina de oro genético escondido en el *Hort Tancat*, sobre una veta de *llicorella*.

Todo encajaba ahora con una lógica aplastante y terrible.

—Por eso matan. Por eso mataron a Rovira, que quizás se topó con el huerto por accidente. Y por eso mataron a Jordi.

—El liquen… —susurró, y la imagen apareció en su mente con una nitidez dolorosa—. El liquen de su bota no se pegó en un simple paseo por el monte. Se pegó porque estuvo allí, junto al muro de ese huerto, antes de morir. ¡Estuvo allí! ¡Y por lo que vio allí dentro, lo mataron!

La teoría del sicario, tan hermosa y falsa, se desintegró, convertida en polvo. La verdad era mucho más simple y, a la vez, más brutal. No había un sicario. No había un intermediario. Estaba mirando en la dirección equivocada.

La llamada interceptada, el pánico de Martí... no era el miedo de un jefe cuyo peón ha sido descubierto. Era el pánico de un culpable que ve cómo la policía se acerca a la tumba que él mismo ayudó a cavar.

Su mente repasó los hechos bajo esta nueva luz: los Bosch compran el *Equicalm*. Carles Bosch, el guardián, es un cazador experto que se mueve por el monte como un fantasma. Martí Bosch controla la narrativa, desvía la atención con leyendas. Ellos tenían el móvil más poderoso, los medios y el precedente histórico.

No necesitaban a Oriol Sabaté. El pastor resentido había sido una distracción, un camino secundario que casi hace que se pierda entre la niebla del caso. Los verdugos eran los propios señores de la tierra.

Y entonces, la orden de Martí en la grabación volvió a su mente con un significado literal y aterrador.

«Bórralo. Que no quede nada que puedan conectar con nosotros. Hazlo desaparecer. Ya».

El pánico la golpeó en el pecho. Martí no hablaba de transferencias bancarias. Hablaba de la tierra. Iban a destruir el *Hort Tancat*. Y la orden había sido clara: Ya.

Había perdido un día entero buscando dinero fantasma. Quizás llegaba tarde.

Cogió el teléfono. La mano ya no le temblaba. Marcó el número de Joan Vall. Su voz, cuando su jefe descolgó, ya no era la de una agente frustrada. Era la de una cazadora que acaba de encontrar la guarida de su presa.

—Joan, sé por qué mataron a Jordi Puig. Olvida la conexión financiera. Olvídalo todo. La clave es un huerto amurallado en la finca de los Bosch. Ellos lo hicieron.

—Paula, son las once de la noche.

—Necesito una orden de registro para el *Hort Tancat*. Y la necesito ahora. O mañana no encontraremos nada.

29

Crónica.
Otoño de 1958.
La Mussara, Tarragona.

Aquel año el otoño se aferraba a un calor fuera de lo habitual. Aun así, los árboles, confundidos, se deshacían de las hojas marrones y ya empezaban a desnudar las ramas para prepararse para el invierno. El sol de la tarde, bajo y dorado, bañaba las casas vacías.

Debería haber sido tiempo de vendimia, de risas y olor a mosto, pero el único sonido en el pueblo era el del viento arrastrando hojas secas por las calles vacías. No había niños, ni ecos de vecinos. Solo el viento que arrastraba hojas secas hasta los pies de las casas, cuyas ventanas abiertas parecían ojos vacíos mirando la nada. El aire olía a tierra húmeda, al humo de un fuego lejano y al dulzor triste de la fruta que se pudría en los árboles sin que nadie la recogiera.

Sentado en el banco de piedra, que llevaba generaciones adosado a la pared de su casa, el abuelo Giral sintió el peso de todos los otoños de su vida. Su hogar era el último cuidado en una calle fantasma. La fachada encalada aún relucía y unos geranios rojos, casi desafiantes, ponían una nota de color en un mundo que desaparecía poco a poco envuelto en tonos grises y marrones. A su lado, la casa de los Fortuny ya tenía la puerta entablillada; más allá, la de los Sabaté parecía un esqueleto al que el viento le había arrancado varias tejas. Los nombres se borraban de las puertas antes que de las lápidas.

Aún recordaba las historias que le contaba su propio padre, historias susurradas con una mezcla de rabia y vergüenza junto al fuego. Hablaban de un olor agrio que emanaba de la tierra, el hedor

de las raíces podridas. La filoxera. Una palabra que para ellos había sonado a maldición bíblica, un castigo divino traído por un bicho tan pequeño que ni se veía. Habían tenido que arrancar las cepas viejas, las que habían plantado sus abuelos, y replantar con esos injertos americanos que, decían, resistían a la plaga. Pero la tierra estaba cansada, y los hombres más aún. La filoxera se llevó las vides, pero la pobreza que dejó a su paso se llevó a la gente, familia a familia, en una cosecha silenciosa que parecía no tener fin. Él era de los pocos que se habían quedado. Demasiado terco, o demasiado enamorado de aquellas piedras como para abandonarlas.

Al final de la calle aparecieron dos figuras. Su llegada fue una intrusión en la calma del pueblo. Ramon Bosch caminaba con la seguridad de un conquistador. Los zapatos de ciudad levantaban nubes de polvo; su traje oscuro era un insulto en aquel mundo de tierra y piedra. A su lado, aferrado al abrigo de su padre, un niño de unos siete años lo observaba todo con una seriedad impropia de su edad.

Ramon Bosch se detuvo frente al banco. No se sentó. Permaneció de pie, proyectando su sombra sobre el viejo Giral.

—Los Sabaté firmaron ayer, Josep. Los Fortuny, la semana pasada. —La voz de Bosch era tan pulcra como el traje que vestía—. Solo quedas tú. Eres el último.

El abuelo Giral se llevó una mano a la boca, carraspeó y escupió en el polvo a sus pies. Sus manos eran como raíces de olivo, nudosas y fuertes, pero sus ojos estaban cansados.

—Mi familia no está en venta, señor Bosch —respondió con voz grave y ronca—. Esta tierra nos ha alimentado durante generaciones y esta tierra se tragará nuestros huesos. No hay más que hablar.

El hombre suspiró con un gesto de paciencia condescendiente, como el de un maestro ante un alumno especialmente terco.

—El orgullo es un mal consejero, Josep. Y un peor legado. Mire a su alrededor. —Con un gesto amplio, abarcó el pueblo moribundo—. ¿Qué futuro hay aquí para los suyos? La escuela cerró el año pasado. El médico ya no sube. ¿Quiere que sus nietos crezcan en un cementerio?

Señaló con la barbilla a su propio hijo, el pequeño Martí, que observaba la escena en silencio; sus ojos oscuros y atentos viajaban del rostro desafiante del viejo al gesto controlado de su padre.

—Yo estoy construyendo un futuro para mi hijo —continuó Ramon —. Un futuro de verdad, con escuelas y médicos, no uno de recuerdos y piedras que se caen. Usted se está aferrando a un pasado que ya está muerto y enterrado.

La lógica de Bosch era un veneno lento que erosionaba la resistencia del viejo. Pero el abuelo Giral no se movió. La mandíbula apretada, la mirada fija en un punto más allá de Bosch, más allá del pueblo. Había sobrevivido a la plaga, al hambre y a la usura. Sobreviviría a las palabras de un hombre de ciudad.

Fue entonces cuando Bosch cambió de táctica. Abrió el maletín de cuero que llevaba, un objeto tan extraño en aquel entorno como sus zapatos. El chasquido de los cierres metálicos resonó en la calle silenciosa. Sacó un fajo de documentos oficiales. Su blancura destacaba en aquel mundo de tonos ocres.

—El Gobierno no va a esperar a que este lugar se caiga a trozos del todo —dijo ahora desprovisto de falsa empatía y afilado como el cristal—. Hay planes. Declararán esto zona despoblada. Habrá expropiaciones forzosas. Y lo que le pagará el Estado, si es que llega a pagarle algo, no le dará ni para un ataúd decente. Es la ley, Josep.

El niño, Martí, observaba. No entendía el significado de palabras como expropiación, pero comprendía perfectamente la dinámica del poder que se estaba desarrollando ante sus ojos. Veía cómo la mención del Gobierno y la visión de aquellos papeles en la mano de su padre hacían que la expresión del viejo Giral flaqueara por primera vez. Vio cómo la espalda del hombre, hasta entonces erguida, se encorvaba una fracción de segundo.

En ese instante, Martí aprendió su primera lección sobre el poder. No estaba en la fuerza, ni en la tierra. Estaba en un fajo de papeles blancos capaces de doblegar a un hombre hecho de piedra.

—Yo le ofrezco una salida digna —concluyó Ramon Bosch con voz de nuevo suave, casi paternal—. Dinero en efectivo. Hoy mismo. Lo suficiente para empezar de nuevo en otro lugar. Un lugar con futuro.

Giral no respondió. Se miró las manos, nudosas como las raíces de sus olivos. Manos que habían construido una vida en aquella tierra y que ahora estaban vacías, inútiles. La guerra había terminado. No lo habían vencido ni la sequía ni la plaga, sino un mundo de trajes y papeles que no entendía y contra el que no sabía luchar.

Ramon Bosch no esperó una respuesta. Sabía que ya la tenía. Dejó un único papel sobre el banco de piedra, junto a la mano inerte del viejo. La oferta de compra. Su blancura era un insulto sobre la piedra gastada por el tiempo.

—Piénselo —dijo—. Pero el tiempo se acaba para todos.

Se dio la vuelta y, con un gesto que era a la vez posesivo y educativo, puso una mano firme en el hombro de su hijo. Juntos, se alejaron por la calle polvorienta sin mirar atrás, dejando al último resistente de La Mussara solo con su rendición.

El abuelo se quedó en el banco, inmóvil como una estatua de sal, mientras la brisa que arrastraba las hojas muertas hacía temblar el papel blanco abandonado a su lado.

30

Sábado, 30 de noviembre. 01:14 h.
Finca de las Bodegas Bosch, Vilaplana.

La noche era una ceguera blanca y húmeda.

La niebla, la famosa boira que le daba nombre a aquellas montañas, había bajado con una densidad antinatural, tragándose la luna, las estrellas y cualquier punto de referencia. No era solo falta de luz; era una pared física de humedad en suspensión que amortiguaba los sonidos y desorientaba los sentidos.

Paula detuvo el coche en un camino de tierra secundario, un corte en la vegetación a más de un kilómetro del perímetro de la finca. Apagó las luces y, al instante, el mundo exterior desapareció.

Junto a ella, dos sombras. Dos agentes del *Grup Especial d'Intervenció*, el GEI. No eran su equipo habitual; eran especialistas en operaciones de alto riesgo, hombres que se movían en el silencio como si hubieran nacido en él. Vestían de negro táctico, con la cara impregnada de pintura de camuflaje.

Bajaron del coche en un silencio absoluto. La niebla les golpeó la cara, calando la ropa en segundos. Se adentraron en el bosque, moviéndose en una formación de triángulo. Paula iba en el centro, guiando el rumbo con el mapa grabado en la retina.

Llegaron al perímetro mucho antes de lo que esperaba. No era un muro de piedra, sino una valla cinegética de dos metros de altura, reforzada. Moderna. Eficiente.

Marc, el jefe del binomio, levantó la mano con el puño cerrado y el grupo se congeló. Se agachó y señaló un punto en la base de la alambrada. Sacó una linterna táctica, tapó la lente con la mano y dejó escapar apenas un hilo de luz roja hacia el suelo.

—Alto —susurró—. Tenemos una brecha.

Paula se agachó junto a él. Alguien había usado cizallas en el alambre inferior y lo había doblado hacia arriba, creando un paso estrecho. El metal recién cortado brillaba bajo la luz roja. La hierba en el barro estaba aplastada en una sola dirección: hacia dentro.

—Es reciente —confirmó Marc—. Muy reciente. Huellas frescas de una sola persona.

El corazón le empezó a latir con más fuerza.

—¿Seguridad de la finca? —preguntó el segundo agente.

Marc negó con la cabeza. —La seguridad no rompe su propia valla. Esto es una intrusión.

El segundo agente se bajó el visor térmico sobre los ojos, escaneando el interior del perímetro a través de la alambrada. La niebla densa distorsionaba la imagen, convirtiendo el mundo en una sopa gris de calor difuso.

—Nada claro... espera.

Se quedó inmóvil.

—Contacto. A cuarenta metros. A las once. Se mueve sigilosamente junto al muro de piedra.

Paula se pegó a la valla, intentando ver algo. Solo había una pared blanca.

—¿Lo identificas?

—Negativo. Es una mancha de calor. Pero... lleva algo largo a la espalda. Colgado en vertical. No parece un rifle.

La silueta térmica se detuvo un instante, girándose, y el perfil del objeto se definió por una fracción de segundo.

—¡Joder! —siseó el agente, apartando el visor—. Es una ballesta.

La palabra se clavó en el aire frío.

—Sabaté —dijo Paula. No fue una pregunta.

Su mente conectó los puntos a una velocidad vertiginosa. El ataque de la tarde anterior. La llamada de Martí a Carles. «Nos van a joder a todos». No era miedo a la policía. Era miedo a que su sicario se rebelara.

—Ha venido a cobrar —le susurró a Marc—. O a silenciar a Carles antes de que lo pillemos. Van a matarse entre ellos.

Sacó el móvil. Los dedos le temblaban, pero esta vez de pura adrenalina. Marcó a Joan Vall.

—Dime que tienes la orden —dijo.

—El juez sigue leyendo, Paula. Dame una hora.

—No tenemos una hora. Es inminente.

—¿Qué pasa?

—Tenemos una intrusión activa en la finca de los Bosch. Un sujeto armado con una ballesta. Lo hemos identificado visualmente. Es Oriol Sabaté.

—¿Qué cojones...?

—Está dentro, Joan. Y sabemos que Carles Bosch también está armado. Creemos que se va a producir un ajuste de cuentas. Un homicidio. Ahora mismo.

Hubo un silencio tenso. Paula sabía que acababa de darle a Vall la única justificación posible.

—¿Riesgo inminente para la vida? —preguntó Vall con la voz sonando a metal.

—Afirmativo. Dos hombres armados en la misma propiedad, de noche y con niebla. Esto va a acabar a tiros o a flechazos en los próximos minutos. No podemos quedarnos aquí a verlos por los visores.

Vall soltó un suspiro, el sonido de un hombre que elige el mal menor.

—Entendido. Tienes luz verde para intervenir y prevenir un delito mayor. Pero entra con cuidado, Paula. No sabemos en qué os estáis metiendo.

—Gracias, Joan.

Paula colgó. Se giró hacia Marc.

—Luz verde. Prioridad uno: interceptar al intruso armado. Prioridad dos: evitar que destruyan cualquier evidencia en el *Hort Tancat*. Entramos ya.

Marc asintió, hizo un gesto a su compañero y sacó unas cizallas hidráulicas para ampliar el hueco en la valla. El único sonido fue un leve siseo y un clic sordo.

—Reglas de enfrentamiento: solo si nos disparan primero. Quiero a Sabaté vivo.

—Recibido —dijo Marc.

Se deslizaron por la brecha, uno a uno. Ya estaban dentro. Habían entrado en un territorio donde la niebla ya no era el único enemigo. Se adentraron unos doscientos metros más, siguiendo un sendero apenas visible que ascendía. El camino se estrechó, pasando entre dos grandes pilares de piedra que surgieron de la bruma como espectros. Paula notó una imponente verja de hierro forjado, antigua y pesada. Estaba abierta, invitándolos a pasar.

—Demasiado fácil —murmuró para sí misma.

Avanzaron. A través de la cortina de niebla, la vieron. La muralla del *Hort Tancat*.

—Objetivo a la vista —susurró Paula en la radio.

Se acercaron con una cautela extrema. El silencio alrededor del muro era antinatural. Ni grillos, ni búhos. Nada. Como si la niebla se hubiera comido el sonido.

—Quiero una muestra del musgo de la cara norte, a media altura —le indicó Paula a Marc—. Rápido.

Marc se arrodilló, eligió una junta entre dos piedras enormes y levantó el cincel.

Justo cuando el metal iba a tocar la piedra, un sonido rompió el silencio de la noche.

No era del bosque. Era mecánico. Pesado. Un clic metálico y seco, seguido del chirrido de unos goznes oxidados.

Sonó a sus espaldas. En los pilares de piedra que acababan de cruzar.

El ruido de un cerrojo pesado al encajar en su marco. *Clic-clac*. El sonido definitivo de una jaula cerrándose. Los tres se giraron, armas en alto, apuntando a la niebla. Pero el mensaje era aterradoramente claro.

No estaban cazando. Eran el cebo.

31

Sábado, 30 de noviembre. 01:21 h.
Finca de las Bodegas Bosch, Vilaplana.

El clic metálico a sus espaldas no fue el fin del silencio; fue el detonador del caos.

Antes de que Paula o Marc pudieran procesar que la trampa se había cerrado, el bosque estalló. No hubo una explosión de fuego, sino de luz. Un perímetro de focos halógenos de alta potencia, camuflados en las copas de los pinos y en los muros del *Hort Tancat*, se encendió al unísono con un zumbido eléctrico que le erizó la piel.

En una noche clara, aquella iluminación los habría dejado expuestos como actores desnudos en un escenario. Pero con la montaña ahogada en niebla, el efecto fue devastador. La luz chocó contra la pared de humedad, creando una supernova blanca que les quemó las retinas.

—¡Visores fuera! ¡Visores fuera! —gritó Marc mientras se arrancaba el casco con desesperación, tropezando hacia atrás mientras se cubría la cara con el antebrazo.

Paula se quitó el suyo, parpadeando, con lágrimas de dolor enturbiándole la visión. Pero el alivio no llegó. Incluso a simple vista, la situación era una pesadilla óptica. La luz no conseguía penetrar la niebla; la convertía en un muro sólido, opaco y brillante. Estaban atrapados en una nube blanca y espesa.

Se había perdido la profundidad, la perspectiva y el sentido de la orientación. Paula extendió la mano y apenas pudo ver sus propios dedos.

—¡Al suelo, perímetro defensivo! ¡Cabrón! —ordenó Marc. Su voz sonaba extraña, amortiguada por la densidad del aire, como si gritara desde el interior de una caja de algodón.

Se lanzaron cuerpo a tierra, buscando la protección de las sombras que ya no existían. Todo era blanco. Un blanco hiriente, uniforme y claustrofóbico que anulaba las sombras y exponía el miedo.

Y entonces, el grito.

No fue una voz; fue un alarido que desgarró la quietud. Un aullido de depredador que no parecía nacer de una sola garganta, sino de la propia tierra. La niebla atrapó el sonido, lo masticó y lo escupió desde todas direcciones a la vez, convirtiendo el claro en una caja de resonancia.

—¡Bienvenidos a mi casa! —rugió la voz, ahora más nítida pero igualmente imposible de ubicar—. ¡Aquí la niebla no os cubre a vosotros! ¡Me cubre a mí!

—¡Silencio! —siseó Marc a su compañero al tiempo que pegaba la oreja al barro—. ¡Busca una dirección! ¡Necesito un objetivo!

Pero era inútil. La acústica era tan confusa como la visión.

Un crujido a la izquierda. El sonido seco y nítido de una bota partiendo una rama. Demasiado cerca.

—¡Contacto a las nueve! —gritó el segundo agente, girándose bruscamente hacia el sonido, el cañón de su arma barría la nada blanca.

Paula, pegada al suelo húmedo, sintió una vibración en el estómago antes de oír el sonido. Era un temblor bajo tierra. Otro mecanismo. Esta vez mucho más cerca, justo a su derecha, donde el terreno formaba un pequeño talud natural que separaba la zona del muro del resto del bosque.

—¡Cuidado! —gritó Paula. Intuía la jugada.

Un estruendo metálico rasgó el aire. Una segunda reja, oculta entre la maleza y diseñada originalmente para compartimentar el terreno de caza, se disparó desde el suelo con la violencia de una mandíbula de hierro cerrándose. Iba directa a aislarla del grupo.

Sin pensarlo, Paula tomó la única decisión posible. Se impulsó desde el barro en un placaje desesperado hacia el hueco que se cerraba, intentaba cruzar al lado de sus hombres antes de quedar atrapada sola en el lado expuesto.

Llegó con un segundo de retraso.

La reja cayó con fuerza brutal, cortándole el paso. Paula tuvo que frenar en seco y lanzarse lateralmente en el aire para no ser aplastada por los barrotes de acero. Su cuerpo voló sin control y aterrizó mal sobre el terreno irregular, lleno de piedras sueltas y raíces viejas.

La bota derecha se le trabó en una grieta entre dos rocas del muro perimetral y, con la inercia de la caída, todo el peso de su cuerpo giró sobre la articulación atrapada.

Crac.

Un chasquido repugnante, como una tela gruesa rasgándose, resonó en su interior. Paula sintió cómo los ligamentos cedían. El dolor fue un latigazo eléctrico, caliente y nauseabundo, que le subió hasta la ingle. Quedó tendida en el barro, con la mandíbula apretada para no gritar, mientras la visión se le llenó de puntos negros.

—¡Sargento! —la voz de Marc llegaba filtrada a través de la cuadrícula de hierro—. ¡Estamos bloqueados! ¡El mecanismo está sellado!

—¡Marc! —gritó ella, intentando ponerse en pie.

Su pierna derecha falló al instante, incapaz de sostenerla, enviándola de nuevo al suelo con un gemido de rabia. El dolor le provocó arcadas. Se llevó la mano al tobillo; lo notó hinchado, palpitante, inútil.

—¡Buscaremos un rodeo por el flanco este! —gritó Marc—. ¡Mantén la posición y cúbrete!

—¡No! ¡No os separéis! —ordenó ella, con la voz rota por el esfuerzo de no desmayarse—. ¡Es lo que quiere!

Pero el caos ya había dictado sentencia. Un nuevo ruido, este más lejano, como el de una piedra golpeando metal o un paso en falso, sonó en la dirección opuesta a donde estaban los agentes.

—¡Movimiento! ¡Allí! —gritó el compañero de Marc.

Las siluetas de los agentes se alejaron de la reja, persiguiendo el sonido fantasma, obedeciendo a su instinto de cazadores. En segundos, la niebla se los tragó. El sonido de sus botas sobre la hojarasca se desvaneció, engullido por la atmósfera opresiva.

Paula se quedó sola. Aislada. Tullida en la luz, con el zumbido eléctrico de los focos taladrándole el cerebro. Se arrastró hasta

pegar la espalda a la reja que la aprisionaba, respirando el aire saturado de agua que le llenaba los pulmones de frío. Su corazón martilleaba contra las costillas como un animal enjaulado.

—Sola, sargento —dijo Carles.

Esta vez no sonó lejana. No hubo distorsión.

Sonó cerca. A su espalda.

Dentro del perímetro donde ella había quedado atrapada.

Paula giró sobre sus caderas, apuntando con su arma a la nada, buscando desesperadamente una forma sólida en la que descargar el cargador. El dolor del tobillo era un ruido blanco que amenazaba con desconectarle el cerebro, pero se aferró al arma. Era lo único que le quedaba.

—¡Sal, Bosch! —gritó, su voz sonando más aguda de lo que pretendía—. ¡Estás rodeado! ¡Mis hombres están cerrando el círculo!

El silencio se alargó unos segundos. Luego, una risa baja, apenas un carraspeo, le respondió desde la derecha.

—Te oigo respirar—la voz llegó tranquila, aterradoramente cerca —. Jadeas como una perra vieja.

El sonido de unos pasos se hizo audible. Lentos. Deliberados. No corría, no tenía prisa. Era el crujido rítmico de la grava bajo las botas.

La veía. Ella estaba segura de que él la veía, o al menos, sabía dónde estaba, guiándose por el sonido de su respiración agitada y por su inmovilidad.

—Nadie va a venir a buscarte a este rincón —añadió Carles. Sin poesía. Sin metáforas. Solo un hecho—. Sal tú. No me hagas entrar a buscarte y mancharme las botas.

Se mordió el labio hasta sentir el sabor metálico de la sangre, intentando no hacer más ruido, conteniendo las lágrimas que amenazaban con cegarla del todo. Pero el daño estaba hecho. Ya no era una cazadora. Era una presa herida.

—Te tengo —susurró la voz. Muy cerca.

Paula se arrastró por el barro, arrastrando la pierna inútil hacia la base del muro. Apagó la linterna.

En aquel infierno blanco, la luz era una diana.

Si quería sobrevivir, tenía que dejar de intentar ver y empezar a desaparecer. Tenía que convertirse en parte de la niebla.

La trampa se había cerrado. Y el depredador acababa de oler la sangre.

32

Sábado, 30 de noviembre. 01:25 h.
Finca de las Bodegas Bosch, Vilaplana.

El pánico amenazaba con paralizarla. Paula cerró los ojos un instante, respiró hondo y lo aplastó con una bocanada de aire frío y húmedo, obligó a sus pulmones a trabajar con un ritmo pausado para centrarse.

Estaba sola. Lo comprendió con una claridad que dolía más que el tobillo destrozado.

El ruido que había alejado a Marc no había sido un accidente. Había sido un cebo. Y sus hombres habían picado. Carles se movía en la oscuridad blanca como un fantasma en su propio elemento; los había dividido con precisión.

A ella la había encerrado en este claro, una ratonera entre la reja y el muro. A sus compañeros, a pesar de su instinto de protección y su entrenamiento táctico, los había enviado a una persecución inútil hacia el otro lado de la finca, siguiendo una sombra que nunca atraparían. Estaban fuera de juego, al menos durante unos minutos preciosos. Y esos minutos eran todo lo que Carles necesitaba para terminar lo que había empezado treinta años atrás.

Estar sola, herida y acorralada en territorio enemigo no era una opción que hubiera contemplado su entrenamiento en la academia, pero la necesidad de supervivencia tomó el control de sus extremidades.

Se arrastró por el barro, sintiendo cómo la humedad le calaba los pantalones y se mezclaba con el sudor frío de la piel. La espalda chocó contra algo sólido y rugoso: la base de un roble centenario. Se pegó a la corteza como si quisiera fundirse con ella. Era su única certeza, un ancla física en un mar de luz blanca y amenaza.

La niebla estaba saturada por los potentes focos; ya no era una cortina, se había convertido en una pared de luz. El mundo había perdido sus sombras. No dejaba ver más allá de dos metros. Era una habitación infinita sin paredes, un limbo brillante y lechoso donde los ojos no servían de nada. Tenía que confiar en el oído.

Los pasos de Carles Bosch se movían en la penumbra lechosa. No eran los pasos apresurados de un hombre que persigue a una intrusa; era el caminar tranquilo, rítmico y deliberado de alguien que pasea por el jardín de su casa. Y eso era lo que lo hacía tan aterrador. Él no la estaba cazando con urgencia. La estaba pastoreando. Disfrutaba del juego.

—No puedes correr para siempre, sargento —dijo él.

Surgió de una dirección inesperada, a su izquierda, distorsionada por la densidad del aire, rebotando en la humedad como si viniera de todas partes y de ninguna, pero aterradoramente cercana.

Paula se encogió y apretó el arma contra el pecho, con las manos entumecidas. Comprobó con el tacto que el seguro estaba quitado. Intentó controlar una respiración que le sonaba en los oídos como un fuelle roto. El dolor del tobillo le enviaba señales de alarma al cerebro, punzadas eléctricas que amenazaban con nublar su juicio.

—Estás en mi casa —continuó Carles, y Paula sintió la sonrisa en su voz—. Conozco el sonido de cada piedra. El paso de cada animal. El rastro de olor que deja el miedo. Y usted... usted huele a ciudad. Huele a sudor frío y a asfalto. Se huele desde lejos, Paula.

No respondió. Se pegó más al tronco, intentando hacerse invisible, fusionarse con la corteza. El juego psicológico era evidente: quería desorientarla, hacerla hablar, provocar un error. Quería que disparara a ciegas para revelar su posición exacta.

«Piensa, Sardà. Piensa», se ordenó a sí misma, clavándose las uñas en la palma de la mano para centrarse. No podía competir en fuerza ni en conocimiento del terreno. Estaba tullida y ciega. Su única ventaja era que él la subestimaba. La veía como una chica de ciudad, una burócrata con placa.

Cerró los ojos. Si la vista la engañaba, tenía que apagarla.

El bosque cobró una nueva dimensión en su cabeza. Oyó el goteo rítmico de la condensación sobre las hojas. El zumbido eléctrico y

grave de los transformadores de los focos halógenos. Y las botas de Carles haciendo crujir el suelo. Grava y hojas secas. Estaba a unos diez metros, describiendo un arco lento hacia su posición para cortarle la retirada. Se acercaba.

Pero entonces, lo oyó. Un sonido discordante. Una nota falsa en la sinfonía del bosque.

Vino de su derecha, desde la espesura de unos arbustos espinosos que delimitaban el sendero. No fue una pisada. No fue el roce de la ropa sintética de montaña de Carles.

Fue un sonido mecánico. Seco. Contenido.

Clic.

Madera tensada crujiendo bajo presión. Un seguro de metal liberándose.

Paula abrió los ojos de golpe, el corazón saltaba dentro del pecho.

Conocía ese sonido. Lo había escuchado en vídeos de pruebas forenses, en galerías de tiro. No era un arma de fuego. Era la tensión acumulada de unas palas flexibles liberándose de su traba. Una ballesta.

Su mente conectó los puntos en una fracción de segundo, la lucha le había hecho olvidarlo. El corte en la valla. La huella fresca que Marc había encontrado. La mirada de odio absoluto en la granja de Alforja.

No estaban solos. Oriol Sabaté estaba allí.

Una oleada de esperanza estúpida la invadió primero: «¿Ha venido a ayudarme?» Pero la lógica policial aplastó esa idea al instante. Oriol no era un héroe. Era un hombre consumido por el rencor.

Paula comprendió de golpe la magnitud de la situación. Las luces de los coches patrulla subiendo la montaña. El despliegue del GEI. No habían pasado desapercibidos. Oriol debía haberlo visto todo desde su casa o desde algún punto de vigilancia.

No era un rescate. Era una carrera.

Si los *mossos* detenían a Carles, Oriol perdía su presa. La justicia le robaría la venganza. Había venido a cobrar la deuda de sangre antes de que la ley se interpusiera.

El frío volvió a apoderarse de Paula, más profundo que el de la niebla.

No era la protagonista de esa escena. Solo era el cebo involuntario. La distracción ruidosa que mantenía a Carles ocupado y expuesto mientras el verdadero depredador se colocaba en posición.

Estaba atrapada en el centro de un triángulo de muerte.

A su izquierda, Carles Bosch, con un arma de fuego y la arrogancia del dueño, venía a ejecutarla.

A su derecha, agazapado en la maleza, Oriol Sabaté, con una ballesta cargada y el dedo en el gatillo, esperaba una silueta clara.

Si ella se movía, Carles dispararía. Si se quedaba quieta, Carles llegaría hasta ella. Y si Oriol disparaba a través de la niebla contra cualquier cosa que se moviera, la saeta de acero no distinguiría entre placa y dinero.

Tenía que cambiar la geometría. Tenía que alinear a los monstruos.

Con la mano libre, la izquierda, palpó el suelo húmedo a su alrededor con desesperación. Barro. Raíces. Los dedos rozaron algo frío y duro. Una piedra. Rugosa, pesada, del tamaño de un puño grande. Quizás un trozo caído del muro antiguo.

La cogió. La sopesó en la mano, sintiendo su gravedad.

El dolor del tobillo era un latido constante, un martillo golpeando el hueso, pero Paula lo usó. Se concentró en ese dolor agudo para no desmayarse, para mantener la mente anclada en la realidad y no en el pánico.

No bastaba con una simple distracción; Carles era el dueño de aquel infierno, no se dejaría engañar. Tenía que usar la niebla en su contra. Tenía que provocar el error.

Esperó. El sudor se mezclaba con la lluvia en su frente, escociéndole en los ojos.

Los pasos de Carles se acercaron. *Crunch. Crunch.* Cada paso era una cuenta atrás.

—Sé que estás ahí, detrás del roble —dijo Carles. Su voz estaba peligrosamente cerca, apenas a cinco metros. La niebla se arremolinó frente a ella, y Paula pudo distinguir una silueta densa, más oscura que la leche que los rodeaba. Una sombra con forma de

hombre, el brazo derecho extendido, el cañón de su arma buscando un blanco en la negrura.

—Se acabó el juego, Paula. Nadie va a venir a buscarte a este rincón.

Paula apretó la piedra hasta que las aristas le marcaron la piel. Localizó mentalmente la posición del clic que había oído a la derecha. Calculó la trayectoria. No era un lanzamiento de fuerza bruta; era de precisión. Tenía que provocar el error.

Respiró hondo, a pesar del dolor punzante del tobillo se incorporó levemente, lo justo para ganar ángulo. Lanzó la piedra con rabia hacia la derecha, no hacia el vacío, sino con toda la intención detrás de la posición donde intuía que estaba Oriol.

El ruido fue estruendoso en el silencio. La piedra rompió ramas secas y golpeó el tronco de un pino con un golpe seco y violento, como si alguien hubiera tropezado torpemente.

La reacción fue en cadena, un dominó de instintos letales.

El sonido a su espalda hizo que la sombra de la derecha —Oriol— se girara bruscamente, sobresaltada, perdiendo su disciplina de silencio. Su cuerpo chocó contra la maleza, rompiendo una rama bajo su pie.

Ese segundo sonido, mucho más cercano, humano y nítido, alertó a Carles.

El terrateniente detuvo su avance hacia el roble. Giró la cabeza y el arma hacia su derecha, hacia el lugar donde Oriol acababa de moverse.

A través de la niebla, iluminada por el resplandor difuso de los focos, Carles vio una silueta alzarse de entre la maleza. Una forma humana, oscura, recortada contra el blanco.

Su mente, condicionada por la persecución, le dio la única respuesta lógica que esperaba.

—¡Te tengo! —rugió Carles, pensando que era Paula intentando huir.

Carles se lanzó hacia la figura con un impulso brutal, abandonando su cobertura, exponiéndose en el claro con la pistola en alto, listo para disparar.

La silueta de la derecha reaccionó al ataque. No huyó. Se plantó firme, con los pies clavados en la tierra.

Paula, encogida contra las raíces, vio cómo la sombra alzaba los brazos. Vio el perfil inconfundible, anguloso y mecánico, de las palas de la ballesta desplegarse contra el fondo blanco.

El tiempo pareció detenerse un segundo. Carles cargando. Oriol apuntando. La niebla envolviéndolos como una sábana.

Oyó el chasquido inconfundible de la cuerda al soltarse. Un sonido seco, vibrante.

El silbido agudo de la saeta cortando el aire húmedo, más rápido que el pensamiento.

Y luego, el impacto.

No fue un sonido limpio. Fue un ruido sordo, húmedo y repugnante. El sonido de la carne, el hueso y el tejido cediendo ante el acero a alta velocidad. Un golpe de carnicero.

El rugido de triunfo de Carles se cortó en seco para convertirse en un gorgoteo líquido. La figura del terrateniente se detuvo como si hubiera chocado contra una pared invisible. Dio un paso atrás, tambaleándose. Se llevó la mano izquierda al pecho, a un punto negro que acababa de brotar allí, una nueva rama obscena que le nacía del tórax.

La pistola resbaló de los dedos sin fuerza y cayó al barro con un sonido ahogado.

Luego, sus rodillas cedieron. Se desplomó hacia atrás, pesado, desapareciendo en la niebla baja del suelo con un golpe sordo. Se hizo el silencio.

Un silencio absoluto, roto solo por la respiración agitada de alguien a la derecha y el goteo de la lluvia.

Paula soltó el aire que no sabía que estaba reteniendo, sintiendo cómo le ardían los pulmones. No había sido suerte. Había sido geometría.

Lentamente, arrastrando la pierna inútil, Paula alzó su pistola. Uno había caído. Pero el otro seguía allí, una silueta oscura en la niebla, con un arma que acababa de matar.

Ahora solo quedaban ellos dos.

33

Sábado, 30 de noviembre. 01:29 h.
Finca de las Bodegas Bosch.

El disparo no solo perforó un pulmón; partió el tiempo en dos. El mundo se redujo a las dimensiones de aquel claro embarrado y a la figura de Carles Bosch, que osciló sobre los talones como un árbol talado. La saeta de fibra de carbono vibraba en su pecho, un péndulo negro que marcaba los últimos segundos de su autoridad.

No hubo gritos de victoria. No hubo forcejeo.

Solo el silencio de la niebla que volvía a cerrarse sobre ellos, esperando el último aliento del terrateniente.

El impacto de la saeta —ese golpe seco que había sonado un segundo antes— lo había lanzado hacia atrás, pero el shock lo mantuvo en pie un instante imposible. La mano derecha soltó el arma de fuego. Cayó al barro con un sonido sordo. La mano izquierda subió temblorosa hacia su pecho, justo debajo de la clavícula, donde el astil de fibra de carbono brotaba de su carne como una rama negra.

Un gorgoteo húmedo escapó de su garganta. No era un grito. Era el sonido del aire intentando pasar a través de la sangre. Sus rodillas cedieron y se desplomó, pesado, de espaldas. El golpe contra la tierra mojada vibró en el suelo y llegó hasta la cadera de Paula.

—¿Quién...? —graznó Carles, mirando al techo blanco de niebla, su voz convertida en un silbido roto.

De la negrura de la derecha, donde Paula había lanzado la piedra, emergió una figura.

No corría. No se escondía. Caminaba separando las volutas de vapor con su cuerpo, con el paso firme y pesado de quien camina por su propia casa. Con ropa oscura, funcional, una segunda piel

manchada de grasa, resina y tierra. En sus manos, sostenía la ballesta compuesta, ahora bajada, descansando contra su pierna como una extensión inerte de su brazo.

Era Oriol Sabaté.

El pastor se detuvo a dos metros del cuerpo caído de Carles. No miró a Paula. Ignoró la pistola que le apuntaba. Sus ojos estaban clavados en el hombre que se desangraba en el suelo.

Paula comprendió lo que pasaba, aún en el suelo y con la pistola entre las manos sudadas. Su cerebro procesó la escena con frialdad.

No era un rescate. Oriol no estaba allí por ella. La mirada del pastor carecía de la urgencia del salvador o la locura frenética del asesino; mostraba la calma absoluta de quien tacha una tarea pendiente que llevaba décadas en la lista.

Paula recordó las luces azules subiendo por la carretera. Oriol lo había visto todo. Había visto venir a la ley y había comprendido que el tiempo se le acababa. Si los *mossos* detenían a Carles, el terrateniente acabaría en un juzgado, rodeado de abogados caros, protegido por el sistema.

Oriol no quería justicia. Quería venganza. Y había venido a cobrarla antes de que la policía pudiera impedírselo.

Carles, desde el suelo, intentó incorporarse. La sangre le teñía la chaqueta y brillaba bajo los focos.

—Tú... —escupió Carles, se ahogaba en su propia sangre. Una espuma rosada le asomaba a los labios—. Maldito... pastor.

Oriol lo miró desde arriba. Bajó la ballesta. No había triunfo en su cara, solo fatiga.

—Cállate, Bosch —dijo con voz plana—. Te estás muriendo y molestas.

—¿Crees que... matándome...? —Escupió sangre. El dolor le estaba nublando la mente, pero el odio lo mantenía consciente—. Esta tierra es mía. Los papeles... la ley...

—La ley está subiendo por la carretera —le cortó Oriol—. Vienen con sus sirenas y sus esposas. Pero tú no vas a ir con ellos. Esta tierra ya no es tuya.

Paula se arrastró un poco mientras soportaba el dolor agudo que le subía por la pierna, buscaba un ángulo de tiro limpio.

—¡Oriol! —gritó con la voz ronca para quebrar la intimidad de la ejecución—. ¡Suelte el arma! ¡Ahora mismo!

Cada palabra era un esfuerzo. El dolor le subía en oleadas desde el pie, amenazando con provocarle náuseas. Se obligó a ignorarlo, a clavar la vista en la silueta del pastor, usando la adrenalina como un analgésico.

Oriol giró la cabeza lentamente hacia ella. Por primera vez, la miró.

Paula vio sus ojos. No había locura en ellos. Había lucidez. Una resignación absoluta. No era la mirada de un criminal que calcula una ruta de huida; era la mirada de un hombre que ha aceptado que su vida termina en ese momento, con tal de haberse llevado a su enemigo con él.

—Sargento —asintió casi cortés, ajeno a la pistola que le apuntaba al pecho—. Está herida. No se levante.

—¡Al suelo! —insistió Paula, desesperada, notando cómo el arma le pesaba cada vez más en las manos sudadas. —Mis hombres están entrando. Si te mueves, te matarán.

Oriol soltó una risa breve, un chasquido áspero y seco que murió al instante.

—¿Matarme? —Barrió los árboles invisibles y la oscuridad blanca con la mirada—. Ya estoy muerto, sargento. Lo estoy desde hace años. Demasiados años viendo cómo este ladrón se paseaba por las tierras que le robó a mi abuelo. Viendo cómo envenenaba todo. Esto… —señaló el cuerpo de Carles con la barbilla— esto solo es el funeral.

—No vale la pena —insistió Paula, desesperada, oyendo ya los gritos lejanos de Marc y el equipo GEI rompiendo la segunda barrera —. Lo tenemos. Irá a juicio. Pagará.

—No —dijo Oriol, volviendo su atención al hombre en el suelo—. El dinero paga los juicios. La sangre paga la tierra.

Los dedos enguantados de Carles arañaron la tierra, intentando arrastrarse, buscando el metal frío.

Paula se tensó. Su dedo se cerró sobre el gatillo, eliminando la holgura, lista para abatir a cualquiera de los dos. Esperó que Oriol levantara la ballesta para rematarlo. Pero Oriol no se movió.

Simplemente observó cómo los dedos de Carles rozaban el metal frío de la pistola y fallaban. Vio cómo la fuerza abandonaba al terrateniente, cómo el brazo caía inerte sobre el lodo. La flecha en su pecho ya había hecho el trabajo. No hacía falta otra.

El silencio regresó al claro, más pesado que antes.

Y entonces, el estruendo.

El sonido de metal rompiéndose y voces gritando órdenes perforó la burbuja.

—¡Contacto! ¡Al suelo! ¡Manos arriba!

Los gritos del GEI rompieron la niebla. Haces de luz táctica cortaron la bruma como sables láser, bailando sobre el barro, cegándolos a todos. Marc y su compañero irrumpieron en el claro, armas largas encaradas, buscando amenazas.

Paula miró a Oriol. El pastor no hizo amago de huir. No levantó la ballesta contra los agentes que surgían de la nada. Simplemente abrió las manos y dejó caer el arma al barro con un golpe sordo.

Luego, se arrodilló lentamente. No ante la policía, sino ante la tierra. Puso las manos sobre la hierba mojada, como si quisiera sentir el pulso del suelo una última vez, conectando con algo que estaba muy por debajo de las botas y las leyes.

—Dígales que no disparen, sargento —dijo con voz tranquila, cerrando los ojos bajo la lluvia fina. —Ya he terminado mi trabajo.

Paula tragó saliva. La boca le sabía a sangre y ceniza.

—¡Alto el fuego! —gritó a sus hombres, sacando fuerzas de donde no las tenía—. ¡Sujeto asegurado! ¡No disparéis! ¡Necesitamos un médico para el herido!

Mientras los agentes del GEI se abalanzaban sobre Oriol, tirándolo al suelo para esposarlo, y otros corrían hacia el cuerpo de Carles para intentar taponar la hemorragia, Paula se dejó caer hacia atrás.

Su espalda golpeó el tronco del roble y el dolor del tobillo volvió con fuerza, recordándole que seguía viva.

Miró hacia el muro del *Hort Tancat*, mudo testigo de la ejecución.

La caza había terminado. Pero mientras veía cómo reducían a Oriol esposado bajo los focos, una duda fría se le clavó en la mente: en aquella montaña, esa noche, nadie había ganado nada.

34

Sábado, 30 de noviembre. 01:31 h.
Finca de las Bodegas Bosch.

El claro apestaba a sudor, a tierra removida y al olor metálico de la sangre que se diluía en el barro. Aunque la violencia había cesado, el aire aún vibraba con el eco.

Las luces estroboscópicas de los coches patrulla de refuerzo, que habían logrado subir por la pista forestal, pintaban el bosque con brochazos intermitentes de azul y rojo. Convertían la niebla, que aún se resistía a marchar, en un cuadro palpitante. Los agentes del GEI, figuras oscuras, aseguraban el perímetro con la rutina de quien ha visto demasiada violencia.

A un lado, Oriol Sabaté observaba la nada con la mirada perdida, derrotado, pero en una paz inquietante.

Paula se apoyó contra el muro exterior del *Hort Tancat*, dejando que el frío de la piedra rugosa se filtrara a través de la chaqueta. Le dolía cada músculo. Su tobillo era una brasa ardiente que enviaba punzadas eléctricas hasta su cadera con cada latido de su corazón. Pero no apartaba los ojos de la camilla donde luchaban por la vida del hombre que había querido matarla.

Vio cómo la sangre de Carles manchaba el barro y lo volvía de color negro bajo la luz artificial.

Se separó del muro. Un sanitario se acercó con un maletín, pero ella le hizo un gesto brusco para que se apartara. Cada paso era un latigazo de dolor que le subía por la pierna, pero necesitaba ver.

—Sargento, tiene que sentarse. Ese pie necesita una radiografía ya.

—Después —cortó ella y se ajustó la chaqueta con un tirón.

Se arrastró ignorando el dolor del tobillo. Se impulsó con los codos, culebreando por la tierra mojada hasta quedar a la altura de la cabeza de Carles, invadiendo el espacio estéril que los médicos intentaban crear.

Tenía que saber si el hombre que había convertido esa montaña en un cementerio iba a llevarse sus secretos a la tumba.

Carles giró la cabeza lentamente. El movimiento fue pesado, como si el cuello fuera de piedra. Manchas de barro y sangre le cubrían la mejilla. Los ojos, desenfocados por el shock, encontraron los de Paula.

La arrogancia del señor de la tierra se había esfumado. Solo quedaba miedo. Un pánico puro y animal al sentir que la vida se le escapaba por un agujero en el pecho.

—El... santuario... —gorgoteó Carles. Su mano, enguantada y temblorosa, se alzó intentando agarrar la manga de Paula, buscando un asidero, pero no tenía fuerza y cayó de nuevo al suelo con un golpe blando—. No dejéis... que entre… nadie.

—No hables —le ordenó Marc, trabajando a toda prisa con las gasas y las sus manos enguantadas teñidas por la sangre—. Ahorra aire. ¡Aguanta, joder!

—Es mío... —insistió Carles con un hilo de voz, mientras una burbuja de sangre estallaba en sus labios—. Todo... mío.

Paula observó la escena con una frialdad que la asustó. No sentía lástima. Solo sentía la urgencia de la investigación.

—¿Qué hay ahí, Carles? —preguntó, señalando con la cabeza hacia el muro oscuro del *Hort Tancat*. —¿Qué es lo que protegíais con tanta muerte? ¿Por qué matasteis a Rovira?

Al mencionar el nombre de Rovira, los ojos de Carles parecieron aclararse un segundo, una chispa de reconocimiento en la mirada vidriosa. Intentó sonreír, pero solo consiguió una mueca torcida, un rictus sangriento.

—La tierra... —susurró—. La tierra... nunca... olvida.

Sus ojos se pusieron en blanco. Su cuerpo se relajó de golpe, perdiendo toda la tensión, como un títere al que le cortan las cuerdas. El gorgoteo cesó.

—¡Lo perdemos! —gritó Marc. —¡Iniciando RCP!

El agente comenzó las compresiones torácicas. Uno, dos, tres, cuatro... El sonido rítmico de las compresiones se mezclaba con el crujir de las costillas rotas y el sonido de succión de la herida.

Paula se apartó, sintiendo que sobraba allí. No podían hacer nada más. La justicia humana había llegado tarde, o quizás demasiado pronto.

Se giró hacia el roble donde tenían retenido a Oriol.

El pastor observaba la reanimación desde su posición, de rodillas, con la cara pegada a la corteza del árbol. Miraba con más curiosidad que horror. Como si estuviera viendo llover.

Paula se arrastró hasta quedar frente a él. Le dolía todo el cuerpo, pero necesitaba cerrar esa herida.

—¿Estás satisfecho? —le preguntó con la voz ronca y acusadora.

Oriol apartó la vista del moribundo y la miró a ella. Sus ojos estaban vacíos, limpios de la ira que los había habitado durante días.

—Se ha hecho justicia, sargento —dijo con voz tranquila, sin un ápice de arrepentimiento. —La mía. Ahora ustedes pueden hacer la suya con los papeles y los jueces. A mí ya no me importa.

—Has matado a un hombre delante de la policía, Oriol. Y mataste a Jordi, ¿verdad?. —Paula le sostuvo la mirada, buscando una grieta de culpa. —¿Valía la pena?

Oriol esbozó una mueca leve, triste y amarga.

—Jordi era un buen hombre. —Respiró, y su voz se endureció—. Demasiado bueno. Un blando.

—Él quería ir al registro. Con abogados. ¡Con papeles! —Escupió la última palabra como si fuera veneno—. ¿No lo entiende? ¡Papeles!

—Quería hacerlo bien —replicó Paula.

—¡Iba a perder! —la cortó Oriol con una ferocidad repentina—. ¡Perder! Como mi abuelo. Los Bosch nos habrían aplastado. ¡Otra vez! Él... él no lo entendía. Tuve que pararlo. La tierra no se defiende con tinta, sargento. Se defiende con sangre.

Paula contuvo la respiración. Ahí estaba. La confesión.

—Por eso lo drogaste. Por eso lo empujaste.

—Le clavé la aguja para que no sufriera. Lo empujé para que no estorbara. —Oriol miró hacia el muro del *Hort Tancat*, su voz ahora

un susurro vacío—. La tierra no se defiende con papeles. Se defiende con sangre.

Paula se arrastró hasta quedar frente a él, ignorando el fuego en su tobillo. Le dolía todo el cuerpo, pero la necesidad de entender era más fuerte.

—No lo entiendo, Oriol. Matar a tu primo... destruir tu propia vida... ¿Solo por un trozo de tierra? No eres tan simple.

Por primera vez, bajo la rabia y la resignación, Paula vio una grieta. Un dolor tan profundo que se hacía visible.

—Estuvo en mi casa, sargento. ¿Vio la nevera?

Paula asintió, recordando la mancha de color en la cocina umbría. —Vi el dibujo.

—Es de mi hija. Laia. —Su voz se quebró, perdiendo el filo, volviéndose áspera—. Su madre se la llevó lejos... y con razón. No quería que creciera viendo en lo que me he convertido.

El pastor bajó la cabeza, y el peso de años de amargura lo encorvó.

—Esa tierra... —Su voz se quebró por primera vez—. No era para mí. Era para ella. Para Laia.

Bajó la cabeza, y el peso de décadas de amargura pareció encorvarlo.

—¿Qué iba a dejarle yo? ¿Un rebaño de cabras y deudas? Esa tierra era su herencia. Su futuro. Y Jordi... con sus putos papeles... se lo estaba quitando. Le estaba robando a mi hija. Y eso... —levantó la vista, y en sus ojos ya no había odio, sino la determinación de un animal que protege a su cría— ...eso no se lo iba a permitir a nadie.

Por un instante, el asesino desapareció. Ante Paula solo había un padre. Un padre que, para construir un futuro para su hija, acababa de destruir el de todos los demás.

Unos minutos después, el sonido de un motor diésel rugiendo cortó el aire húmedo. La ambulancia todoterreno del SEM apareció por el camino forestal, balanceándose sobre los baches, abriéndose paso entre la niebla con sus luces estroboscópicas.

Los paramédicos cargaron a Carles en una camilla con movimientos urgentes. Habían recuperado el pulso, pero era débil.

Estaba inconsciente, gris, con la vida pendiendo de un hilo invisible. Lo intubaron allí mismo, bajo la lluvia, y lo subieron a la ambulancia.

Las puertas se cerraron y el vehículo arrancó, llevándose al terrateniente y sus secretos montaña abajo.

A Oriol lo levantaron dos agentes. Lo condujeron hacia un coche patrulla. Antes de que lo metieran dentro, el pastor se detuvo y se giró una última vez hacia el muro de piedra del *Hort Tancat*. No miró a Paula. No miró a los policías. Miró las piedras viejas y húmedas, como si se despidiera de un viejo amigo al que no volvería a ver.

El claro se quedó repentinamente vacío de enemigos.

La violencia se había evaporado, dejando solo el barro removido y la mancha oscura de sangre que la lluvia ya empezaba a diluir.

Solo quedaban los agentes del GEI, recogiendo el equipo, y Paula, sentada en la raíz del roble.

Marc se acercó, limpiándose la sangre de Carles de los brazos con un trapo. Tenía la piel sudada bajo la pintura de camuflaje.

—Buen trabajo, sargento. Has mantenido la cabeza fría ahí dentro. Con esta niebla... si llegan a dispararse entre ellos sin control, podría haber sido una carnicería.

—Ha sido una carnicería, Marc —respondió ella, mirando el lugar donde había estado Carles—. Solo que ha sido una carnicería selectiva.

Paula rechazó la oferta de ser evacuada en el siguiente vehículo, aunque permitió que un sanitario le inmovilizara el tobillo con un vendaje compresivo de emergencia.

—No puedo irme —dijo, poniéndose en pie con un grito ahogado. Se apoyó pesadamente en el hombro de Marc para estabilizarse.

—Paula, en serio, tienes el pie como un melón. Tienes que ir al hospital.

—Carles habló de… dijo algo de un santuario —insistió ella, soltándose suavemente y probando a apoyar el peso. Dolía, un fuego blanco en el tobillo, pero podía aguantarlo—. Dijo que la tierra era suya. Dijo que la tierra nunca olvida. Y Oriol... Oriol parecía saber que aquí había algo más que uvas.

Se giró hacia el muro del *Hort Tancat*. Esa construcción antigua, sólida y muda, que había sobrevivido a siglos de historia, a la

filoxera y a una noche de violencia.

La niebla empezaba a levantarse lentamente, empujada por una brisa que venía del mar, como un telón que se retira tras el final de la obra, revelando el escenario desnudo y sucio.

Paula cojeó hacia la entrada del recinto amurallado.

Sabía que la respuesta final no estaba en los despachos de diseño de la bodega, ni en las cuentas bancarias de Martí. La respuesta estaba allí, bajo sus pies.

Carles y Oriol matándose por esa tierra. ¿Solo por ese trozo de tierra?. Tenía que haber algo más que cepas viejas detrás de ese muro para justificar tanta sangre.

Encendió su linterna, ignorando el temblor de su mano.

—Vamos dentro—ordenó.

Cruzó el umbral del *Hort Tancat*. La noche no había terminado. Tenía que verlo ella misma.

35

Sábado, 30 de noviembre. 01:33 h.
Finca de las Bodegas Bosch.

El interior del *Hort Tancat* no pertenecía al mismo mundo que el bosque exterior.

Al cruzar el umbral de piedra, el viento cesó de golpe, bloqueado por los muros altos y sólidos que habían resistido siglos de tormentas. El aire allí dentro estaba estancado, denso como el agua de un estanque, cargado con el aroma dulzón de la uva madurada en exceso y la madera vieja.

Marc avanzó primero con el foco táctico cortando las tinieblas. El haz de luz reveló hileras de cepas monstruosas. Diferentes a las viñas ordenadas y podadas con láser de la finca comercial; eran criaturas retorcidas, troncos negros y gruesos como torsos humanos que se retorcían en agonía hacia el cielo nocturno. Sus cortezas estaban cubiertas de líquenes grises y sus ramas desnudas se entrelazaban, creando una bóveda esquelética.

Paula entró cojeando, apoyando todo el peso en la pierna sana, mordiéndose el interior de la mejilla para no gritar cada vez que la bota rozaba el suelo irregular.

Rastreó el suelo con la linterna. Buscaba una anomalía. Un detalle. La tierra estaba cubierta de una alfombra de hojas húmedas en descomposición y maleza baja que amortiguaba sus pasos. Pero su mente, ahora liberada de la pista falsa de la conspiración financiera, estaba programada para ver lo que antes había ignorado. Buscaba la cicatriz en la tierra.

Recordó el liquen. El maldito liquen en la bota de Jordi. Aquella muestra microscópica no hablaba de geología, sino de arquitectura.

Caminó despacio, arrastrando la pierna izquierda, escaneando el suelo metro a metro, ignorando el sudor frío que le bajaba por la columna.

Y entonces, la vio.

A unos diez metros de la entrada, cerca de la base del muro norte, la vegetación cambiaba sutilmente. La maleza no crecía con la misma fuerza salvaje. La hierba era más rala, amarillenta, con un patrón raquítico que marcaba un rectángulo imperfecto. Como si algo bajo la superficie envenenara las raíces o les impidiera profundizar. Como si la tierra hubiera sido removida y vuelta a colocar, violando los estratos naturales.

Paula se acercó. Se dejó caer de rodillas en el barro, soltando un gruñido involuntario cuando el impacto repercutió en su tobillo hinchado. El dolor fue tan intenso que vio motas oscuras bailando ante sus ojos, pero apretó la mandíbula y siguió adelante, clavando las uñas en el fango.

Debajo, no había tierra irregular. Sus dedos chocaron contra algo duro. Frío. Liso.

Limpió más rápido, con urgencia, lanzando puñados de tierra a sus espaldas.

Apareció una superficie de piedra gris.

Una losa de pizarra oscura, enorme, de unos dos metros de largo por uno de ancho. Estaba cubierta de musgo y tierra para camuflarla, pero las líneas rectas no existen en la naturaleza. El corte era demasiado perfecto. Demasiado humano. No era una piedra. Era una tapa.

Paula se quedó sin aliento. El haz de su linterna tembló sobre la superficie oscura y húmeda de la piedra.

Y entonces, el nombre acudió a su mente. No como un recuerdo de marketing, sino como una revelación macabra. Vio de nuevo la sonrisa condescendiente de Martí Bosch en su despacho, escuchó otra vez el lamento cínico del viejo en el bar del pueblo. Dos versiones de una misma historia que ahora convergían en aquel punto exacto con una claridad monstruosa.

El Salt de l'Ànima. El Salto del Alma.

Retrocedió un paso y se sentó sobre sus talones.

El Salto del Alma no era un cuento para vender vino. No era una metáfora poética sobre la desesperación de los suicidas.

Era un mecanismo.

El nombre literal de una tumba. La piedra saltaba, se abría. Y las penas... los desaparecidos... eran los cuerpos que arrojaban dentro para que la tierra se los tragara para siempre. Un vertedero humano.

—¡Marc! —gritó con firmeza—. ¡Trae al equipo! ¡Y palancas! ¡Aquí!

El agente del GEI se acercó corriendo, seguido de dos compañeros.

—¿Qué has encontrado?

—Quiero que levantéis esto —ordenó Paula, golpeando la losa con el puño ensangrentado—. Con cuidado. Y avisad a la unidad forense. Que venga Elena, quiero que sea ella. Que venga ya.

Hicieron falta cuatro hombres y dos palancas de hierro para moverla. La piedra se resistió al principio, soldada por el peso y por décadas de tierra que habían cimentado la losa al marco. Los agentes gruñeron por el esfuerzo, los músculos del cuello tensos, las botas resbalando en el barro mientras hacían palanca.

Con una succión viscosa, como el de un pulmón enfermo tomando aire, la succión se rompió. La losa cedió, se deslizó sobre la tierra mojada y la volcaron, dejándola caer a un lado con un golpe sordo que hizo temblar el suelo.

El haz de las linternas se perdió inmediatamente en la oscuridad que había quedado al descubierto.

Reveló la boca de un pozo.

No era un pozo de agua construido con ladrillos. Era una sima natural, una garganta en la roca madre de calcita, profunda y negra, cuyas paredes irregulares parecían absorber la luz sin devolver reflejo alguno.

Un hedor ascendió desde las profundidades, golpeándolos como una pared física y anulando el olor limpio de la tierra. Era un tufo denso y aceitoso a humedad estancada, a aire podrido y a algo dulzón y repugnante: el aliento inconfundible de la materia orgánica descomponiéndose en la oscuridad.

El rastro del tiempo podrido.

Paula se asomó al borde, intentando ver el fondo. La luz se escurría en la negrura.

—Necesito que alguien baje —dijo, mirando a Marc—. Necesito ojos ahí abajo.

Marc, especialista en rescate vertical, no dudó. Su rostro, bajo la pintura de camuflaje, estaba serio.

—Traed el trípode y el equipo de rápel.

En diez minutos, el sistema estaba montado. Marc se ajustó el arnés, comprobó la radio y encendió una potente linterna frontal.

—Bajando —anunció.

Comenzó el descenso hacia la oscuridad. Desde arriba, Paula y los demás solo veían el círculo de luz de su linterna haciéndose cada vez más pequeño, rebotando en las paredes de roca caliza, iluminando raíces que colgaban como dedos muertos y vetas de mineral que brillaban como dientes húmedos.

La tensión era un alambre invisible que los conectaba a todos. El silencio del bosque parecía haber vuelto, más pesado que nunca, esperando el veredicto.

El tiempo se espesó. La cuerda se tensaba y destensaba con una lentitud agónica hasta que la estática de la radio rompió el silencio.

—Paula... —la voz de Marc llegaba distorsionada, metálica, vibrando con una repugnancia que nada tenía que ver con la mala señal. —Estoy en el fondo. Es... el suelo es blando. Esponjoso.

—¿Qué ves? —preguntó Paula, acercándose a la radio del operador, apretando el auricular contra su oreja.

—Hay... montículos. Sacos de arpillera podrida...

Se oyó el crujido de la tela al romperse.

—Sargento... Joder. Aquí abajo hay huesos. Un fémur. Un... Dios…, un cráneo. No son de animal. Hay más de uno. Esto no es un pozo, es un puto osario.

La confirmación cayó en la noche con el peso de una sentencia de muerte. Paula cerró los ojos un segundo, sintiendo un escalofrío que le recorrió la columna vertebral.

El santuario.

Habían encontrado el cimiento literal sobre el que los Bosch habían construido su imperio de prestigio y tradición. No sobre uvas.

Sobre huesos.

—Asegura el pozo, Marc —ordenó Paula, su voz recuperando el tono profesional de acero, aunque por dentro se sentía vacía—. No toques nada más. Nadie baja. Nadie toca nada hasta que llegue la comisión judicial. Sube con cuidado.

Mientras el motor del torno empezaba a subir al agente, Paula se alejó unos pasos y se apoyó en un árbol para no caer. El dolor del tobillo era una tortura constante, un ruido de fondo que le impedía pensar, pero su mente estaba en otro lugar.

Sacó su móvil personal. Eran las dos de la madrugada. Los dedos, manchados de barro, buscaron el contacto: «Elena Forense».

Sabía que Elena no se lo perdonaría si se enteraba por un canal oficial. Necesitaba a la mejor. Y la necesitaba ya.

—¿Qué has roto ahora, Sardà? —preguntó Elena, somnolienta y ronca.

—He encontrado algo grande, Elena. En La Mussara. Necesito que vengas. Tú y tu mejor equipo. Y trae luces. Muchas luces. Generadores. Lo vamos a necesitar todo.

—Define grande, Paula. Son las dos de la mañana.

—Un pozo, Elena. Un pozo lleno de secretos. Y de huesos. Muchos huesos.

Hubo un silencio al otro lado de la línea. Paula pudo casi oír cómo el cerebro de Elena pasaba del sueño a la alerta máxima en un segundo. El tono de broma desapareció.

—Voy para allá. Dame una hora. Y Paula... intenta no contaminar mi cementerio antes de que llegue.

Colgó y respiró hondo, llenando sus pulmones del aire frío de la montaña para limpiar el hedor del pozo que se le había pegado a la ropa.

Ahora, la llamada oficial. Marcó el número de Joan Vall.

—Joan —dijo con tensión cuando él contestó—. Tienes que despertar al juez de guardia. Y al fiscal. A todos.

—¿Qué pasa? ¿Ha muerto Carles?

—No lo sé. Pero eso ya no importa tanto. Hemos encontrado una fosa común en la finca de los Bosch, Joan. Múltiples cuerpos. Necesito a la Comisión Judicial aquí al amanecer.

Hubo un silencio atónito al otro lado de la línea.

—¿Una fosa? ¿Estás segura de lo que dices? Eso cambia todo el escenario. Eso escala el caso.

—Hay restos humanos, Joan. Varios cuerpos. Y apuesto mi placa a que encontraremos a Rovira y a unos cuantos más ahí abajo. Esto no es un asesinato. Es el puto cementerio privado de los Bosch.

—Joder... Voy para allá. Espérame.

Las siguientes horas se estiraron con la densidad de una pesadilla. La noche se negó a despedirse, aferrándose a la oscuridad. El *Hort Tancat*, antes un lugar de mitos, se transformó en una escena de espera solemne, iluminada por los focos de trabajo que empezaban a llegar y cuyos generadores diésel rompían la magia del silencio.

Con las primeras luces del amanecer dando forma a las cepas viejas de color ceniza, llegó la caravana. Furgonetas del Instituto de Medicina Legal, el coche del juez y vehículos de apoyo.

Elena bajó de su furgoneta con su equipo forense completo. Su rostro, habitualmente dispuesto a la ironía, era una máscara de seriedad profesional al ver la escena. Se puso el mono blanco, los guantes y las mascarillas sin mediar palabra, su mirada evaluaba el pozo, el perímetro y el rostro agotado y sucio de Paula.

—¿Estás bien? —preguntó Elena al pasar a su lado, notando cómo se apoyaba en la pared para no caer.

—Estaré bien cuando saquemos a todos los que están ahí abajo.

El proceso de extracción fue lento, meticuloso, casi arqueológico. Instalaron un trípode pesado con un sistema de poleas motorizado sobre la boca del pozo. Un forense especialista bajó.

Primero, subieron los restos podridos de sacos de arpillera. La tela se deshacía al contacto con el aire y se convertía en polvo marrón que el viento se llevaba.

Luego, la primera cubeta llegó a la superficie.

Contenía tierra, piedras y huesos mezclados. Un fémur largo, oscurecido por los años. Varias costillas frágiles como tiza. Un fragmento de cráneo amarillento con tierra en las cuencas oculares.

Elena se arrodilló para examinarlos sobre la lona estéril azul que habían extendido en el suelo.

—Adulto. Varón, probablemente —dictaminó tras un vistazo rápido. Tocó la superficie del hueso con delicadeza—. Muerte antigua. Décadas. El estado de los huesos sugiere... mucho tiempo ahí abajo. La humedad ha acelerado la descomposición, pero no hay duda.

La macabra cosecha continuó. Una segunda cubeta. Más huesos, mezclados con los de la primera víctima, indicando que los cuerpos habían sido arrojados uno sobre otro, sin respeto, sin ceremonia. Una tercera. Restos de ropa irreconocible, fibras sintéticas que no se habían podrido. Un zapato de suela gastada, estilo años setenta, con los cordones aún atados.

Elena, desde el borde del pozo, dirigía la operación con gestos precisos, catalogando cada fragmento.

—Tenemos al menos tres individuos distintos, Paula —dijo, levantando la vista. Su voz era tranquila pero grave y resonaba en el silencio del claro—. De diferentes épocas. Esto no es un crimen pasional. Esto es un vertedero. Alguien lleva usando este agujero como su basurero personal durante mucho tiempo.

Paula observaba con el café de termo olvidado en su mano, enfriándose. Hombres. Mujeres. Excursionistas perdidos. Cazadores furtivos. Cualquiera que hubiera tenido la mala suerte de ver lo que no debía en el *Hort Tancat*, o de molestar a los señores de la tierra. Todos habían acabado allí. Era la solución perfecta. La tierra se los tragaba.

El sol ya estaba alto, aunque pálido, cuando sacaron algo diferente.

El forense de abajo gritó por la radio.

—Tengo algo. Está en el fondo, bajo los otros restos. Parece... más reciente. Ha estado protegido por un derrumbe parcial de tierra arcillosa que creó un vacío que lo aisló del aire.

La polea subió lentamente, el cable de acero tensándose con un zumbido agudo.

En la red, goteando barro negro y denso, había una mochila de nailon. De un color azul desvaído, podrida por la humedad, pero reconocible. Un modelo deportivo típico de los noventa.

Un técnico la depositó en la lona con la delicadeza de quien maneja una bomba.

Elena se acercó con el bisturí. Cortó el tejido podrido para no dañar el contenido.

Con unas pinzas largas, empezó a extraer los objetos, limpiándolos de barro.

—Mapa de excursionista... plastificado. Un paquete de pañuelos de papel deshecho... una navaja suiza roja... y una cartera.

La cartera era de cuero marrón, hinchada y deformada por el agua, las costuras a punto de estallar. Elena la abrió con unas pinzas finas. El cuero se rasgó con un sonido húmedo.

Dentro, las fundas de plástico transparente estaban amarillentas y opacas, pegadas al contenido.

—Documentación —murmuró Elena.

Con paciencia infinita, limpió la superficie del plástico con una gasa empapada en suero, retirando la capa de lodo.

El grupo se cerró en torno al técnico en un silencio absoluto. El aire parecía haberse agotado de golpe.

Paula se arrastró, cojeando, apoyándose en Marc, hasta quedar junto a la bandeja metálica.

Vio cómo la suciedad se retiraba bajo la gasa. El plástico había protegido el papel interior de la putrefacción total, aunque la humedad había filtrado por los bordes, emborronando las esquinas.

Pero el centro seguía allí. Una foto en blanco y negro. La cara de un chico joven, con el pelo alborotado y una sonrisa tímida, llena de vida.

Y luego, el nombre, escrito en la tipografía mecanografiada de los documentos antiguos.

—Carles Rovira Pons —leyó Elena.

El nombre flotó en el aire frío de la mañana como un conjuro.

Paula se quedó mirando el DNI maltrecho. El fantasma del caso frío, la sombra que había planeado sobre toda la investigación desde que leyó sobre el vino *El Secret del Cingle*, acababa de materializarse.

No era una leyenda. No era un accidente. No era un cuento de la niebla.

Era un chico. Un chico con una familia que llevaba treinta años esperando. Un chico asesinado y tirado a un pozo como basura para que una familia pudiera vender vino con una historia misteriosa y proteger su herencia.

A Paula se le cerró la garganta. Se irguió al notar cómo el peso de los muertos sobre sus hombros se transformaba, por fin, en la ligereza de la verdad. Se giró, se alejó unos pasos del grupo para tener privacidad y sacó su teléfono. Sus dedos marcaron el número de Joan Vall con fuerza.

Su voz, cuando habló, era tranquila, fría, definitiva. La voz de quien ha terminado una guerra.

—Joan. Tenemos a Rovira. Y no está solo.

—¿Lo tienes? —preguntó Vall, su voz incrédula al otro lado.

—Tengo los huesos, Joan. Tengo el DNI. Y tengo el motivo. Dile al juez que ya puede firmar la orden de detención para Martí Bosch. Se acabó la impunidad.

36

Sábado, 30 de noviembre. 10:48 h.
Bodegas Bosch, Vilaplana.

El sol de la mañana se derramaba sobre los viñedos con una luz limpia y dorada, una luminosidad casi insultante que hablaba de orden, de prosperidad y de mentiras. Las cepas, alineadas con precisión militar, brillaban bajo el rocío, ajenas a la sangre que había regado las raíces más profundas durante décadas.

La caravana policial rompió esa geometría perfecta. Tres coches patrulla de los *Mossos d'Esquadra* y un vehículo camuflado entraron por el camino de grava blanca, levantaron una columna de polvo denso que se posó sobre los setos decorativos. No activaron las sirenas. No hacía falta. La intrusión visual era suficiente violencia.

Paula Sardà bajó del vehículo camuflado. El movimiento fue torpe, carente de cualquier gracia.

Se apoyó en la puerta abierta para estabilizarse, esperando a que el mareo provocado por la mezcla de *tramadol* y cafeína remitiera. Llevaba una férula de inmovilización rígida en el tobillo derecho y se ayudaba de una muleta de hospital que se clavaba en la grava. Su aspecto era una ofensa para la estética del lugar: los pantalones estaban rígidos por el barro seco de la noche anterior, la chaqueta olía a humedad estancada y a humo de generador, y bajo sus ojos se extendían dos manchas oscuras que el cansancio había tatuado en su piel.

Se ajustó la chaqueta tirando de las solapas. En el bolsillo interior, pesada como un lingote de plomo, llevaba la orden firmada por el juez.

—¿Necesita ayuda, sargento? —preguntó el agente Cabrera, acercándose.

—Puedo andar —gruñó ella. El dolor era un ruido de fondo constante, sordo y lejano gracias a los analgésicos, pero notaba la vibración del hueso con cada paso, aquella victoria tenía un precio inscrito en su propio cuerpo.

Avanzaron hacia la entrada principal. La recepcionista, la chica joven impecablemente maquillada, se puso de pie tras el mostrador de diseño al verlos entrar. Abrió la boca para protestar, para pedir citas o identificaciones, pero la cerró al instante al ver la cara de Paula. No había espacio para la negociación en aquellos ojos enrojecidos.

La comitiva atravesó los pasillos climatizados. El olor de la bodega —madera de roble francés, vainilla, limpieza industrial— chocó con el hedor a tierra de pozo y sudor frío que emanaba de los uniformes policiales.

Llegaron a la puerta del despacho principal. Paula no llamó. Empujó la hoja de madera noble con el hombro sano y entró.

Martí Bosch no estaba sentado tras su inmenso escritorio de caoba, esperaba de pie junto al ventanal panorámico, de espaldas a la puerta, observando sus dominios con las manos cruzadas a la espalda. Vestía un traje gris marengo de corte italiano que no hacía ni una sola arruga.

—Sargento Sardà —dijo sin girarse. Su voz mantenía la modulación perfecta, el tono de barítono cultivado que usaba en las juntas de accionistas—. Veo que la discreción no es una de las virtudes de su departamento. Mis empleados están alterados.

Martí se giró lentamente. La máscara de control estaba perfectamente colocada: el afeitado apurado, el pelo peinado hacia atrás y la sonrisa ensayada. Pero al ver a Paula, al registrar la suciedad de su ropa y la muleta bajo su brazo, la máscara sufrió una microfractura. Un parpadeo rápido. Una tensión en la comisura de los labios.

Paula avanzó cojeando hasta el centro de la habitación. El sonido de la goma de su muleta contra el parqué pulido marcó el ritmo de la sentencia.

—Ahórrese la actuación, Martí —dijo con la voz áspera, lijada por el frío de la madrugada—. No he venido a discutir modales. He

venido a cerrar el negocio.

Martí caminó hacia su mesa y apoyó las yemas de los dedos sobre el cristal protector.

—Irrumpir de esta manera... mis abogados ya están redactando una queja formal al Departamento de Interior. Esto es acoso, agente. Una persecución basada en las fantasías de una policía que ve fantasmas donde solo hay agricultura.

—Sus abogados van a estar muy ocupados intentando evitar la prisión permanente—replicó Paula, soltando la muleta, que cayó al suelo con un estrépito seco. Se apoyó con ambas manos en la mesa, inclinándose hacia él—. Dudo que tengan tiempo para redactar quejas administrativas.

Martí sostuvo la mirada, pero Paula vio el temblor en sus dedos.

—Por cierto, ¿sabe algo de mi hermano? —preguntó él, cambiando de táctica. Su voz perdió una octava de seguridad—. Llevo llamándole toda la mañana. Me dijeron que hubo... un incidente en el monte. Un accidente de caza.

Paula soltó una risa breve, sin humor. Un sonido que heló el aire del despacho.

—No fue un accidente, Martí. Fue una ejecución. Carles está en la UCI del Hospital Joan XXIII, intubado y luchando por cada bocanada de aire. Oriol Sabaté le metió una saeta de ballesta en el pulmón izquierdo anoche. En el *Hort Tancat.*

El color abandonó el rostro de Martí. Se sentó en su silla de cuero, como si las piernas le hubieran fallado de repente.

—¿Oriol...? —susurró—. ¿Ese loco...?

—Ese loco hizo el trabajo sucio que tú provocaste. Pero Carles habló antes de perder el conocimiento. Intentó proteger el secreto hasta el final, balbuceando que la tierra era suya mientras se ahogaba en su propia sangre.

Martí cerró los ojos un instante.

—Delirios de un herido —dijo, intentando recuperar el control—. Mi hermano siempre ha sido... intenso con la propiedad. Eso no prueba nada.

—Llegamos tarde para salvarle la conciencia, Martí. Pero llegamos a tiempo para abrir el pozo.

Martí se mantuvo firme, aunque un tic nervioso le saltó en la mandíbula.

—Sargento, esto es ridículo. Si mi hermano ha cometido una locura en el monte, es asunto suyo. Siempre ha sido inestable. Yo tengo una empresa que dirigir. ¿Tiene alguna prueba contra mí o solo ha venido a ensuciarme la alfombra?

—Tengo esto.

Paula sacó la bolsa de evidencias y la dejó caer sobre la mesa. El golpe fue seco, blando. Dentro, el DNI podrido de Carles Rovira miraba hacia el techo.

—Lo hemos sacado esta mañana, Martí. A él, y tres más. Estaban debajo de tus mejores cepas.

Martí bajó la vista. Miró la foto. Abrió la boca para soltar otra excusa, otra amenaza legal, pero no salió nada. El aire pareció abandonar sus pulmones de golpe. Se dejó caer en la silla de cuero como un edificio cuyos cimientos acaban de reventar.

—Llévenselo ya —ordenó Paula.

Y en ese instante, el despacho lujoso, el prestigio y el imperio se desvanecieron. Martí ya no era el arquitecto del éxito. Volvió a ser el niño que, cincuenta años atrás, escuchaba a su padre dictar la única ley que importaba: «Lo que la tierra nos da, la tierra se queda, hijo. Y lo que enterremos en ella, nunca, jamás, debe volver a ver la luz del sol.»

Había fallado. Había roto la única regla sagrada del clan. El muro había caído, y él estaba expuesto.

—No fue por el dinero...

—Guárdelo para el juez —cortó Paula. Hizo un gesto a los agentes uniformados que esperaban en la puerta.

Dos mossos avanzaron. El sonido de las botas pesadas sobre la madera noble anunció el final.

—Martí Bosch i Giral —dijo uno de ellos, con voz neutra—, queda detenido como presunto autor de múltiples delitos de homicidio y ocultación de cadáver. Tiene derecho a guardar silencio.

El agente le tomó las manos. Martí no opuso resistencia. Se levantó con lentitud, dócil, ofreciendo las muñecas como quien

entrega un regalo no deseado. El *clic-clic* del acero cerrándose fue el único sonido en la habitación.

Antes de que lo empujaran hacia la salida, Martí se detuvo. Giró la cabeza hacia la estantería detrás de su sillón. Allí, en un marco de plata, había una foto antigua. Dos niños en pantalones cortos, sonriendo, con las manos manchadas de tierra, plantando una vid bajo la mirada orgullosa de su padre.

Martí la miró durante un segundo eterno. Su cara afeitada se desencajó y una mueca apareció en la boca.

—Que se lo lleven. ¡Ya! —ordenó Paula.

Los agentes lo escoltaban fuera. Paula no se movió. Se quedó sola en el despacho.

El silencio volvió a la habitación, pero ya no era un silencio de poder. Era el silencio de un escenario vacío después de la función. El aire acondicionado zumbaba suavemente, indiferente.

Paula se agachó con dificultad y recogió su muleta. El dolor del tobillo volvió con una punzada aguda, recordándole que ella también pagaría un precio por esa noche. Se acercó al ventanal.

Abajo, vio cómo metían a Martí en el coche patrulla, agachándole la cabeza para que no se golpease con el marco.

Miró más allá, hacia los viñedos que se extendían hasta las montañas. Seguían allí, verdes, indiferentes. La tierra sobreviviría a los Bosch. Sobreviviría a sus crímenes y a sus ambiciones.

Estaba agotada, sucia y dolorida, pero por primera vez en semanas, el ruido en su cabeza se había apagado.

La vendimia, por fin, había terminado.

EPÍLOGO

Mayo, seis meses después.
La Mussara, Tarragona.

La primavera había reclamado La Mussara con una delicadeza tenaz, casi desafiante. Donde en aquel noviembre gris solo había piedra mojada, niebla y el peso de una muerte añeja, ahora la vida se abría paso a empujones. Amapolas de un rojo escandaloso salpicaban los bordes del camino, como si la tierra, por fin limpia de sus secretos, sangrara vida.

El cielo era de un azul insultante y el sol de la mañana calentaba la piel. La brisa que subía desde el valle ya no era un lamento frío; era una caricia que olía a tomillo, a romero y a resina de pino caliente. El silencio seguía allí, por supuesto —La Mussara siempre sería un lugar de silencios—, pero ya no era opresivo. Ahora era pacífico. Se oía el zumbido de las abejas y el canto territorial de unos jilgueros.

Paula caminaba sola por la calle principal del pueblo abandonado. No llevaba su uniforme, ni la chaqueta táctica. Los había cambiado por unos vaqueros desgastados y una camiseta blanca de algodón. El tobillo ya no le dolía al caminar, aunque los días de humedad, cuando la presión bajaba, sentía un pinchazo fantasma, un recordatorio en el hueso de la noche en que la niebla casi se la traga. Tenía una pequeña cicatriz en la mejilla, apenas una línea blanca, recuerdo de la caída contra las piedras cuando la trampa se cerró. Eran las condecoraciones de una guerra privada que había ganado, pero que la había cambiado para siempre.

Se detuvo frente a las ruinas de la que fue la casa de los Giral. Se sentó en el mismo banco de piedra donde aquella familia, décadas atrás, debió sentarse mientras les despojaban de su futuro. Tocó la

piedra, ahora cálida por el sol. Pensó en las vidas que se habían cruzado y destruido por aquel pedazo de montaña.

Los juicios aún no habían terminado, pero las sentencias ya estaban escritas en la opinión pública y en los sumarios.

Oriol Sabaté no había dado trabajo a los abogados de oficio. Se había declarado culpable el primer día, con una serenidad que enmudeció al tribunal. No mostró arrepentimiento. Cuando el fiscal le preguntó por qué mató a su primo Jordi, Oriol lo miró con lástima y repitió lo mismo que le había dicho a Paula en el bosque: «Jordi quería luchar con papeles. Y los papeles se queman. Yo luché con la tierra». Le caerían veinte años, quizás más, pero Paula sabía que para él no era un castigo. En su mente, había ganado. Había recuperado el honor de su abuelo. Dormía tranquilo en su celda de la cárcel de *Mas d'Enric*.

Paula recordó una conversación que tuvo con él en el calabozo, días después de la detención. Necesitaba cerrar el último cabo suelto de su teoría fallida: el testigo del furtivo, el supuesto pago nocturno entre los Bosch y Sabaté que ella había interpretado como un soborno por el asesinato.

—¿Qué había en el paquete, Oriol? —le había preguntado—. ¿Dinero? ¿Con qué te compraron?

Oriol la había mirado con esa dignidad ruda que nunca perdió, y soltó una carcajada seca.

—¿Comprarme? No entendéis nada. Una de mis cabras se enredó en su valla vieja días antes de todo esto. Carles la soltó. No por bondad, sino para que el bicho no gritara cerca de sus viñas. Pero lo hizo.

—¿Y el paquete?

—Era un queso. De los míos. El mejor curado que tenía. En esta tierra, sargento, las deudas se pagan. Sean de sangre o de gratitud. No quería deberle nada a ese hombre antes de matarlo.

Paula negó con la cabeza, una media sonrisa amarga en los labios. Había movilizado a medio cuerpo de policía buscando una conspiración millonaria, y la realidad era un código de honor tan antiguo como las piedras: un queso por una cabra. Sangre por tierra.

El destino de los Bosch había sido diferente, una caída estrepitosa desde la cima del mundo.

Carles había sobrevivido a la saeta, pero el daño pulmonar y la larga estancia en la UCI lo habían dejado convertido en un anciano prematuro, atado a una botella de oxígeno. Su arrogancia física se había evaporado. Había intentado cargar con toda la culpa material de los asesinatos históricos, en un último y retorcido acto de lealtad familiar, pero las pruebas forenses del pozo eran demasiado elocuentes.

Martí, el arquitecto de la mentira, había luchado con un ejército de abogados caros, intentando distanciarse de la locura de su hermano. Pero el hallazgo de los cuerpos bajo el viñedo que él gestionaba, y los documentos incautados que probaban su conocimiento del *santuario*, habían demolido su defensa. El imperio de las Bodegas Bosch se había desmoronado en un espectáculo de titulares de prensa, escarnio público y subastas judiciales. La marca *El Secret del Cingle* se había convertido en un chiste macabro, sinónimo de muerte.

Paula se levantó y siguió caminando, dejando atrás los fantasmas. Se dirigió hacia la loma desde donde se dominaba todo el Camp de Tarragona hasta el mar.

Y allí, sentado en una roca, mirando el horizonte con la paciencia de quien ha dejado de contar el tiempo, había un hombre mayor. Llevaba una gorra calada para protegerse del sol y sostenía un bastón de madera entre sus manos nudosas.

Era el sargento Vélez, retirado.

Se habían citado allí, en el lugar que había marcado sus vidas de formas tan diferentes y a la vez tan simétricas.

El viejo guardia civil la vio acercarse y se puso en pie con una lentitud digna. Sus ojos, que Paula recordaba velados por la frustración de un caso frío y la amargura del olvido, ahora tenían una luz nueva. Una ligereza.

—Sargento Sardà —dijo con un asentimiento grave, en un saludo entre iguales.

—Sargento Vélez —respondió ella, ofreciéndole una mano que él estrechó con fuerza.

Se quedaron un momento en silencio, uno al lado del otro, contemplando la vista. El mar brillaba a lo lejos como metal líquido.

—Así que era verdad... —dijo Vélez, su voz un murmullo que el viento se llevaba—. Rovira estaba allí. Treinta años pisando su tumba sin saberlo. Treinta años pensando que la niebla se lo había tragado.

—Estaba allí, sargento. En el pozo del *Hort Tancat*. Y no estaba solo. —Paula miró hacia la hondonada donde la finca, ahora precintada y con las viñas creciendo salvajes, parecía una cicatriz en el paisaje—. El ADN ha identificado a los otros dos que buscábamos: un topógrafo de Falset y un cazador furtivo de la zona. Sus familias ya descansan.

Vélez asintió lentamente, golpeando el suelo con el talón de su bota, con dureza, como si quisiera asegurarse de que la tierra seguía firme.

—Pero hubo una sorpresa más —añadió Paula en voz baja. La brisa le revolvió el pelo—. El último informe del laboratorio llegó ayer. Entre los restos más superficiales, mezclados con los de Jordi Puig, encontraron a una cuarta víctima. Una estudiante de Valencia que desapareció en 2017. Se llamaba Laura Soler.

Vélez giró la cabeza para mirarla, con el ceño fruncido.

—No me suena...

—A nadie le sonaba —dijo Paula—. Su caso era un expediente archivado, una de esas desapariciones sin explicación que acaban en un cajón. Un fantasma. —Hizo una pausa, su mirada perdida en el horizonte—. Supongo que este lugar no solo se traga a quienes buscan sus secretos. A veces, la montaña simplemente tiene hambre y necesita un fantasma más para alimentar sus leyendas.

—Me llamaron loco. Decían que me había obsesionado. Mis superiores me dijeron que dejara en paz a los fantasmas, que aquí arriba la gente simplemente desaparece. —Suspiró, y sus hombros parecieron bajar unos centímetros, liberándose de una carga invisible—. Gracias por demostrar que no eran fantasmas, sargento. Eran víctimas.

—Y usted me dio la primera pieza —dijo Paula en voz baja—. Esa nota en el margen del expediente... la del hermano cazador que no tenía coartada. Sin eso, quizás yo también me habría creído la

leyenda. Su instinto nos puso sobre la pista correcta. Yo solo terminé lo que usted empezó.

Vélez sonrió, una sonrisa triste y satisfecha a la vez, llena de arrugas.

—Quizás. Pero usted supo leer la tierra. Yo solo supe leer los papeles. —Le dio una suave palmada en el hombro—. Gracias, Paula. Por devolverme la paz. Y por devolverle el hijo a esa familia.

Se despidieron con un apretón de manos breve pero intenso. Vélez se dio la vuelta y descendió lentamente por el sendero, su figura encorvada apoyándose en el bastón, pero caminando con un paso más ligero que cuando llegó.

Paula se quedó sola en la cima.

Pensó en Mireia Díaz. Había hablado con ella la semana anterior, ella le contó que había vendido el piso de Reus y se mudaba a la costa. Estaba rota, sí, pero tenía una certeza. Sabía la verdad. Sabía que Jordi no se había perdido por incompetente, sino que había muerto por valiente, por descubrir la verdad de su familia. Esa certeza era el cimiento sobre el que reconstruiría su vida.

Y pensó en sí misma.

El caso la había cambiado. Había llegado a La Mussara como una detective de ciudad, buscando la verdad en las antenas de telefonía y los extractos bancarios. Se marchaba entendiendo que, a veces, la verdad no está en los datos, sino en el silencio de las piedras. Y que el lenguaje del campo, ese del que tanto había huido, no era un lastre, sino un arma.

Miró una última vez hacia las ruinas. La niebla se había ido. El sol lo inundaba todo, sin dejar sombras donde esconder secretos.

Su mirada bajó al suelo, a la tierra rojiza a sus pies. Se agachó, un gesto lento, casi distraído. Sus dedos rozaron varias piedras hasta encontrar una. Una pequeña laja de llicorella, de pizarra, del tamaño de una moneda antigua, con los bordes afilados por una rotura limpia.

La sostuvo en la palma de la mano. Sintió su textura áspera, su peso frío y real. El sol arrancó un destello fugaz de las vetas de mica incrustadas.

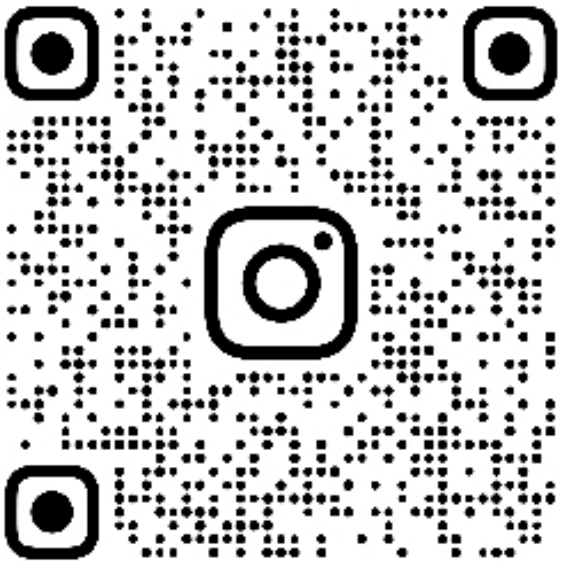
No era la piedra pulida y muerta de Martí, ni la brújula cargada de historia de Jordi. Era solo un trozo de la montaña. Un fragmento. Estuvo a punto de lanzarla de nuevo al camino. Pero en su lugar, cerró la mano sobre ella y se la guardó en el bolsillo del vaquero. Sintió su pequeño peso contra la cadera al empezar a caminar.

Se dio la vuelta y empezó a caminar de regreso a su coche, dejando que el sol de la mañana le calentara la espalda. La niebla, por fin, se había levantado.

Muchas gracias por haber leído esta novela.

Si te ha gustado, puedes ayudarme a difundirla dejando una **reseña en Amazon** desde este **enlace** o escaneando el código QR.

También puedes contactar conmigo a través de Instagram en @jgarciatobajas . Sígueme para estar al día de próximas novelas.



JGARCIATOBAJAS

Además, recuerda que si te ha gustado esta historia tienes disponible en Amazon la novela del primer caso de Paula Sardà, ***Sin nombre***.



Encontrarás un *thriller* donde las ideas matan.

Te dejo aquí un pequeño anticipo. Un abrazo.
J. García Tobajas

SIN NOMBRE

Capitulo Uno

Viernes, 16 de febrero de 2024. 01:30 a. m.

Hay noches en las que el mar envía la niebla hacia la tierra; era una de esas, y una nube con cuerpo de bruma se deslizaba por cada rincón del barrio de pescadores de Tarragona.

Era una noche extrañamente fría. La humedad atravesaba la ropa y la piel hasta calarse en los huesos.

La noche olía a sal, ese olor salado que se cuela en la nariz y llega casi al cerebro, ese olor que solo se puede sentir a la orilla del mar.

Unos minutos antes, en un callejón estrecho atrapado entre edificios viejos y empobrecidos, un hombre con barba y mirada cansada intentaba dormir.

Buscaba refugio en la oscuridad, tumbado sobre unos cartones y tapado con unas mantas sucias y maltratadas por el tiempo. La mayoría no sabía su nombre, para unos pocos era *el Cojo*.

Las farolas arrojaban una luz tenue y amarillenta sobre el suelo.

Una figura ágil había surgido de la sombra como una aparición. A contraluz era apenas perceptible, difuminada. Proyectaba una larga sombra.

El Cojo tardó unos instantes en reconocer a la figura que se acercaba, pero, cuando lo hizo, se tranquilizó. Habían compartido algún cigarro después de haberle dado algo de comida, o unas monedas.

—¡Buenas noches! —saludó el *Cojo* con una voz ronca. Intentaba dibujar una sonrisa que le salió torcida.

—¿Qué tal, amigo? —respondió con una calidez que parecía genuina, mientras se acercaba al hombre—. ¿Todo bien por aquí? ¿Necesitas algo?

El *Cojo* asintió con la cabeza. No era muy amigo de aceptar ayuda; prefería pedir durante el día y sobrevivir con las pocas monedas que recibía, pues lo entendía como un trabajo. Pero aquella noche era especialmente dura y aquella visita le alegró. Esa noche tendría un poco de compañía, al menos durante un rato.

La figura se acercó con una sonrisa en la cara y, después de meter la mano en una bolsa gris, sacó un bocadillo y se lo ofreció. Aprovechó ese instante de confianza, una droga que nubla la razón y hace perder el miedo para colocarle al viejo una bolsa en la cabeza.

El Cojo experimentó un frío repentino en el cuero cabelludo y, antes de poder reaccionar, una mano ágil cerró una bolsa de plástico herméticamente alrededor de su cuello.

Una brida de plástico chirrió al tensarse, presionando la bolsa contra el cuello de ese hombre. La mano de la figura, firme y decidida, sujetaba la bolsa con fuerza, marcando el punto y final de esa vida.

Ciego y asustado sentía que se ahogaba; sentía cómo su respiración colmaba el aire de la bolsa. Era incapaz de reaccionar, incapaz de librarse.

El pobre desgraciado luchaba por respirar, el aire se había convertido en algo inalcanzable.

Sus pulmones ardían, sus ojos se desorbitaron en la oscuridad, y su cuerpo se retorcía en una silenciosa agonía. Sus manos arañaron el plástico, intentando en vano romper la barrera que lo asfixiaba.

La lucha fue breve y pronto sus movimientos se volvieron espasmódicos y descoordinados hasta que el cuerpo quedó inerte.La figura permaneció inmóvil durante unos segundos mientras mantenía la presión sobre la bolsa, quería asegurarse de que no quedaba rastro de vida en el cuerpo del mendigo. «Solo unos segundos más. Solo tengo que aguantar un poco más.»

Cuando el verdugo estuvo convencido del final, cortó la brida asegurándose de no dejar ninguna marca y la guardó en el bolsillo.

Tiró de la bolsa con firmeza y entonces se descubrió la cara desencajada del Cojo.

Sus miradas se encontraron por un instante; sin embargo, no sintió nada. Ni remordimiento ni lástima. Guardó la bolsa como quien guarda un pañuelo en el bolsillo.

El corazón volvía a caminar, recuperaba su ritmo habitual; notaba cómo los latidos se relajaban. Hasta hace un momento había sentido un golpeteo rápido dentro de su pecho que ahora se había transformado en un tibio temblor en sus manos.

Lo había hecho siguiendo el plan que había trazado, según lo previsto, sin precipitarse y siguiendo los pasos necesarios para no dejar ninguna pista. La obsesión era no cometer errores. Pasaban unos minutos de la una de la mañana.

Dejó el cuerpo en el suelo, limpió cuidadosamente la baba que le resbalaba por la comisura de los labios y le colocó los brazos de forma que pareciera que se había quedado dormido. A continuación, le situó la mano derecha sobre el pecho y la izquierda pegada al cuerpo.

Se detuvo un momento, observó el cuerpo y el lugar desde varios ángulos. Dio un último vistazo para asegurarse de que la escena parecía un simple accidente.

Aún llevaba los guantes puestos. Tenía la brida y la bolsa en el bolsillo; debía tirarlo todo por separado, cada cosa en un contenedor.

La oscuridad envolvió de nuevo a la figura mientras se alejaba por el callejón. Dejaba atrás el cuerpo inerte del hombre al que, unos minutos antes, había llamado amigo. Caminaba con orgullo. El aire parecía más ligero ahora, menos frío. Una idea se apoderó de sus pensamientos: «Uno menos.»